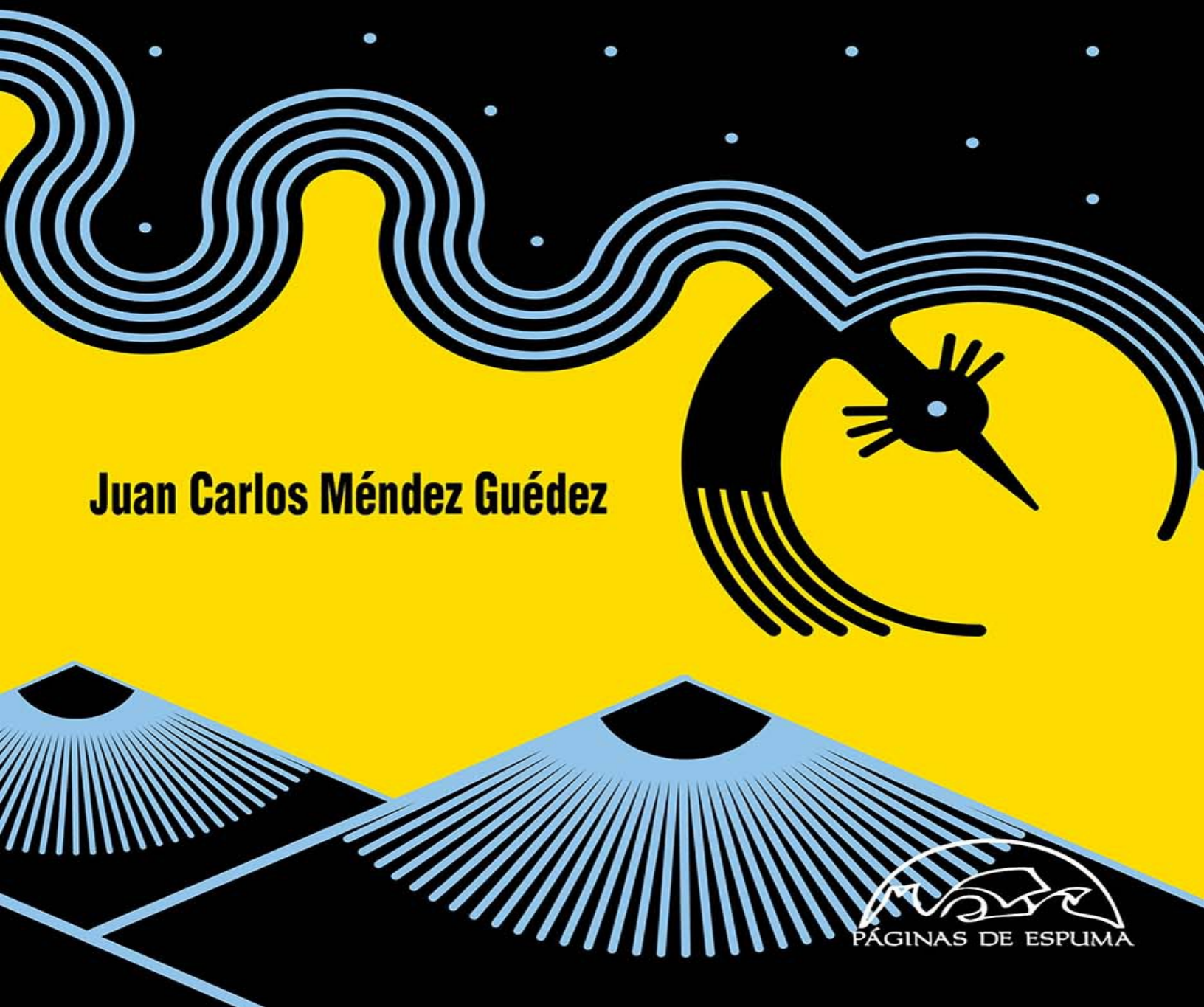


La diosa de agua

Cuentos y mitos del Amazonas

Juan Carlos Méndez Guédez




PÁGINAS DE ESPUMA

*La diosa
de agua*

CUENTOS Y MITOS DEL AMAZONAS

JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ



Juan Carlos Méndez Guédez, *La diosa de agua*
Primera edición digital: febrero de 2020

ISBN epub: 978-84-8393-655-9

Colección Voces / Literatura 291

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

© Juan Carlos Méndez Guédez, 2020

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria.
www.silviabastos.com

© De las cubierta e ilustraciones: Mauricio Rubinstein, 2020

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2020

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

*A Juanita Guédez,
a María Guédez,
a Antonio Guédez,
a Juan Guédez,
que me siguen abrazando y me cuidan
como si estuviésemos atravesando
un río en la montaña.*

*A Miguel Gomes,
amigo, abrazo en las palabras y en los días
y en los libros que van, que vienen*

*Sorte a tus plantas movía, su caminito de invierno,
y en las piedras resbalaba, el agua de los recuerdos...
allí construí la historia que me contaron los viejos...*

José Parra

En la montaña de Sorte por Yaracuy, en Venezuela, vive una diosa, una noble reina, de gran belleza y de gran bondad, amada por la naturaleza, e iluminada de caridad. Y sus paredes son hechas de viento y su techo es una estrella. El sol, el cielo y las montañas sus compañeros, los ríos, quebradas y flores, sus mensajeros.

Rubén Blades y Willie Colón

La luna, grandiosa, sin nubes que la adornen.

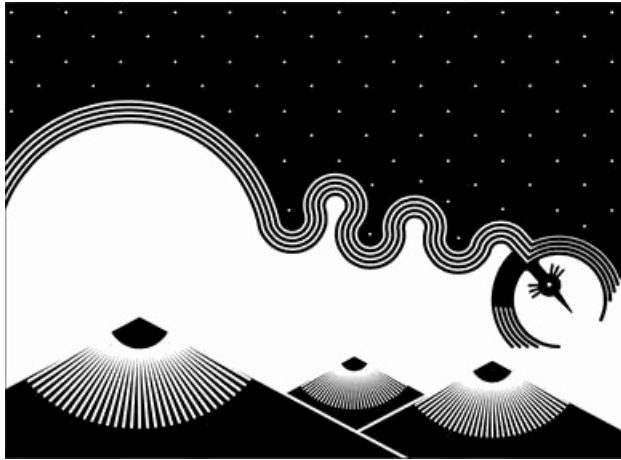
Robert Graves

María Lionza, deidad femenina mística autóctona del folclore venezolano. De acuerdo con la antropóloga venezolana Daisy Barreto, las referencias más antiguas al culto se encuentran en testimonios orales que datan de principios de siglo, en los cuales campesinos de la región de Yaracuy y algunas áreas adyacentes discuten la existencia de una devoción de corte campesino y afrovenezolano a la reina María Lionza en las sierras de la montaña Sorte en Chivacoa.

Wikipedia

Me gustaría que escribieras un relato sencillo, solo uno más...

Grace Paley



LAS SIETE TROMPETAS Y LOS ÚLTIMOS DÍAS

Carrillo

Escucho a los pastores junto al río; voces, voces, voces, y el rasgar de las cuerdas de una guitarra. Sonido que avanza y retrocede, que salta, que se eleva y se desliza sobre la tierra fresca.

Toco el muslo de Virgilia. Tibio. Pienso en el río al mediodía cuando me acerco a sus aguas y acaricio la superficie. Agua que vibra. Virgilia que vibra.

¿Viaja Virgilia en el sueño hacia el norte como las aguas? ¿Qué hay en el norte para que las aguas corran hacia allí, para que Virgilia me olvide en su sueño y me abrace?

Nuevas voces. Los pastores en el río cuidan sus rebaños, beben vino de cambur, cantan los cafetales; pero yo imagino que soy el olvido con que Virgilia me piensa desde el norte donde van la aguas.

Aprieto los brazos de la mujer. Me hundo en su cuello. Olor de tabaco, arepas fritas, guasınca.

Me encanta encontrarme con los pastores, pero cuando Virgilia me llama con un guiño de sus ojos prefiero subir a su casa. No hay mejor lugar del mundo que la hamaca en la que me voy meciendo con Virgilia.

¿Pero qué son esos gritos?

¿Y ese sonido?

Me levanto de golpe.

A lo lejos, escucho el sonido dorado de una trompeta.

Cinco, seis, siete veces.

Al principio creo que viene desde Aguada Grande o desde Siquisique; luego me parece que es desde Sanare o Guarico o Carora o Duaca o Chivacoa.

Intento despertar a Virgilia, decirle que acabo de escuchar siete trompetas atravesando el cielo. Ella duerme. Temeroso, me acuesto a su lado y me pongo en posición fetal. La abrazo; aprieto con fuerza los ojos.

Virgilia

Nunca sueño. Jamás. Nací así. Soy la ausencia absoluta al dormir.

Quizá estoy tan vacía por dentro que no alcanzo a soñar o estoy tan llena que no cabe sueño alguno. Por eso soy buena analizando los sueños de los otros, tejiendo sus claves, descifrando los mensajes que viajan en ellos; porque desde muy pequeña extrañé esa otra vida al dormir; esas

imágenes mezcladas; esos lugares que se funden; esos tiempos que se entrelazan. Soy buena porque busco en los otros los sueños que nunca tengo.

El resto, dar las hierbas exactas para cada enfermedad; leer el tabaco; aconsejar a los caficultores sobre sus cosechas o a los pastores sobre sus rebaños, me viene de lo que me enseñaron mi madre y mi abuela.

Pero ellas sí soñaban. Yo no.

Tengo un rato despierta; a mi lado siento el roce de Carrillo. Me gusta tenerlo así, próximo. Me gusta. Algunas veces. Como hoy.

Cuando extraño su voz que canta y sus manos que hacen llorar y reír la mandolina, lo busco porque necesito sus sonidos.

El resto del tiempo prefiero tenerlo lejos, para extrañarlo mucho y siempre querer encontrarlo.

Ahora busco su mano. Beso sus dedos. Los dedos donde salta la música como una fuente clara bajo el sol.

Lo siento temblar. Tiembla Carrillo.

Me duele la cabeza. Anoche, antes de retozar furiosos en la hamaca, comimos unas doradas cachapas, nos bebimos entera una botella de guasinca y al final nos bebimos el uno al otro.

Carrillo dice algo sobre una trompeta. Me giro. Quiero dormir un rato más.

Pero sí. Quizá desde el cielo ha llegado un sonido indescifrable. Un golpe de oro que rasga, que eriza.

Carrillo

Son gritos. No canciones. Otra vez me levanto de la hamaca y sacudo a Virgilia para que despierte. Le susurro que algo grave sucede. Ella murmura una frase incomprensible. En unos instantes aparecen dos hombres y sin dejar de correr dicen que en el río han aparecido seis cabezas de chivos.

Virgilia abre los ojos. Parecen antorchas. Me siento perplejo. Pensamos siempre que el amante nos regala todas sus miradas pero al final comprobamos que el amor nunca alcanza totalidades; siempre algo queda fuera, siempre hay un gesto que se nos niega o que pertenece a otros.

Tomo mi mandolina y mi marusa. Miro hacia el camino. Virgilia pregunta qué estoy haciendo. Respondo que pensaba acercarme al río para saber qué sucede y ella murmura que mis pies apuntan hacia el lado contrario. Es cierto. Soy tranquilo. Esa tranquilidad que roza el miedo. Me gusta cantar, tocar mis instrumentos, animar las fiestas y beber tragos de guasinca. Me gusta Virgilia. Pero huyo de las peleas, de las luchas entre hombres que sacan machetes cuando discuten por los lindes de una tierra o la venta de un caballo o el peso de unos sacos de café.

Ahora Virgilia me dice que caminemos hasta el río.

La sigo. Ella ondula: curvas que se mueven y me recuerdan cuando mecemos la hamaca para que el sueño y el cansancio nos conquisten.

Cuando llegamos a la orilla compruebo que los pastores han dejado disperso el ganado; bajo los árboles reposan restos de comida: queso de cabra, taparas con suero, tajadas fritas, arepas, caraotas.

Virgilia mira el río. «Reina María Lionza», murmura con los ojos muy abiertos al descubrir

seis cabezas de chivo flotando en el agua. Le comento que tal vez hubo una fiesta hacia el otro lado de las montañas, pero ella señala con un dedo tembloroso hacia una de las cabezas: veo que tiene clavadas agujas en los ojos y un signo feroz tatuado sobre el hocico: una especie de serpiente con rostro de cocodrilo que asfixia y devora a una danta.

Doy un paso hacia atrás. Las cabezas flotan inmóviles sobre el río, como si una mano las retuviese en un mismo lugar.

Estas son cosas de la gente nueva que ha aparecido por estos lares, musita.

Virgilia saca de su ropa un frasco de perfume y arroja siete chorros en la orilla.

Yo doy otro paso hacia atrás.

Hace tiempo que llegan historias sobre personas que hacen trabajos terribles con gallinas, con chivos, con sapos; gente que vino de lejos; gente que no adora a María Lionza y que ignoran su prohibición de hacer ritos en los que sufran los animales.

Me asusta lo que contemplo, pero no me sorprende.

Virgilia

Así ocurre. Las aguas se inmovilizan unos instantes como si fuesen un espejo, hasta que cambian su curso y comienzan a moverse hacia el sur.

Carrillo se vuelve pálido como harina. Sus ojos parecen saltar dentro de su cara. Huye despavorido. Apenas lo miro. Compruebo que las seis cabezas de chivo permanecen inmóviles, como si una sogas las atase al fondo.

Esto fue lo que vieron los pastores.

Me tiemblan las piernas. Siento que el mundo se ha dado la vuelta y que golpeo el cielo con mi cabeza.

Regreso a casa.

Doy un grito; le grito a Carrillo que deje de esconderse entre los árboles.

Esto parece un asunto serio, le susurro cuando llega a mi lado. Él continúa pálido; le ordeno que toque una lenta melodía; algo suave, como un arroyo. Al principio le cuesta el trémolo. La púa se le escurre de los dedos, pero poco a poco la música es más fuerte que él, lo cubre, vibra en su cuerpo.

Tomo una larga bocanada de aire y preparo unas cachapas. Les pongo queso blanco.

¿Escuchaste trompetas esta mañana?

Sí. Siete trompetas, responde él.

Malo, malo, digo y devoro la cachapa. Hay que subir a la montaña. Lo más alto que podamos, susurro y en una marusa pongo algo de comida, esencias de canela y miel, y dos velas.

Carrillo

¿Cómo decirle que no a Virgilia?

Preferiría volver a mi casa y dormir. Pero resuelta, Virgilia empieza a caminar. Yo la sigo. La ruta es larga. Tampoco sé lo que ella pretende pero ignoro cómo preguntárselo. Virgilia es una energía que avanza y avanza.

Al poco rato escucho un tamunangue. Sonrío. Pienso que no es la época para que lo bailen y eso me produce un largo escalofrío. Virgilia y yo miramos cómo danzan un grupo de personas y mueven sus garrotes con destreza. Delante de ellos va un hombre con un hábito. Un hombre calvo y gordo que hunde la barbilla en su pecho y arrastra sus sandalias.

Es san Antonio, dice Virgilia moviendo la cabeza con pesadumbre, se está marchando de estas tierras.

La mujer y yo no cruzamos palabras durante un rato.

Quisiéramos encontrar buenas señales, pero parece imposible. Los caminos hacia la montaña se encuentran desiertos; como si la gente hubiese escapado sin dar aviso. De tanto en tanto veo una sombra cobriza o una silueta con melena roja que huye entre los árboles, como un venado que huele el miedo en el viento.

Junto a una piedra cubierta de musgo contemplamos un pozo. El agua parece detenida: áspera, lechosa. Estoy a punto de hundir mis manos para refrescarme el rostro y Virgilia me detiene. Es agua muerta, dice.

Después se detiene en una encrucijada y se cubre los ojos con la mano. Por aquí solía escuchar yo a los espíritus de Guaicaipuro y el Negro Felipe. Les gustaba tocar tambores con las piedras.

Un viento caluroso nos rodea. Durante unos instantes parece que el mundo enmudece. Se escuchan sonidos sueltos, algún graznido, pero nada parecido a un rítmico tambor que haga vibrar el suelo.

Nos detenemos bajo una ceiba para descansar. Virgilia toca la madera con sus manos y soporta el dolor de las espinas. Apoya su rostro en el tronco con mucho cuidado para no lastimarse la piel.

La única vez que vi a María Lionza fue alrededor de este árbol. La vi de lejos. María Lionza bailaba frente al árbol. Porque debes saber que los dioses buenos bailan con dulzura. Porque es el baile de los cuerpos lo que trae la música.

¿No será al contrario, Virgilia?

No. En el principio del principio, un árbol empezó a mecerse por el viento, y al verlo los pájaros cantaron para él. Por eso María Lionza bailaba esa tarde que la vi, bailaba para que la música fuera una vez más.

Dos lágrimas caen por el rostro de Virgilia.

Virgilia

Se ha marchado.

Lo huelo en el aire, lo siento en la tierra. María Lionza ya no está en la montaña. Las señales aún no son nítidas para mí, pero revelan desgracia. Es inútil que siga buscando. Nada es más rotundo que la ausencia. Estamos huérfanos. Nuestra diosa ha debido escapar.

Le digo a Carrillo que bajemos. Apenas le hablo. No quiero que descubra mis dudas. Ignoro qué hacer y sin embargo sé que debo hacer algo. Arrastro los pies y resoplo por el esfuerzo de la caminata.

Al detenernos en un arbusto miro hacia abajo: en la llanura un mar negro avanza indetenible. Carrillo grita y le tapo la boca con mi mano. El mar es espeso, brillante. Tardo un rato en ver que

en su negrura de tanto en tanto se vislumbran puntos dorados.

¿Qué sucede? susurra Carrillo.

Las hormigas se están llevando los granos de maíz al mundo subterráneo, le explico con lenta voz y señalo con mi dedo esa oleada oscura que avanza hacia un agujero y desaparece.

Viene el hambre; viene una inmensa hambruna.

Llega la noche. Tomo la mano de Carrillo entre las mías. Él susurra una canción muy suave que casi no parece salir de sus labios sino desde un lugar remoto, un lugar desconocido de su cuerpo a donde nunca podré llegar.

Me voy quedando dormida; sonrío al escuchar que él me dice que me iré al norte, con las aguas de un río transparente. Ya estoy dormida cuando extiendo mi mano; acaricio las costillas de Carrillo. Las toco una a una. Siento su fuerza frágil.

Despierto.

De golpe. Como si el ala de un pájaro me azotase el rostro.

Mi piel parece de luna llena.

Ya sé dónde debemos ir, murmuro.

Carrillo

Comienzo a sospechar.

No me gusta acercarme a esos sitios, pero al ver los cipreses comento que no pienso ir a un cementerio ni cuando llegue mi hora. Virgilia me hala por el brazo.

Nos colocamos en una loma desde donde podemos mirar las tumbas. Virgilia se tapa la boca con las manos. Están abiertas y desde ellas brota un olor seco, ácido.

Han hecho brujerías con los huesos de los muertos...Esos hombres que vinieron de lejos y sacrifican animales para rezar, también han robado los huesos de la gente.

¿Y qué sucede?

Ahora la tierra está sucia, Carrillo.

Caminamos un buen rato sin rumbo fijo.

Virgilia se ve pálida, ojerosa.

Y de repente esa quietud.

Nunca lo había visto. Virgilia se duerme. Le hablo y le hablo y ella sigue andando con pasos seguros, pero sus ojos quedan cerrados, oigo su respiración pausada, como de lenta lluvia.

La tomo del brazo para que no tropiece con las piedras o las raíces de los arbustos pero es innecesario. Sus pies tienen la sabiduría precisa; cada paso es el correcto. La acompaño mientras asciende por una pequeña loma donde la luna empapa la tierra con claridad de sal.

Al llegar junto a unos árboles inmensos cuyas ramas parecen raíces, Virgilia se detiene.

Virgilia

Y sueño. Por primera vez. Sueño. Los primeros instantes no lo percibo hasta que veo a mi abuela y a Carrillo amasando unas arepas.

Solo en el sueño ellos pueden coincidir con esa naturalidad. Jamás se conocieron. Mi abuela

murió cuando yo era pequeña.

Veó bajar por la montaña a unos muchachos que golpean con sus machetes un huevo de color esmeralda que está en medio del camino. Tanto y tanto lo golpean hasta que de allí surge un hombre pequeño, muy pequeño; tan pequeño que debo agacharme para escuchar lo que dice:

«Tus dioses no volverán en mucho tiempo. Pero el árbol cuyas raíces crecen hacia arriba posee el camino y el camino ámbar lleva al castillo».

Río al no entender su frase. Arrojo sobre la tierra esencias de canela y miel, y enciendo dos velas.

Pero dentro del propio sueño vuelvo a quedarme dormida y sueño con un libro de páginas doradas. Un libro pequeño, recorrido por una letra nítida, con ilustraciones que vibran dentro de sus páginas.

Leo y leo lo que dicen sus párrafos. Es como si un arroyo saltase desde sus letras hasta mis ojos. Al principio no comprendo lo que allí se dice pero siento una canción que va creciendo.

El libro baila en mis manos.

Sonríó: son las historias de María Lionza: historias que a veces se eluden, a veces se cruzan, a veces se contradicen o logran expandirse.

Y quiero quedarme allí, en lo que susurra cada oración, cada coma, cada punto, cada espacio en blanco. El libro es un tercer sueño en el sueño. El libro soy yo: luminosa como un grano de maíz dorado que palpita entre dos piedras de la montaña.

Siento el beso de Carrillo junto a mi cuello.

Abro los ojos.

Despierto.

Despierto.

Despierto.

Carrillo

Nunca había vuelto a pensar en el castillo. Pero siempre ha estado allí. Ajeno a mis ojos y mis palabras. En el momento en que Virgilia lo nombra es como si refulgiese para nosotros.

Miro la marusa: no tenemos demasiados alimentos. Cuando se acaben será el fin. Virgilia lo sabe pero la veo avanzar tomada por una determinación febril que solo se interrumpe cuando encontramos en el camino unas hierbas color cobre. Virgilia se agacha y arranca un par de tallos, me entrega uno y se guarda otro en los senos.

Mi abuela contaba que María Lionza le había dicho que llevase siempre encima Kiripití, que en situaciones malas había que comerla.

Está amaneciendo.

Respiro hondo al sentir cómo el sol sube por unos árboles cuyas copas parecen raíces. Lo veo llegar a la cima de las montañas y saltar hacia el cielo. Siento su tibieza lamiendo mis brazos. Estoy a punto de pensar que este segundo: luz de la mañana, Virgilia, olor de tierra, puede ser un instante de absurda felicidad, pero algo en el sol me intriga; lo veo demasiado pequeño, como si se hubiese encogido durante la noche. No tengo tiempo de comentarlo con Virgilia porque en ese instante aparece un sol un poco más grande que el anterior, y otro, y otro, y otro. Cada uno más grande. Y siento que nos quedamos inmóviles; a punto de estallar sobre el camino pedregoso.

Abro la boca para gritar, pero en ese preciso minuto los cinco soles tiemblan igual que un animal que agoniza. Pocos instantes después los veo caer como una pelota. Cinco golpes sobre la tierra. Y es la noche. Apenas comienza la mañana pero ya es la noche.

Virgilia

Hundo mis uñas en Carrillo para que no huya.

La oscuridad nos cubre: fría, musculosa como la piel de una serpiente. Se escucha el aullido de los lobos y el lamento de una mujer que en algún lugar lejano de la montaña pregunta a gritos por sus hijos. Caminamos con lentitud. Las piedras tienen un resplandor ámbar que se desliza hasta las puertas del castillo.

Entramos. La luz del camino humedece las paredes de un barniz que nos permite adivinar que en el salón principal y en las habitaciones circundantes hubo muebles de finas maderas, bellos espejos, iconos, altares de plata, pinturas de colores espumosos, tapices.

Nada queda. Todo ha sido saqueado. Incluso faltan trozos de piedra en las paredes, como si el castillo hubiese comenzado a devorarse a sí mismo.

Un olor vegetal me recubre. Salimos a un jardín interno; allí encuentro un agujero. Miro hacia abajo; me lanzo; creo intuir un resplandor de oro.

Carrillo me acompaña muy de cerca. Siento su aliento en mi nuca. Un aliento cálido, a hierbas frescas y anís.

Carrillo da un grito cuando ve el libro colocado sobre una inmensa piedra con forma de danta.

Yo lo abro. Me tiemblan las manos pero lo abro. Es exacto al libro que conseguí en el sueño. Y comienza con las mismas palabras.

Carrillo se coloca a mi lado. La primera ilustración es una piedra en la que se encuentran talladas un pez que se muerde la cola, y un sol y una luna que se contemplan frente a frente.

Leo. Leemos en silencio.

En esas páginas se cuenta cómo María Lionza llegó por el mar.

Primero viajó desde unas islas de arenas negras y sufrió una tormenta en la que un rayo surgido desde las montañas destruyó su velero y mató a sus padres. Ella sobrevivió a ese naufragio aferrada a las ramas de un drago que llevaban en el barco y así aguantó tres días hasta que fue rescatada por los indios que la trasladaron a su montaña y que dijeron que la piel de la mujer olía a maíz. Desde ese día convivió con ellos, comió las arepas crujientes con las que se alimentaban cada mañana; bebió la guasinca de sus fiestas; durmió acurrucada entre ellos cuando la lluvia feroz borraba el mundo y una madrugada, cuando en el cielo se alinearon once estrellas que parecían evocar la forma de una ceiba, María Lionza venció a una Anaconda con ojos de rata que diezmaba cada año a su tribu.

Fue ese el instante cuando María Lionza tomó de la luna y el sol los poderes para reinar como diosa de la montaña y voló hasta la cima rodeada por siete mariposas azules.

Entrecierro los ojos.

Acaricio con mi dedo las palabras. Tinta. Relieve. Mundos perdidos. Tinta.

Carrillo

Me encanta la historia que puedo leer en el esplendor de esas páginas. Ese relato sobre María Lionza, la hija mayor del cacique de los Caquetíos y de una mulata de El Tocuyo. Muchacha que al nacer con ojos claros, recordó el oráculo donde se avisaba que una futura diosa nacería entre las personas pero que para mantener intacto su poder, mientras fuese niña jamás debería contemplar su rostro reflejado en una laguna. Así, María Lionza vivió oculta en una cueva recorrida por siete ríos subterráneos hasta que durante un eclipse salió a la superficie, venció al dragón que azotaba a los pobladores de la montaña y se transformó en la diosa que reina sobre las aguas.

Sonríó. Hambriento. Cansado.

Pienso que estará bien morir junto a este libro. Imagino que ese es el sentido de este viaje. Un buen lugar para morir. Un sitio perfecto para que esta noche se deslice en nosotros y las estrellas se vayan apagando en nuestros ojos.

Intento sentarme, pero Virgilia me toma por el brazo y con ojos incendiados susurra: el libro debe salvarse; tenemos que sacarlo de aquí.

Ella lo toma entre sus manos como si fuese un pájaro pequeño. Salimos de nuevo al castillo. Nos extraviamos, parece que las paredes se movieran, que el camino que nos trajo hasta acá se estuviese transformando en pasillos, en curvas, en escaleras que no llevan a parte alguna.

Giramos en círculos. Tropezamos con muros, hasta que intuyo hacia mi derecha un resplandor ámbar. Así, conseguimos un ventanuco por el que saltamos. Estamos otra vez en las puertas del castillo, pero ahora veo un foso lleno de agua y un puente desvencijado cuyas maderas crujen con nuestro peso.

Lo cruzamos. A cada paso siento que va a derrumbarse, pero logramos llegar al otro lado.

Allí nos sorprende el gigante.

Virgilia

Debe ser el doble de alto que el más alto de los árboles que he visto en mi vida. Es tan grande que su cabeza ha quedado colgando de su pecho, como si no hubiese podido ascender a la misma velocidad que el resto de su cuerpo.

Abre la boca: dientes negros y colmillos afilados. En su mano derecha lleva un machete y en su izquierda un cuchillo. Grita, y aunque desconozco sus palabras, comprendo que nos increpa y nos dice que regresemos el libro a su sitio.

Me inclino un poco, como un gato a punto de saltar. Le susurro a Carrillo que coloque en su boca la Kiripití que tomamos en el camino, pero él se coloca frente a mí y con ingenuidad e imprudencia comienza a tocar su mandolina pensando que el gigante se conmoverá al escuchar el sonido.

El manotazo le da de lleno en el rostro. La mandolina sale volando y Carrillo rebota sobre unos arbustos.

Yo mastico la Kiripití: sabor amargo, aceitoso. Cuando el gigante salta para partir mi cuello, me convierto en una osa y logro defenderme clavando mis pezuñas en su mano. El cuchillo salta y se clava en la tierra.

Luchamos.

Luchamos un buen rato; el gigante me hiere un par de veces, pero no logra detenerme y cuando logro arrancarle una oreja y la escupo sobre la tierra, el gigante se echa hacia atrás. Alza su

machete para partirme en dos.

En ese momento vislumbro una sombra castaña; un olor recio; una montaña de músculos y pelos.

Otro oso salta sobre el gigante y le abre una herida. Primero salen por ella sus huesos, luego un líquido oscuro como vino, después murciélagos, aves carroñeras, vísceras, cabezas de gallos, bolas de pelo y tres piedras amarillentas y sulfurosas.

El gigante cae en la tierra; en instantes se seca hasta convertirse en una rama de tabaco.

Carrillo

A ella le cuesta avanzar. Las heridas parecen quemaduras en su pelambre.

Quisiera preguntarle si cuando llegue el final volveremos a ser quienes éramos, pero imagino que ella lo ignora. En su hocico lleva el libro. Rodeamos el castillo. No llegaremos muy lejos. Lo sé. Ya no hay fuerzas y nuestros cuerpos ahora son muy pesados. Pero en la parte trasera del castillo contemplamos un río donde las estrellas de la noche parecen bañarse. Lo miramos un rato; en su superficie brillan resplandores de plata, luciérnagas, peces tornasolados que saltan.

Agua viva.

Quizá la última corriente limpia que todavía queda en estas montañas.

Virgilia

Busco un tronco. Uno fuerte y a la vez ligero. Tardo un rato, pero al final consigo uno de fragante madera que muestra una abertura en la mitad. Un escondrijo perfecto para el libro. Allí lo coloco, y Carrillo me ayuda hasta que empujamos el tronco a la corriente y lo vemos alejarse, pasar con firmeza sobre los rápidos y las pequeñas cascadas para luego convertirse en un punto oscuro.

Me echo sobre la tierra. Carrillo se coloca a mi lado. Sangran sus heridas, como el tronco de un árbol abierto.

Después de los ríos del norte hay un lugar llamado mar, le digo, y después del mar hay otros lugares de tierra.

Y hasta allí llegará...

Creo que sí, respondo.

Carrillo

Virgilia parece ausente, adormilada. Su pelambre queda cubierta por la sangre del combate.

¿Y no piensas que algunas personas hayan podido escapar?

¿Qué dices, Carrillo?

Que así como el libro va hacia el mar...

Tal vez.

Comienza a dormirse. Yo cierro los ojos. Quiero seguirla en el sueño. Como si fuésemos un tronco que guarda en su madera muchas palabras.

Quizá, susurro.

Mi voz suena con el tono espeso y vacilante de un oso.

Pienso en la primera línea de aquel libro refulgente que hemos enviado en las aguas: «Oh, señor, qué maravilla, no sé cuál es aquella estrella».

El cielo negro nos cubre.

Con mi garra intento hacer un círculo en la tierra pero me quedo inmóvil.

Contemplo a Virgilia. Inmóvil. Brillante como una piedra de luna.

La contemplo.

Quieto.

Muy quieto.

Y ya.

(Madrid - Caracas, 2016)

LA MUJER Y EL TIGRE

Cuando cumplió quince años los padres de Karibay la encerraron en su casa; esa casa amarilla que se ve después de Villanueva, como quien va a Sicarigua y se desvía; mucho antes de La Vigía y Sanarito, justo en medio de los dos araguaneyes y el curarí.

«No vayás al río, no salgás cuando aparezca el sol, no salgás cuando sea de noche», le dijeron con fuertes voces.

«Afuera el mundo es malo; no hay nada interesante para mirar. Te quedarás con nosotros y así te prepararás para cuidarnos cuando estemos viejos».

Karibay quedó silenciosa. Por las ventanas miró las lomas con los cafetales florecidos y pensó que una mirada no bastaba para despedirse. Extendió sus brazos, extendió sus dedos como quien quiere tocar la textura de las piedras, pero su padre la golpeó con una vara de bambú y le dijo que preparase las arepas, que sirviese el suero, que ordenase la ropa en los armarios, que colocase las trampas para espantar los osos, que prendiese las candelas del fogón en...

Pasó el tiempo. Karibay no salió jamás de su casa. En la época de sequía pasaba horas quitando las garrapatas de la piel de sus padres; en la época de lluvia limpiaba con esmero sus ropas llenas de fango.

Y así.

Año tras año.

En los amaneceres, su papá buscaba agua en el río y llenaba la pipa hasta el borde.

Karibay se miraba en el agua.

«Ná guará, soy bella» descubrió un día al asomarse a la pipa. Tocó el líquido para refrescarse el rostro y recordó que cuando todavía podía salir al camino muchas personas le hablaron de María Lionza, la diosa de la montaña, una mujer poderosa, de pechos grandes y músculos firmes que vivía en lo más alto de Sorte, nadando entre cascadas y pozos.

Karibay miró el agua de la pipa y le habló con palabras muy lentas: «Decile a María Lionza que le mando un beso, decile que estoy encerrada, decile que quiero irme de aquí». Y esa misma tarde, Karibay puso la pipa de agua en el punto exacto donde entraba un rayo de luz. El sol pegó muy fuerte ese día, el agua se evaporó y se fue al cielo y cuando llegó y se volvió nube viajó hasta Sorte, y al llegar a la parte más alta de la montaña llovió sobre el pozo más alto de los pozos más altos y al empapar a María Lionza le llevó las palabras de Karibay.

María Lionza oyó la historia. Luego llamó al Negro Felipe y a Guaicaipuro, sus dos hermanos, los dos espíritus más próximos a su reinado y les ordenó que bajasen a casa de la muchacha y

averiguasen qué sucedía.

Una mañana, mientras los padres de Karibay habían salido, Guaicaipuro y el Negro Felipe se asomaron a la casa amarilla. No pudieron entrar; la puerta estaba cerrada con candados, las ventanas no podían abrirse porque el papá las había fijado con clavos y en la entrada, el hombre había pintado con sangre de chivo una cruz al revés que traía malas fuerzas a todo espíritu luminoso que intentase acercarse.

Por un pequeño agujero en la pared el Negro Felipe y Guaicaipuro le dijeron a la muchacha que al día siguiente harían algo para alejar a sus padres y le explicaron lo que ella debía decirles en ese instante.

Ya era de mañana; la muchacha preparaba las arepas del desayuno cuando el negro Felipe se asomó por la ventana de la izquierda y su piel era tan oscura tan oscura que por ese lado de la casa parecía noche, y por la otra ventana se asomó Guaicaipuro y en su piel llevaba pintadas tantas figuras de arcilla azul que pareció que por ese lado de la casa estaba amaneciendo.

-Va sié cará. ¿Qué está pasando? -dijo la mamá de Karibay-. Por la izquierda parece que es de noche, por la derecha parece que es de día.

El papá miró las dos ventanas y se puso pálido.

Sin dejar de tostar las arepas en el budare, Karibay habló.

-Eso pasa cuando el mundo se quiere acabar. Mañana lloverá candela y no quedará nadie vivo ni de aquí a Guaitó, ni de aquí a Siquisique.

La mamá empezó a llorar. Karibay sirvió las arepas en la mesa y derramó el suero sobre los platos de peltre.

-Pero hay una manera de evitarlo. Salgan de la casa, borren la cruz que está en la puerta y busquen una ceiba, coman siete hojitas y pidan perdón por el mal que han hecho estos años. Así no lloverá fuego sobre nosotros.

Temblorosos, los padres la obedecieron. Con una esponja limpiaron la cruz invertida que habían pintado y a toda prisa marcharon hacia la ceiba inmensa que se encontraba en una encrucijada. Comieron las siete hojas, de rodillas pidieron perdón, y poco a poco se fueron quedando dormidos.

El Negro Felipe y Guaicaipuro aprovecharon para atravesar las paredes de la casa y presentarse a Karibay, que alborozada los recibió y como pudo les contó la historia de su encierro.

Conversaron un rato hasta que el Negro Felipe advirtió que el efecto de las hojas de la ceiba estaría finalizando y pronto volverían los padres de Karibay. Se despidieron; al marcharse la casa quedó impregnada de un olor a tabaco y guasinca que la muchacha intentó alejar con manotazos.

-A lo mejor nunca vuelvo a saber de ellos -pensó.

María Lionza quedó un rato debajo de la cascada. El agua hacía brillar su piel como si fuese cristal. Pensaba en cómo ayudar a Karibay. No era sencillo. Solo las personas sumergidas en el miedo y la esperanza piensan que el poder de los dioses es ilimitado. Supo que Guaicaipuro y el Negro Felipe no podían entrar otra vez a la casa porque el padre había pintado de nuevo la cruz invertida que alejaba a los buenos espíritus. Debía solucionarlo de otro modo.

Oyó a lo lejos el rugido del tigre. Un rugido lento, ronco, que parecía brillar como tizones en la oscuridad.

Esa misma noche envió en forma de vapor un sueño que viajó hasta Karibay y viajó hasta el tigre. Karibay soñó con el tigre. El tigre soñó con Karibay.

Karibay imaginó el calor rudo del tigre entrando a su cama.

El tigre imaginó la tersura de la piel de Karibay frotándose contra su pelambre.

Desde esa noche, Karibay descubrió que cada mañana se erizaba, como si una electricidad llegase desde los tupidos árboles que se contemplaban por la ventana. Un día se desnudó y entró entera en la pipa de agua. Estuvo mucho rato sumergida en ella. La colocó en el lugar donde el sol hacía caer sus rayos y pudo ver cómo el agua se iba evaporando y se marchaba hasta el cielo para volverse nube. Después la nube llovió sobre la montaña y empapó al tigre. El tigre se colocó sobre una piedra para sentir esa agua que lo embriagaba. Era una lluvia distinta a todas las lluvias que había conocido.

Esa misma noche empezó a seguir el rastro del olor. Atravesó quebradas, caminos, aldeas silenciosas, sembradíos de caña. Al fin llegó a la casa. La vio: pequeña, cerrada. Supo que allí estaba la mujer con la que no dejaba de soñar.

El Negro Felipe y Guaicaipuro se colocaron a su lado. Desde la casa, brotaba el olor a maíz de las arepas y el olor de la mujer.

-Cuando el hombre venga en la mañana a buscar agua; te hacés parte del agua -le dijeron los dos espíritus al tigre.

Así lo hizo. Al ver al hombre que caminaba con la inmensa pipa vacía, el tigre se hundió en el río; cuando el padre de Karibay llenó de agua aquel envase, el animal se escondió en el fondo, acurrucado, encogido en sí mismo.

El padre de Karibay llegó exhausto a su casa.

-El agua viene hoy más pesada que nunca -le dijo a su mujer, y los dos se marcharon para trabajar en los cafetales.

Una de las ventanas se volvió noche cerrada, la otra, refulgía como el amanecer. Karibay comprendió que los espíritus habían regresado, que le enviaban una señal y comenzó a buscar por toda la casa hasta que miró al fondo de la pipa y vio al tigre, que ya estaba casi muerto de tanto aguantar la respiración.

Lo sacó de golpe. Parecía un pequeño gato apaleado. Lo puso junto al fogón donde cocinaba; se quitó el vestido y secó al animal con gestos enérgicos. El tigre poco a poco fue recuperando las fuerzas. Abrió los ojos, vio a la mujer desnuda.

Cuando ella lo llevó a su cuarto estuvo a punto de rugir dos veces pero ella le indicó silencio.

El Negro Felipe y Guaicaipuro los vieron retozar la mañana entera. El tigre, por instantes tenía la piel canela de una mujer desnuda; Karibay por instantes era la fiereza de rayas negras en un fondo de oro.

Ambos espíritus pensaron con melancolía que era hermosa la batalla que la mujer y el tigre estaban viviendo en esa cama. Y así, mientras aquellos dos seres se revolcaban, cayó sobre la tierra un aguacero, una lluvia feroz con relámpagos y truenos, porque cuando suceden jadeos felices, se desata sobre el mundo una lluvia interminable que es la tristeza de los espíritus que ya

no tienen un cuerpo para gozar y ser gozados.

El tigre se quedó a vivir debajo de la cama de Karibay.

Cada mañana, cuando los padres se marchaban, el tigre asomaba sus patas y ella lo halaba y se montaba sobre él.

Karibay quedó embarazada. Una, dos, tres veces. Paría a sus hijos en la noche y los ocultaba dentro de su vestido. El padre, que algunos amaneceres la azotaba con una caña si las arepas estaban crudas, le repetía con voz recia:

-No parás de engordar, comés demasiado.

Y ella asentía y miraba por la ventana mientras con las manos intentaba que sus hijos no se moviesen dentro de su ropa.

En las mañanas miraba al tigre; miraba como sus rayas oscuras iban perdiendo brillo y parecían pólvora quemada.

Un día después de que su padre la golpeará con la caña en la cabeza le dijo al tigre.

-Nos vamos. No quiero seguir aquí.

El tigre bostezó; parecía cómodo debajo de la cama de Karibay, pero ella le clavó las uñas en el lomo y lo alzó sobre sus cuatro patas.

-Oye lo que te digo. Papá tiene una escopeta. No podemos dudar. En cuanto te diga que escapemos, tenemos que salir a toda prisa.

Karibay esperó el segundo más oscuro de la madrugada. Apretó a sus hijos dentro de su ropa y de nuevo clavó sus uñas en la piel del tigre. Le advirtió en la oreja que era el instante exacto y se montó sobre su lomo.

El tigre tensó sus músculos. Tomó impulso, saltó hasta la puerta y logró derribarla. El papá de Karibay se despertó. Había percibido un resplandor dorado y negro que pasaba cerca de él y sintió un inmenso frío y después un inmenso calor.

Karibay había soñado tantos años con esa huida que supo indicar al tigre por dónde avanzar. Primero a la derecha, después cruzar el puente de Las lloronas, subir seis piedras con formas de dedo, y atravesar la quebrada de Las Limas para llegar hasta Guarico y allí escapar para siempre de la casa de sus padres.

Pero a los pocos metros comenzó a sentir la escopeta de su papá. El hombre los perseguía y no dejaba de disparar. Sus fognazos parecían rayos. La primera vez que disparó, el papá de Karibay mató un zorro; la segunda un puerco espín; la tercera una ardilla, la cuarta una lapa, la quinta un cachicamo, la sexta un mono, la octava un gavián, la novena una gallineta y la décima una guacharaca.

El camino iba quedando lleno de los animales que mataba el papá de Karibay.

El tigre se iba cansando. Los años oculto debajo de una cama lo habían engordado; habían entumecido sus músculos. «Y los próximos dos disparos serán para nosotros. Y nos dará justo en mitad del corazón», pensó Karibay y asustada por lo que le pudiese pasar a sus hijos, los sacó de su vestido y los lanzó con todas sus fuerzas hacia las nubes para que se salvaran, y así los hijos del tigre y de Karibay se convirtieron en esas luces amarillas o rojas que aparecen en el cielo cuando va a amanecer o cuando la tarde se va a convertir en noche.

Al fin llegaron a la quebrada. Había llovido; la quebrada era casi tan grande como el río Tocuyo. Era inmensa, apenas podía verse la otra orilla. El tigre se detuvo en seco. Supo que la

corriente los arrastraría, que morirían ahogados. Hundió sus pezuñas en la tierra.

Karibay tembló. Miró a los lados; a la derecha estaba el Negro Felipe escondido en un pino, hacia la izquierda estaba Guaicaipuro escondido en un cedro. Los dos elevaron sus brazos hacia el cielo y le indicaron a Karibay que rezara.

Así lo hizo. Alzó sus dos brazos. Con voz fuerte, poderosa, le pidió a María Lionza que la ayudase. Era una oración, un ruego que parecía salir de la mujer como el canto desesperado de una chicharra. La voz de Karibay saltó el aire como una centella que fue rebotando hasta llegar hasta Carora; pasó volando sobre Urucure, saltó sobre Cabudare y llegó a Sorte donde al fin María Lionza pudo escucharla.

Las aguas parecieron calmarse, segundos después burbujearon y en medio de la furiosa quebrada se abrió un camino, un camino estrecho donde cabían Karibay y el tigre.

El animal seguía con miedo; no se atrevía a atravesar ese sendero inesperado; pero Karibay le clavó las uñas y le ordenó que cruzase. «Nos van a matar. Corre. Corre», gritó en la oreja del tigre que al final dio unas rápidas zancadas.

Atravesaron el camino mientras soplabla un viento recio.

La quebrada siguió haciendo un ruido de barro, plumas, troncos, espuma, raíces.

Cuando llegaron al otro lado, descubrieron que el papá de Karibay continuaba persiguiéndolos. De hecho, lo vieron alzar la escopeta y apuntarlos mientras atravesaba la quebrada. Pero en ese instante el camino se cerró abruptamente; las aguas volvieron a su cauce y envolvieron al hombre. Solo se escuchó el primero de sus gritos.

Pesado como piedra, el papá de Karibay quedó en el fondo y la fuerza de la corriente lo ahogó y lo llevó muy lejos, hasta Tocuyo de la costa, donde envuelto en manglares y conchas de coco fue a dar a la mar.

Karibay y el tigre quedaron exhaustos mirando la fuerza de esa corriente que arrastraba piedras pulidas y redondas como huevos.

Esperaron que el sol se elevase.

El tigre se lamió las patas.

Karibay miró al cielo y escuchó las voces felices de sus hijos saltando entre las nubes.

La mujer respiró hondo. Comenzó a caminar.

El tigre la siguió con pasos lentos; pasos tan lentos que cada vez se fue quedando más y más rezagado.

Karibay no se detuvo. Siguió caminando y caminando. Hacia un barranco le pareció distinguir al Negro Felipe y a Guaicaipuro saltando entre los cafetales. Los saludó con la mano.

Cuando se detuvo a descansar en una piedra, el tigre ya era una mancha entre los árboles. Karibay se acarició los pies y bebió el agua de la lluvia que brillantaba las hojas de los robles. Volvió a emprender su camino. Al llegar la noche, Karibay se detuvo a dormir en unas cuevas cerca de Barquisimeto. Del tigre ya no quedaba ni rastro. La mujer se acostó sobre la tierra, estiró sus brazos, estiró sus piernas.

Cerró los ojos. Despertaría temprano para mirar las luces coloridas de sus hijos sobre las nubes y así seguir caminando sin descanso.

(Madrid, 2016)

LAS FRUTAS DEL ÁRBOL

El sol se comprimió unos segundos, pareció convertirse en la punta de un tizón encendido. Luego estalló en mil pedazos. Aknán quedó paralizado; sobre su rostro llovieron granos de maíz. Sintió el sabor dulce en sus labios, en su frente, en sus párpados. Sonrió, pero su piel comenzó a arder.

Dio un grito y corrió hacia el río pero al llegar a su orilla el agua se elevó como una nube de tierra que rugió tres veces antes de desaparecer.

Despertó. Ebbay lo miraba con ojos asombrados, fulgurantes.

¿Otro sueño?

Sí. Otro sueño.

Cuéntamelo todo.

Ahora no.

El brazo de la mujer reposaba en su pecho. El roce de aquella piel lo acaloraba, le quitaba la respiración. Pensó en pedirle que se apartara un poco: la noche entraba en la cueva como un aire vaporoso. No dijo una palabra. Quería dormirse de nuevo. Dio vueltas, intentó buscar una postura en la que su cuerpo se hiciese leve. El brazo de Ebbay continuó apoyado sobre su espalda.

A lo lejos, escuchó el rumor del río y el movimiento sigiloso de la serpiente que a esas horas bebía de sus aguas.

Supo que la mujer contemplaba su nuca, que miraba sus cabellos, sus orejas, sus hombros. Sintió cómo utilizaba las uñas para quitarle una costra de lodo adherida a su espalda.

¿No puedes dormir?

¿Ah?

No puedes dormir.

Tengo sueño, estoy exhausto.

Siempre estás cansado, Aknán.

Siempre estoy cansado, repitió él y apretó los ojos deseando que el sueño lo derrumbase como si fuese un árbol golpeado por una centella.

Miró las verduras barnizadas por una miel ácida. Las mordió con hastío y tragó aquella masa pulposa. Se puso de pie; caminó alrededor de árboles que parecían arder bajo el sol de la tarde. Miró a Ebbay. Sintió un pinchazo en la ingle al contemplar el resplandor de esa piel que recordaba la arena del río. Se acercó a ella. Luego se detuvo.

¿A ti no te molesta? susurró.

La mujer le pidió que hablase más alto. Aknán se acercó a su oreja y volvió a susurrarle.

¿A ti no hay tardes en que te parece horrible?

¿De qué hablas?

Aknán tomó una bocanada de aire. Rascó sus piernas y tosió.

¿No te parece un espanto que Él siempre esté allí, que siempre pueda vernos?

Las chispas saltaban de la fogata. Aknán pensó en luciérnagas: algunas madrugadas las veía moverse por el cielo como si estuviesen trazando un tembloroso camino de luz. Le gustaba contemplarlas a solas, en cuclillas, oculto entre los árboles.

Un golpe de viento movió las llamas del fuego.

A veces me parece que la brisa trae palabras, murmuró, y Ebbay lo observó con detenimiento.

¿Cuáles?

Palabras. Palabras que no comprendo: Guarico; Quíbor; Duaca; Barquisimeto; Sorte.

Suenan bien, dijo la mujer; apartó el cabello de sus ojos y miró hacia esa línea donde el sol volvía tembloroso el paisaje.

Quizás al otro lado del río hay lugares como este, murmuró Aknán.

Un sonido silbante se deslizó entre los matorrales. La mujer miró unos segundos hacia el lugar desde donde brotaba ese rumor agudo, casi cortante y luego le pasó a Aknán un cuenco lleno de maíz. Los granos parecieron crecer al contacto con la luz. Aknán tomó una piedra, comenzó a triturarlos, los colocó unos instantes en el fuego y luego los derramó sobre unas hojas de palma.

Comieron en silencio.

¿Qué piensas? dijo Ebbay.

Nada, respondió Aknán.

Y volvió a pensar: «la única felicidad viaja en las palabras que vienen de lejos».

Caminó un buen rato entre el huerto y después se dirigió hacia el río. Le gustó la oscuridad de la tierra bajo sus pies: mullida, esponjosa. Ascendió por las piedras grises que rodeaban el pozo.

«Alguna vez Él dormirá; alguna vez estará descansando y no podrá mirarnos», pensó al sentir que se movía con inusual ligereza y que las nubes flotaban con indolencia. Respiró hondo. Agitó los brazos. Se colocó junto al pozo de aguas plateadas y se distrajo lanzando guijarros sobre la superficie.

Se detuvo cuando contempló un remolino que se formaba en el centro de las aguas. Retrocedió asustado. Desde allí surgió un ser pequeño; una silueta que recordaba el colmillo de un elefante y que después de mirar a ambos lados, caminó sobre las aguas dando breves saltos.

Al llegar a una roca, aquel pequeño ser dibujó con la punta de sus dedos la imagen de una mujer que se cubría el rostro con las manos.

Estuvo largo rato dibujando hasta que sin aviso previo desapareció entre las aguas.

El dibujo de la mujer podía parecerse a Ebbay, pero tenía el cabello oscuro, su piel era más pálida, los ojos refulgían como esmeraldas, y sus pechos y su cintura poseían una deliciosa violencia, una manera de curvarse que Aknán desconocía.

Al principio quiso correr pero las piernas no le respondieron. Luego se detuvo. Hechizado.

El día se deslizó sobre el inmenso jardín. Llegaron las primeras sombras azuladas de la noche.

El dibujo de la mujer pareció moverse de sitio, expandirse hasta llenar la mirada de Aknán y

luego caminar sobre la tierra húmeda.

Aknán nunca supo cómo regresó a la cueva. No pudo ver los caminos, los arbustos de hojas crujientes, el gran árbol central que dominaba el jardín, la línea temblorosa del río. El lugar se comprimió hasta desaparecer. En las pupilas de Aknán solo sucedía cada poro, cada invisible vena, cada pequeña marca del cuerpo rotundo de la mujer.

¿Nunca piensas en el árbol?

¿Ah?

El árbol, Aknán, el árbol con los frutos que Él nos dijo jamás debíamos probar.

No. Nunca pienso en él, mintió Aknán y para calentarse la piel acercó sus manos a las llamas de la fogata.

Apretó los párpados. Le pareció que mariposas y pájaros de tonalidades gaseosas volaban dentro de él. Después vio el árbol. El Drago más alto del inmenso jardín. Una línea de madera fragante que sobrepasaba el cielo y que se hundía hasta el centro de la tierra.

Tiempo atrás, durante una de las noches más calurosas, Aknán se acercó a su tronco y con violencia arrancó dos o tres de sus frutos. Los devoró con desesperación, realizando un feroz ruido con sus dientes, con su garganta. Tragó insaciable, escupió trozos de pulpa sobre los hierbajos que circundaban esa parte del jardín.

Supo que Él lo miraba. Sintió esa respiración suya: lenta, tibia, cargada de un olor añejo. Aknán regresó a la cueva. Le temblaban las piernas, las manos, la mandíbula. Abrazó a Ebbay; casi la despertó para advertirle lo que había sucedido y así esperar juntos el momento cuando Él apareciese frente a ellos.

El cielo se llenó de relámpagos violetas. Hubo dos o tres truenos. Aknán esperó la llegada de terribles ángeles con espadas; la tormenta de fuego de un volcán; la invasión de cocodrilos con cuernos de azufre; el crujido de la tierra abriéndose bajo sus cuerpos. Nada sucedió. Nada. Un minuto. Otro. Otro. La noche. Como siempre. La noche y luego la mañana en la que Ebbay encendió el fuego y le dijo que el río había crecido durante la madrugada.

«Él también está cansado. También está harto de mirarnos», pensó y con el filo de una piedra se abrió un pequeño agujero en la mano solo para ver manar la sangre, solo para escuchar los gritos de Ebbay.

Volvió al pozo.

Una. Dos. Tres veces.

Nunca más vio aparecer el dibujo de la mujer.

Subió a la parte alta de la montaña para intentar descubrir algún rastro. Vio jirafas y garzas hacia la izquierda; adormilados tigres, venados, dantas, conejos y águilas hacia la derecha. Cerca de la cueva contempló a la serpiente durmiendo enrollada en el tronco de un arbusto.

El sol parecía aplanar el paisaje; convertirlo en uno de esos dibujos de arcilla con los que Ebbay se distraía cuando las horas se hacían largas y Él los observaba con especial agudeza.

Aknán miró el río. Desolado. Hueco.

El agua le pareció una línea de humo.

Una noche, Aknán despertó con otro de sus sueños. El sol se quebraba como una vasija de

barro y se hundía en la parte más honda y lejana del río.

Esperó en silencio. Al ver que la mujer no realizaba ninguna pregunta extendió el brazo y solo consiguió el agujero que su cuerpo había ido abriendo en la tierra. Salió sigiloso. Pensó en tomar un tizón y encender una rama para avanzar, pero luego prefirió adivinar el camino a través de sus manos.

Cerca del árbol vio a Ebbay acostada sobre unas rocas, iluminada por el resplandor de las hojas del árbol. Jadeaba tapándose la boca con su mano. Alrededor de ella, la serpiente la envolvía y se deslizaba sigilosa, ágil, incansable. Aknán regresó a la cueva. Supo que aquellas dos figuras retozarían toda la noche, hasta que sintieran la amenaza del sol como una advertencia.

Se cubrió el rostro con las manos.

Quizá ella tenga razón, pensó Aknán, el cuerpo es la verdad que poseemos.

Luego pensó en el árbol.

Pensó en el pozo.

Pensó en Él.

Pensó en las palabras que traía el viento.

Se durmió con las manos colocadas sobre su cara, como una de esas máscaras de arcilla que Ebbay inventó para divertirse en las tardes de lluvia.

¿No has vuelto a tener sueños? preguntó Ebbay una mañana en la que el jardín amaneció envuelto en una niebla cálida.

No, respondió Aknán. Luego recordó que la noche anterior había soñado que los árboles dejaban de dar frutos, y que el huerto entero se secaba, calcinado por un sol rojo. Después Aknán corría desesperado hacia el río y al llegar a sus orillas se mordía su mano y se la tragaba con feroces dentelladas.

No sabe mal, susurraba. Tiene sabor a maíz. A maíz un poco crudo.

Avanzó en la noche: silencioso, impasible. Supo que Ebbay estaría demasiado ocupada para echarlo en falta. Se acercó al río, buscó la parte más delgada de su cauce. Calculó cuántos pasos debería dar para atravesarlo. Imaginó que podía imitar a los peces y deslizarse por el fondo y salir a la otra orilla. Miró la luna. Le pareció un ojo blanco, un ojo que fingía mirar el jardín con atenta nitidez pero que solo podía contemplar un mundo de nieblas.

Hundió sus manos y sus pies en el agua. Sintió escalofríos. Se imaginó siguiendo hasta el final de esos brazos en los que el río se disgregaba. Se imaginó corriendo lejos, sin voltear el rostro ni detenerse. Avanzó otro poco. Las rodillas le crujieron al contacto con la espuma que se formaba cerca de las piedras. «Tanta noche en la noche», pensó, y aterrado regresó a la orilla.

Al despertar, le pareció que la cueva guardaba un olor ácido. Se lo comentó a Ebbay. Ella le respondió con un murmullo. Continuaron acostados.

Uno de estos días incendiaré el árbol, susurró, pero Ebbay dormía de nuevo y no respondió. Uno de estos días incendiaré el árbol y el fuego subirá hasta el cielo y se hundirá hasta el centro de la tierra, murmuró.

Ebbay le colocó el brazo sobre el pecho.

Aknán se quedó callado, mucho tiempo, hasta que supo que él también se quedaría otra vez

dormido.

(Madrid, 2014)

PRIMER FUEGO, ÚLTIMO VIAJE

Al amanecer, Raoun le dijo a su hija que debería acompañarlo a sacrificar un cordero.

Y si esto fuese un cuento, olor, sueño, cordero en imagen primera y olor, si esto fuese un cuento yo no debería aparecer aquí: Erik el vikingo soy. Ácido aroma, tacto; y esa sucesión donde iría irrumpiendo como una imagen presentida el cordero. El cordero, el cordero, y así aparecería mi hermana de ojos verdes, mi hermana de la Ceiba, la que iluminaba por dentro del árbol cuando era de noche y nosotros comenzábamos a asomar nuestros rostros por un agujero de la madera, huyendo de don Juan de los cerros, ese cruel padre nuestro con ojos de serpiente y alas de águila que se comía a sus hijos.

Y en el principio debería aparecer ella, mi hermana María Lionza, y luego los otros dos hombres con los que camina ahora mismo, el padre terrenal de ella, el hermano terrenal de ella, porque mi hermana María Lionza tiene sus once hermanos espirituales dentro de la Ceiba que somos nosotros, y tiene también sus hermanos terrenales en la aldea donde ahora vive mientras llega el tiempo de cumplir su misión en este plano tierra. Y yo soy Erik el vikingo, yo soy uno de los hermanos espirituales de María Lionza y no debería estar aquí, pero este cuento que no es cuento convoca el fuego desde su título, y el fuego soy, y al fuego voy y vengo.

Sí. Deberían aparecer ellos al principio del relato, como quienes caminan entre los árboles tupidos de la montaña.

María Lionza, su padre Raoun, y luego Xamo, el hermano pequeño, que oculto los sigue a ambos, que se vuelve rama y roca y tronco y musgo y no los pierde de vista, todo ojos Xamo.

Porque al amanecer, Raoun le dijo a su hija que debería acompañarlo a sacrificar un cordero.

Ella lo contempló con fijeza, y sin dejar de mirarlo preparó la leña que necesitaban, porque ella lo sabía, ella lo sabe, mi hermana reconoce el llanto de la aldea, la desesperación de su madre cuando se despiden y se abrazan.

Luego no se atreve a girar el rostro para contemplar su pueblito.

Y Xamo los persigue, pues la noche anterior ella le cuenta mi historia, que no es la historia de estas palabras y que sin embargo quiere colarse como un desvío, como un traje que pierde sus costuras, como una confusión que un cuento debería evitar.

La noche anterior ella le cuenta mirando la fogata: porque al principio el fuego no estaba y las mujeres y los hombres pasaban frío, le dice al niño, y en la noche los animales devoraban a la

gente de las aldeas, y el frío tanto frío, en los huesos, en la piel, en las manos, en las piernas, tanto frío, temblaban todos, y yo, Erik el vikingo, había nacido y estaba escondido en una ceiba, y yo era el tercero o cuarto de los hermanos y María Lionza que era la séptima no había nacido aún, y fui y escuché los gritos helados de las personas, y los gritos de las mujeres, y los gritos de los niños, y los gritos de los hombres que no podían huir cuando aparecían los jaguares, los tigres, los leones, los cocodrilos, y caen lágrimas de mis ojos, el dolor grita cada noche, pero mi madre Kea (la que nos ha encerrado en una ceiba para salvarnos de la voracidad de don Juan de los cerros) dice que para que llegue la hora, nuestra hora, el tiempo por venir, las personas deben conocer la candela, el fuego, las llamas, y que más allá de Quíbor, más allá de El Tocuyo, muy cerca de Guarico, vive un ogro que duerme caliente en su cueva, abrigado por una fogata que jamás se consume. Eso contó anoche María Lionza a su hermano mientras cocinaban pescado, y ahora ella camina con su padre, y ella lo sabe, el cuento de anoche será el último cuento que compartirá con su hermano Xamo, el pescado de anoche será el último pescado que ella comerá en la aldea. No conoce los detalles, solo ahora se le revelan, ella: la imagen de un cordero, ella que besa a cada persona de la aldea, que supo siempre su destino, pero no puede creer que sea Raoun, su querido padre terrenal quien la lleva pues afirma que anoche escuchó con claridad las exigencias de la serpiente alada.

Ven hija, hoy me acompañas tú, hija.

¿El miedo, padre? ¿La cobardía, padre? ¿La obediencia, padre? ¿El horror, padre?

Decime, papá, mirá, decime, el miedo tú, na' guará, tú mismo el miedo, el horror, padre.

Me entregás tú mismo, me llevás tú mismo, pero no me besés, papá, cuando me dejés allí en la laguna, te ruego no me besés.

Porque el final se conoce, no sus detalles. Y el miedo, papá, tu beso tembloroso y rápido cuando me dejés en la laguna y aparezca la serpiente con alas, y corrás y huyás para no escuchar, para no saber, para seguir vivo tú y la gente de la aldea, para que la serpiente alada les permita a ustedes otras temporadas de miedo y de vida en el miedo; hasta que otra vez la serpiente tenga hambre y pida otro sacrificio y quizá quiera a otra de tus hijas, mal querido padre, mal parido, papá sucio, no me besés, entregame y ya, vete, vete, luego luego, para que no pensés.

Y ese sí es el cuento, con la puntería de una flecha de nuestro hermano Guaicaipuro; mi hermana María Lionza camino a la laguna, su melena que el aire agita, su cuerpo flexible y fuerte; pero el fuego, vuelve el fuego, no puedo parar el fuego, anoche, en las palabras de María Lionza.

Porque al principio el fuego no estaba, dijo ella y Xamo abrió sus ojos asombrado:

Y yo, Erik el Vikingo, no soporté más los gritos y los llantos y la tristeza y la desesperación, así que marché con una marusa en la que llevaba diez mazorcas y mi poderoso martillo de piedra que me regalaron unos duendes a quienes ayudé a escapar de un dragón que los atrapó por los lados de Barbacoas, y al fin caminé en busca del ogro.

Claro que no olvidé nunca lo que me dijeron Guaicaipuro, María Magdalena y el Negro Felipe, tres de mis hermanos de la Ceiba: el ogro que guarda el fuego es enano, pero es muy fuerte, es tan fuerte que puede partir un árbol con los dedos o puede abrir en dos una montaña; porque nadie es tan fuerte como el ogro que guarda el fuego y ni siquiera tu martillo podrá vencerlo.

Y antes de aniquilar a sus víctimas le gusta ponerles pruebas imposibles, porque nada la agrada más que destruir con lentitud. Pero no lo verás exponerse nunca al sol, porque el sol lo volvería piedra, por eso en el día vive al fondo de su cueva, alumbrado tan solo por las llamas de

su fogata.

Así que después de despedirme de mis hermanos, pasé por Guarico, crucé una quebrada y llegué a la cueva: allí golpee el cielo con mi martillo y llegaron los rayos y las nubes, un rato después volví a dar otro golpe para que las nubes se apretasen como ovejas; nubes nubes nubes, muchas nubes hasta que hice la noche y de tan oscuro tan oscuro el ogro se asomó a la salida de la cueva, todo eso le contó María Lionza a su hermano Xamo, y quizás realizó los gestos con sus manos, golpeó hacia arriba, tomó una caña como si fuese un martillo y hasta hizo los ruidos de las nubes al apretarse entre ellas, y susurró esa historia con especial lentitud, porque sabía que el día siguiente sería el día, y una diosa que vive entre las personas siempre sufre al dejarlas; una diosa que convive con las personas será siempre más próxima a su abrazo, pero tendrá siempre la nostalgia de los días cuando era uno de ellos, y ahora ese tiempo se anuncia, llega hoy, cuando mi hermana camina junto a Raoun hacia la laguna, recordando anoche cuando en su voz, Erik el vikingo esperó la salida del ogro, y al verlo, le pareció tan pequeño, tan pequeño como un trozo de roca que se mueve, y comprobó que sus espaldas eran inmensas y sus manos se arrastraban por el suelo pero eran poderosas y abrían surcos profundísimos en la tierra, así que Erik le dijo con voz susurrante, tengo un martillo poderoso con el que provoco lluvias, lanzo rayos, curo a los animales, abro los caminos, y puedo hacer crecer lo que me apetezca, así que se acercó a un arbusto y rozó su madera con el martillo y el árbol creció y creció hasta que sus últimas ramas casi tocaron las oscuras nubes del cielo.

El ogro enano lo miró con ojos de sapo: ojos saltones, como burbujas a punto de estallar.

Lo quiero, dijo el ogro y sus manos crujieron amenazantes, ante lo que Erik alzó su martillo y lo miró con ferocidad para que comprendiese que la lucha sería larga, terrible.

Pues yo quiero el fuego que guardas al fondo de tu cueva, le respondió, con la certeza de que la mezquindad del ogro jamás haría posible ningún intercambio.

El ogro eructó. Apretó los párpados; su cabeza deforme pareció aplastarse un poco más. Le dijo que no haría ese trato.

Te propongo un reto, murmuró Erik, y sacó de su marusa las diez mazorcas de maíz que llevaba consigo.

¿Cuántos granos puede haber aquí? Yo con mirarlo unos segundos creo saberlo. ¿Tú no? Yo digo un número, tú dices otro. El que diga el número más cercano gana y se queda con lo que desea del otro. Yo con el fuego o tú con el martillo.

El ogro sonrió. Le pareció un modo lento y sencillo de prolongar la agonía de ese imprudente.

Cuatro mil granos, gritó.

Cuatro mil quinientos, respondió Erik.

Así la noche anterior, María Lionza abrió mucho los ojos, quedó en silencio, y le musitó a Xamo que cuando el ogro y Erik dijeron sus números quedaron callados y se miraron un buen rato. Un buen rato, hasta que Erik rugió: gané, gané, tienes que darme el fuego, y el ogro apretó sus mandíbulas como un caimán. ¿Ganaste? ¿Qué es eso de qué ganaste? No sabemos cuántos granos tienen las mazorcas.

Así yo, así, Erik el vikingo, bajé mi rostro, apesadumbrado, confuso, hasta que admití que no era posible saber cuál de los dos había acertado. Y sin soltar el martillo de mi mano derecha le dije que el único modo de comprobar el ganador era contando uno a uno los granos de las diez mazorcas.

De inmediato, tomé cinco mazorcas y las lancé junto al ogro. Yo tomé otras cinco y con lentitud extrema comencé a arrancar grano a grano, los fui echando en una totuma inmensa que el ogro utilizaba para guardar agua de lluvia.

Uno, dos, tres, dije con voz muy lenta.

Cuatro, cinco, seis, dijo el ogro lanzando sus granos.

Siete, ocho, nueve.

Diez, once, doce.

No dejábamos de mirarnos un instante, y a la vez prestábamos atención a cada grano que caía en la totuma. Nuestras voces, que en un principio eran vigorosas, fueron tornándose cansadas. El ogro intentaba contar con rapidez; yo contaba cada vez con mayor dificultad.

Y su voz. Mi voz. Pero siempre en estas palabras el cordero, el cordero que no estaba allí, en ese momento, pero sí ahora, cuando estas palabras vuelven a ser este instante y a la vez son cordero y mi hermana María Lionza que camina y camina.

Porque todo vuelve a ser, todo da vueltas y es el círculo que somos y que vuelve siendo.

Mil ciento uno.

Mil ciento dos granos.

Mil ciento tres, mil ciento cuatro granos, le contó María Lionza a Xamo y al verlo cabecear comenzó a contar más rápido, como si el ogro del fuego y yo estuviésemos acelerando nuestro combate, cuando en realidad, él contaba a toda prisa, y yo cada vez tardaba más entre número y número.

Y cabeceó Xamo, como cabeceó el ogro en aquel otro momento, y aprovechando el descuido de su modorra, Erik alzó su martillo y abrió un agujero en las nubes, y así se alejó esa noche que no era noche, y el sol atravesó el cielo y llegó a la tierra como una flecha y se clavó en el cuerpo del ogro.

Un grito. Un grito ronco, luego agudo, el ogro estiró sus manos para ahorcar a Erik. Su piel se fue endureciendo: primero unas escamas que recordaban el barro seco, finalmente una inmovilidad de hierro, de mármol.

Y allí quedó el ogro, convertido en una piedra pequeña y gorda, mientras la luz del día le sacaba brillos rojizos y vetas plateadas.

Erik estiró los brazos. Le dolía la espalda y el sudor corría por su frente.

Entró a la cueva y tomó un tizón entre sus manos. Al sentir que se quemaba, lo lanzó al aire y lo golpeó con su martillo. El tizón encendido atravesó el cielo donde en ese instante comenzaba la lluvia. El aire se iluminó con un arco de colores rojos, amarillos, verdes, naranjas.

El primer tizón llegó a Guarico, el segundo a Humocaró bajo, el tercero a Urucure, el cuarto a Chivacoa, el quinto a Puricaure, el sexto a Sanare, el séptimo a Barquisimeto.

Siete arcoíris se sucedieron en el cielo, contó María Lionza a Xamo.

Y desde ese día se sabe que cada vez que aparece un arcoíris en el cielo es porque Erik está lanzando tizones con su martillo a algún pueblo que se ha quedado sin el calor del fuego.

Y eso contó, contó anoche, contó María Lionza y ahora camina rumbo al lago donde su padre la entregará al dios que ha exigido su sacrificio.

Ese sería el eje del cuento si esto fuese un cuento y yo solo un margen, un previo, una presencia que aguarda en la Ceiba junto con los once hermanos de la diosa, porque cierto es que la hora va llegando.

¿Lo saben, ustedes, verdad?

¿Reconocen las señales?

Pero esto no es un cuento. Por eso se saltará su desenlace: el instante en que el padre amarra a su hija por las muñecas con un grueso bejuco y la deposita en la orilla del lago para que al fin aparezca la serpiente con alas de águila.

Esto no es un cuento, y María Lionza se detiene, camina hasta su hermano Xamo y le coloca las manos en el rostro. Que el olvido te tome, que para ser feliz olvides todo lo que hoy puedas mirar, le susurra.

Luego aprieta la leña entre sus manos y la coloca sobre los brazos del padre.

Estoy cansada, papá, ¿dónde está el cordero que vas a sacrificar? Le dice sudorosa y el hombre baja la mirada.

Avanzan otro trecho. Los once hermanos espirituales de María Lionza salimos de la Ceiba y también nos acercamos al lago, pero ni Raoun ni Xamo pueden saberlo. Tampoco lo entenderían demasiado. Para ellos, mi hermana y Reina de la montaña es solo la muchacha que un día apareció en la aldea flotando sobre un tronco iluminado por la luna hasta que fue rescatada por Raoun y sus otros hijos; la muchacha que con solo desearlo era capaz de multiplicar los granos de las mazorcas; hacer que los huertos explotasen de abundancia y que reviviesen los árboles; la mujer que en la aldea llaman María La Onza, y que por sus bellos ojos color malaquita ha sido la petición de don Juan de los cerros al convertirse en serpiente alada y conquistar la laguna.

El cuento que no es cuento comienza a cerrarse, el padre espiritual, el padre terrenal, los dos en la sangre. Un padre la entrega para que el otro padre la devore. El cuento se acabará antes o se acabará después, cuando les diga que Raoun nunca regresará a la aldea y vagará por siempre entre los pueblos como un ser lleno de llagas al que los niños lanzan piedras puntiagudas.

Y se acaba antes.

En ese minuto en que María Lionza y Raoun descansan en una roca y beben suero. Ese instante cuando ella recuerda a aquel hombre llevándola en brazos o paseándola por el bosque montada en su espalda, o silbando conjuros para espantarle las enfermedades o fabricándole con migas de arepa pequeños duendes para que jugasen con ella y la cuidasen. Una imagen fugaz, veloz, una imagen que debe quedar y debe borrarse; que apenas deja una huella mínima, quizá como un rescoldo.

Y otra vez el fuego, yo que aparezco y desaparezco de este cuento donde solo debería palpitar la imagen de un cordero, olor, blandura, aroma seboso en el humo y fuego donde la carne gotea.

Y María Lionza que contempla a su padre, que piensa por unos segundos en decirle: «caigan desgracias sobre el que sacrifica un hijo por el designio de un dios», pero que luego se distrae acariciando la leña, atándola con más fuerza.

Así, el cuento que no es cuento se cierra.

Raoun y María Lionza caminan uno junto al otro. Xamo deja de seguirlos y se distrae con el vuelo de siete mariposas azules que lo llevan de regreso a la aldea.

Raoun camina.

María Lionza camina.

-Ya no falta mucho para llegar a la laguna -dice el padre y el sudor empapa su rostro.

María Lionza lo mira.

No le responde ni una palabra. Solo piensa: «y a ti, padre, nunca te conté la historia de mi

hermano Erik el vikingo, el ser que conquistó el fuego».

(Madrid, 2016)

LAS ESTRELLAS Y EL ARCA

Discutieron. Se oyó en todo el valle. En el huerto habían robado de nuevo. Luego mi papá sacó el hacha y le cortó la cabeza al abuelo con tan mala suerte que la cabeza rebotó en una piedra, saltó como un sapo y se perdió entre los cafetales.

El cuerpo de mi abuelo tembló de furia. Parecía como si le estuviese lloviendo por dentro. Le vi salir por el cuello dos o tres relámpagos. Papá se dio la vuelta y se marchó a pescar a la laguna; así que el abuelo me tomó fuerte por el brazo y con señas me indicó que corriese a recuperar su cabeza.

Lo obedecí. Un abuelo es un abuelo; además el viejo estaría encariñado con esa bola de cabellos blancos donde las arrugas se apretaban como en una nuez. Le pedí a María Lionza que me ayudara a conseguir rápido la cabeza y le ofrecí un cuenco de leche de cabra.

Me fui silbando. Dicen que si uno silba aparecen las cosas perdidas, así que bajé por la pendiente donde están los cafetales. Imaginé que yo era una cabeza de anciano que rebotaba y rebotaba y seguí mi instinto. Avancé hacia el río. Si yo fuera una cabeza iría hasta allí para refrescarme.

Estuve un buen rato buscando pero no conseguí nada. Me puse de mal humor y le lancé piedras a los árboles más altos. Los sentía quejarse cada vez que acertaba.

En eso una lluvia pequeña cayó desde las nubes. Me asusté. Las manos se me pusieron frías al sentir el temblor de los árboles. Pensé que podía ser una Anaconda hambrienta pero lo que apareció flotando en el aire fue una mujer. Tardé un rato en comprender que era la propia María Lionza. Un cuerpo lleno de curvas; firme; en el que la humedad dibujaba sobre su vientre un pez y un laberinto.

Apreté los ojos.

A María Lionza los cabellos le brillaban; tenía enredado en sus rizos cientos de luciérnagas que titilaban.

-Vendrá una gran lluvia que arrasará todo. Una lluvia mala que no será mi lluvia. Construye un arca, Naem, y que en ella se resguarde una pareja de cada especie. Hazlo pronto. Cuando la luna sea roja será el instante en que deberás refugiarte -advirtió.

Asentí. Me gustó su voz: oscura, luminosa.

Había escuchado contar sobre esas personas a la que se le aparecía la Reina María Lionza pero jamás pensé que yo tuviese esa fortuna. Me senté en la piedra a contemplarla, ella descendió con suavidad sobre la tierra, se dio la vuelta y la vi convertirse en un venado blanco que se extravió entre el follaje.

El aire se llenó primero de un olor áspero que picaba en los ojos y luego se convirtió en un aroma dulce.

No tuve tiempo de preguntarle a María Lionza por la cabeza de mi abuelo. Suspiré contrariado. Una bandada de loros pasó sobre los cafetales. Seguí caminando.

Estuve un buen rato bordeando los cafetales.

Al regresar tropecé con la cabeza de mi abuelo. Estaba junto a un árbol que había despedazado una centella. La cabeza me insultó. Estuve a punto de patearla pero pensé que María Lionza me había premiado con su aparición. Tomé una larga bocanada de aire y con mis manos aferré la cabeza por los cabellos. Iba chorreando guasınca.

Busqué al abuelo y le coloqué su cabeza. Quedó bastante bien; tan solo un poco ladeada a la derecha. Creí que el abuelo me daría las gracias. No dijo una palabra. Solo advirtió que esa noche yo cuidaría el huerto; alguien nos robaba todas las noches y lo dejaba destrozado.

Malhumorado regresé a nuestra cueva. Mi padre afilaba su cuchillo y cantaba feliz. Tenía buena voz mi padre. Yo siempre había querido cantar como él. No preguntó por mi abuelo, pero al verlo afilar su arma supe que no había olvidado las discusiones que solían tener.

Al fondo, mi madre pilaba el maíz. Se sentía el ritmo cansado de sus huesos propinando cada golpe, machacando aquellos granos. Quise acercarme a ella para contarle la aparición de María Lionza pero la vi tan concentrada que me dio pena interrumpirla.

En la madrugada me fui al huerto.

Un rato antes, el abuelo le había sacado los ojos a mi padre y los lanzó al río, así que antes de que me pidiesen que los buscara, corrí a toda prisa para cuidar nuestras hortalizas. Durante el resto de la noche escuché gritos, maldiciones, peleas. Mi mamá quiso quemar al abuelo con un tizón encendido, pero él la tomó por los cabellos, le estrujó los pechos con rabia, y después la golpeó contra unos árboles y ella saltó hecha pedazos como una vasija rota.

Así, mi madre quedó esparcida sobre las copas de los árboles, los recodos del camino y las piedras de la montaña.

Mañana me tocaría buscar a mi mamá en todas partes y amasarla junto al río. Eso si mi padre no lo hacía antes; que tenía mejores manos que yo y era más diestro.

Para no dormirme me llené la boca de guijarros punzantes. Los primeros minutos sentía que se me incendiaba la boca, pero me fui acostumbrando. Era como tragar erizos.

La luna caminó sobre las montañas. Se hizo cada vez más pequeña y su luz se fue debilitando. Sentí el aullido de los lobos y el rugido de los tigres buscando carne fresca. Apreté entre mis manos el cuchillo que le había robado al abuelo hace años. Miré hacia todos lados, los árboles se movían con lentitud, lerdos, fragantes.

Las estrellas en el cielo parecieron vibrar, como si el viento estuviese soplando sobre ellas. Las miré mucho rato. Pensé que me estaba mareando porque me pareció que cada vez se acercaban más a la tierra. Los ojos me ardieron. Sobre el huerto cayeron chispas. Corrí para evitar el incendio pero al acercarme comprendí que las estrellas se habían mezclado entre nuestras hortalizas y las estaban devorando.

Tomé el tronco caído de un arbusto e intenté golpearlas. Parecían conejos: ágiles, veloces. Las sentí escabullirse entre mis pies. Solté el tronco y salté sobre una de las estrellas. Tembló en mis manos. Era suave y lisa como la superficie del río. La apreté contra la tierra para que no huyese.

Poco a poco la sentí crecer. Primero pareció una nube, después pareció carne de coco que se expandía y se expandía. Volví a apretarla contra la tierra. Sentí un jadeo. Una cabellera castaña azotó mi rostro. La estrella se había transformado en una mujer que en unos instantes me atenazó con sus muslos y me clavó las uñas en la espalda. Gemí. Quise que me hundiera esas uñas hasta el fondo de los huesos.

El amanecer nos sorprendió retozando entre las zanahorias y las lechugas.

Ella me dijo: «nunca podré regresar, quien prueba la piel nunca más puede marcharse».

A mi abuelo y a mi padre tuve que espantarlos con un hacha.

Desde que me vieron llegar con la mujer trataron de abalanzarse sobre ella.

La baba caía por sus labios y se golpeaban el pecho con los puños.

A uno le corté una oreja; al otro, varios dedos de la mano. Al sangrar, el aire quedó impregnado de olor a cuero de chivo.

Me fui a vivir a una cueva lejana, hacia las medianías de la montaña, para descubrir si ellos intentaban acercarse.

Un par de veces los vi arrastrarse entre el follaje para asaltarnos al dormir. Les lancé grandes peñascos y corrieron asustados. Seguro no reconocían la fuerza que ahora palpitaba en mis brazos.

Lo que un día fue nuestro huerto quedó destruido.

Las estrellas se movieron de sitio y se lanzaron sobre los huertos de los vecinos y de las gentes de otros pueblos.

Todas las noches la mujer y yo veíamos incendios blancos que dejaban un agujero en el paisaje. Después ella me lanzaba sobre el suelo y me iba devorando: a veces se tragaba un pie, a veces una pierna entera, a veces mi tronco, a veces mi sexo. Yo gritaba y le pedía que parase, pero mis manos reposaban muy quietas, como si fuese un ángel atado a la tierra.

Cada mañana despertaba asustado pero descubría mi cuerpo intacto.

Luego cazaba: lapas, báquiros, venados.

Al atardecer encendía un fuego para que la mujer y yo comiésemos mirando cómo la noche correteaba sobre los árboles.

-¿Y tu madre? -preguntó la mujer un día.

-Quedó regada en toda la montaña. Uno de estos días busco los trozos y me ocupo de ella - respondí.

-Esas son las voces que escucho -dijo la mujer-, unas voces que me insultan y me escupen.

-Ya se le pasará -dije yo.

Una mañana sentí el golpe en mi cabeza.

Mi padre y mi abuelo cayeron desde un árbol. Quedé aturdido. Volvieron a golpearme. Intenté gritar, pero mi padre me llenó la boca de lodo. Después avanzaron a la cueva. Se desnudaron antes de entrar en ella. Temblé. Creí que escucharía gritos, pensé que oiría sonidos de telas rotas, manos, piel rasgada.

Solo el viento de la montaña sopló entre las ramas de los cafetales.

Al despertar caminé hasta la cueva.

Encontré los trozos de mi padre y mi abuelo mezclados en una montaña de sangre y huesos. Llamé a la mujer. Desde el techo de la cueva cayó una gota de leche, una leche muy blanca, muy fría. Miré. La mujer colgaba de una grieta y me contemplaba con el cuchillo de mi abuelo en la mano. Desde su piel goteaba un sabor salado.

Nos fuimos caminando hasta el río para bañarnos.

En el cielo, asomó una luna roja como un ojo atravesado por una aguja.

Comenzó a llover.

La mujer tomó mi mano entre sus manos.

Estuvimos callados.

En pocos segundos el agua nos llegó hasta el pecho.

-¿No deberíamos intentar un escape? -preguntó la mujer.

-Ya no podemos hacer nada -respondí y el agua llegó hasta mi barbilla.

La mujer se sentó sobre mí y yo entré en ella. Era delicioso el sonido del agua cuando la mujer movía sus caderas.

-Esta lluvia también se los llevará a ellos -susurré.

-Tú no pares, flotaremos, flotaremos -dijo la mujer y me hundió la lengua en la oreja mientras se movía cada vez con más fuerza.

El agua nos fue rodeando.

-Sí -dije yo-, a lo mejor flotamos -pero ya no se escucharon mis palabras.

(Caracas, 2015)

LOS TEJIDOS DE LA REINA

Cuando desaparecieron los tres curucucús que vivían junto a su ventana sospechó que iba a suceder algo terrible.

Tuvo razón. Al final de la madrugada, el río se desbordó y arrastró la casa.

El padre y la madre de Warekia se hundieron. Warekia se abrazó a un tronco de textura sedosa que tenía ocho ramas partidas asomando por sus lados. Flotó. Rogó a María Lionza que la salvase y luego se desmayó.

Dos días estuvo avanzando por el río hasta que cerca de Quíbor la corriente la depositó en unas rocas grises.

Allí la recogió una familia: siete hombres pequeños que jamás le preguntaron su nombre y que ni siquiera intentaron curarle las heridas de su piel.

Arrastrada por el pelo la llevaron a una casa minúscula.

Desde ese día, Warekia trabajó de sol a sol en los cafetales. Quedó delgada como una caña. Apenas le permitían probar el fondo del suero que quedaba en la tapara y le lanzaban a la tierra las conchas quemadas de las arepas.

También la hacían ir hasta Humocar Alto a buscar el maíz aunque tuviese los pies llagados, y si tardaba mucho tiempo, la golpeaban con los leños del fogón.

Pero una noche calurosa en que las paredes de bahareque ardían, los siete hombres dejaron abierta una ventana pequeña.

Cuando ella sintió los siete ronquidos: unos más graves, otros más agudos, se puso de pie.

Sintió su boca llena, como si en ella le creciese una materia tersa, colorida.

Le costó pronunciar palabras, pero al final logró susurrar en voz baja:

-No.

Luego avanzó.

Saltó.

Corrió.

Corrió tan rápido que parecía volar sobre el polvo del sendero.

No se detuvo hasta que miró la luna y rezó mucho rato. Pidió a María Lionza que la ayudase a escoger el mejor camino; temía que aquellos hombres la encontrasen.

Cuando empezó a andar, llegó a una encrucijada. Se quedó quieta. Parecía una rama de llantén movida por el viento.

La luna iluminó el camino de la derecha.

Warekia siguió el rastro de esa luna que parecía ir lanzando perlas entre las piedras. Al final

del camino encontró un bosque y dentro del bosque una casa rodeada por el olor anisado y dulce de la acemita. Tocó la puerta. Una puerta gruesa, grande, un poco inclinada hacia un lado. Nada se escuchó. Volvió a tocar la puerta. Ahora creyó oír dos respiraciones. No le abrieron. Tocó con más fuerza. Al fin escuchó pasos. Por la puerta entreabierta distinguió dos rostros hermosos y jóvenes. Les rogó que la dejaran dormir dentro; ella no molestaría; al día siguiente seguiría su camino hacia Carora.

Cuando la dejaron pasar distinguió a los dos hermanos: uno tenía el cabello áspero y naranja, y el otro sedoso y negro.

Le dieron una arepa con queso de cabra.

Cuando terminó de devorarla le colocaron una esterilla en medio de las dos hamacas donde ellos dormían.

Warekia apenas descansó. Le pareció que a lo lejos el cielo se llenaba de truenos.

Sintió los suspiros de los dos hermanos. Vio como mecían sus hamacas con fuerza, igual que si fuesen caballos atrapados en una red. Recordó los brazos de ambos: fuertes, tostados por el sol. Recordó su olor: un olor como cuando se hunde la acemita en el café.

Una lluvia sabrosa la mojó por dentro.

Se subió a la hamaca de la izquierda y tapó la boca del hermano del pelo negro. Lo cabalgó como una yegua furiosa.

Luego lo vio dormir, sonriente.

Se bajó a su esterilla y se subió a la hamaca derecha. Hundió sus dedos en la boca del otro hombre, se sentó sobre él, y saltó y saltó hasta que lo contempló llorar y temblar de felicidad.

Warekia amaneció en la esterilla. Se sintió leve. Como si volase.

Al día siguiente, los hermanos le sirvieron un plato de suero lleno hasta arriba. También le sirvieron unas arepas recién hechas en el budare para que las esmigajase. Luego le dijeron que el camino hacia Carora era largo, muy cansado, muy caluroso; que por estas épocas de sequía aparecían diablos que incendiaban a las personas con su aliento.

A Warekia le gustó la idea de permanecer con ellos unas semanas.

En un árbol cercano vio un Curucucú. Suspiró. Les dijo a los hermanos que aguardaría el momento cuando volviesen las lluvias.

Los dos hermanos sonrieron y salieron a cazar. Era el modo que tenían de seguir comiendo; sus cafetales habían desaparecido devorados por una plaga de langostas.

Esa tarde, cuando ellos continuaban fuera, Warekia se sintió a gusto en esa casa y comenzó a reír y reír y reír y por la boca comenzó a salirle un hilo y otro y otro, luego con las manos comenzó a juntarlos y al final tejió una capa con muchos colores.

No se sorprendió. Las últimas horas la hacían sentirse eufórica. Abrió de nuevo su boca y con sus manos fue trenzando los hilos que salían desde su garganta y tejió otra capa igual a la primera.

Al llegar la noche, cuando los dos hermanos regresaron con una liebre y la cocinaron con ajo, cilantro, vino y algunas papas, Warekia mostró lo que había tejido.

Los dos quedaron fascinados. Cada uno escogió una capa y sintió que cubierto por ella se hacía mucho más fuerte, más alto, más ágil, como si al colocársela se convirtiese en una feroz pantera.

Al día siguiente los dos hermanos fueron a cazar y llevaban sus nuevos atavíos.

Al verlos pasar, la gente pensó que eran ángeles de fuego y agua.

Warekia tejió otras capas, tejió gorros, mochilas, tejió vistosos trajes.

Cada noche, dormía en la hamaca de un hermano, y la noche siguiente dormía en la hamaca del otro. Luego desayunaban los tres, compartiendo risas o haciendo planes para ir de paseo a Humocaró y bañarse en una quebrada color vino de la que hablaban muchos viajeros.

Algunas veces, los hermanos le pedían que les contase historias.

Warekia miraba al frente. Les decía que nunca le había sucedido nada bueno como para volverlo cuento; que incluso las historias sobre María Lionza escuchadas en los caminos, se volvían torpes y confusas cuando ellas las convertía en palabras.

Los dos hermanos comenzaron a vender los tejidos en Carora.

Warekia les hizo prometer que nunca contarían que ella tejía esas maravillas, y que jamás hablarían del modo tan especial en que lo hacía: sacando hilos de colores entre sus labios.

Los dos juraron guardar el secreto. Y un día, felices porque con las ventas de los tejidos pudieron conseguir más comida, sembrar un huerto, comprar algunas gallinas y acomodar los techos de la casa, se fueron de paseo con Warekia hasta el río Misoa.

Se bañaron la tarde entera, bebieron vino de cambur, hablaron de ese paseo que harían alguna vez hasta Humocaró.

El sol refulgía sobre las nubes.

Acostados sobre una roca, Warekia recordó las historias que escuchaba sobre María Lionza, las historias que alguna vez vio representadas en paredes por un señor que hacía juegos de sombras con sus manos.

De su boca volvieron a brotar los hilos, ella se apresuró a tejerlos con sus manos.

Y allí salieron cuatro alfombras inmensas. Coloridas, tersas, llenas de figuras y personajes.

Warekia sonrió al contemplarlas.

-Es la historia; esta es la historia -gritó y los dos hermanos se acercaron con timidez y perplejidad.

En la parte superior de la primera alfombra se veía a don Juan de los cerros, el dios más grande y poderoso de Sorte. Un dios cruel que cuando se aburría arrojaba rayos sobre las casas de la gente y obligaba a que le sacrificasen chivos, terneras y conejos porque le gustaban la sangre tibia y los músculos palpitantes.

Luego se distinguía la imagen de don Juan de los cerros, oculto entre matorrales para lanzarse sobre una muchacha de melena castaña que llevaba unas taparas con suero y unas acemitas.

Solía hacerlo. Cuando el deseo lo tomaba, se transformaba en cualquier animal o se cubría el cuerpo de hojas de plátano y asaltaba a las mujeres que se atrevían a caminar por los caminos. Después de romperles la ropa jadeaba sobre ellas cuatro veces y regresaba a lo hondo de la montaña.

En la mitad de la alfombra aparecía Kea, la compañera de don Juan de los cerros y madre de sus hijos, hijos sin nombre porque apenas al nacer don Juan de los cerros los devoraba como si fuesen polluelos, debido a que una profecía escrita en la piedra más grande de Sorte decía que uno de ellos lograría derrocar al cruel dios.

Warekia extendió la segunda alfombra.

Allí se veía a Kea hablando con Xanna, su hermana menor.

Por sus gestos, podía adivinarse que ella deseaba detener ese espanto, que no soportaba seguir contemplando como don Juan de los cerros masticaba aquellos pequeños huesos y luego eructaba feliz, saciado, con ganas de dormir.

Entre ambas prepararon una trampa. Así, cuando nacieron sus siguientes hijos, después de cada parto Kea le entregaba a su esposo una piedra húmeda del río. Él la devoraba con ferocidad. Mientras tanto, Xanna ocultaba dentro de una Ceiba gigante a los hijos de Kea y les empapaba la frente con agua de los arroyos y les colocaba nombres: Guaicaipuro, Felipe, don Juan de los Vientos, Yariyagdalená, Erik el vikingo, don Juan de los Caminos, María Lionza, María Salomé, don Juan de las Canciones, José Gregorio, Nicanor el chamarrero y don Juan del Amor.

En la alfombra se apreciaban las imágenes de los doce hermanos habitando dentro del árbol y ese momento de la noche cuando se convertían en pájaros azules.

Pero una mañana, cuando Xanna vio a María Lionza y descubrió el dulce incendio que parpadeaba en sus ojos verdes, y el tono lunar que brillaba en su piel, supo que ella sería la elegida, que en sus manos estaba el tiempo por venir, así que la llevó a vivir entre los hombres y mujeres del poblado más cercano a la montaña, y la colocó en la puerta del Cacique Yaru, a quien le susurró en el oído que de ahora en adelante debería cuidar y proteger a su nueva hija, la niña de ojos esmeralda.

-Y mirá -dijo Xana a María Lionza, antes de despedirse-, quedate quieta ahora, pero entendé algo, pronto en la laguna surgirá una terrible presencia y solo en tu mano estará vencerla.

A partir de ese momento, María Lionza llevó una vida normal en el poblado. Era silenciosa, observadora. Le gustaba encender las fogatas, bailar sobre las brasas, hacer figuras de barro, curar con sus manos, cantar para que las mazorcas creciesen sanas, hacer unas arepas tan redondas que eran más redondas que la luna.

La última imagen de esa alfombra la mostraba como una niña que tocaba un cuatro y lograba que los ríos arrojasen truchas a la orilla para que la gente del poblado pudiese comer.

En la tercera alfombra se distinguía un cocodrilo inmenso, musculoso, de ojos amarillos y rojos, que irrumpía en la laguna y advertía a la gente del poblado que una vez al mes deberían ofrecerle a un miembro del grupo para que él lo devorase.

María Lionza, que ya era toda una mujer, se ofreció como voluntaria para ser la primera víctima. Su decisión fue imponente; logró enfrentarse y convencer a Yaru, su padre terrenal, que se negaba a ofrecerla en sacrificio.

Las personas de la aldea la empaparon con agua de rosas y entre desesperados llantos la despidieron.

Ella se colocó en la orilla de la laguna. Vio surgir al cocodrilo. María Lionza dio un silbido y sus hermanos espirituales, ocultos entre las cañas y los árboles de mango hicieron que la tierra se moviese, que las aguas hirviesen, que las estrellas en el cielo diurno iluminasen los senderos. El cocodrilo quedó paralizado por la extrañeza que le produjo aquella conmoción: la tierra estaba cantando una canción desconocida. María Lionza se desnudó de golpe y el animal quedó hechizado y hambriento.

La última imagen de la alfombra es el momento cuando el cocodrilo devoró a María Lionza y la gente del poblado lloró desconsolada.

La imagen en la parte superior de la cuarta alfombra era el cocodrilo hinchado, como si llevase una montaña debajo de la piel.

Por su mirada feroz se podía adivinar que se trataba de don Juan de los cerros.

Un poco más abajo, el cocodrilo daba muestras de dolor y se notaba que dentro de él, María Lionza continuaba luchando. Al fin, el cocodrilo se transformó en un inmenso grano de maíz, un grano redondo que recordaba un gigantesco huevo de pájaro.

Las mujeres y hombres de la aldea se acercaron para contemplar lo que sucedía.

El cocodrilo creció, creció, creció.

Luego estalló en mil pedazos.

María Lionza reapareció: brillante como un lucero y flotó sobre las aguas; de sus manos brotaron dos semillas; las tomó entre sus manos y sopló. Volaron como mariposas, pero al llegar a la gente del pueblo se transformaron en una semilla de maíz y otra de café.

Luego María Lionza alzó su mano. Un lento gesto de despedida que pareció ralentizar el aire.

Unos instantes después se marchó hacia lo profundo de la montaña, seguida por sus hermanos de la ceiba que caminaban sobre la tierra sin colocar los pies en el suelo, como si estuviesen bailando sobre las piedras y la arena.

Esa era la última imagen.

Warekia y sus dos amigos contemplaron mucho rato las cuatro alfombras.

El de cabellos naranjas se limpió las lágrimas de sus mejillas y murmuró que él conocía una historia diferente sobre María Lionza: «En la que yo conozco es el propio padre el que la entrega al cocodrilo». El de cabellos negros susurró que en la historia que él había conocido ni siquiera aparecía el padre. Warekia les susurró que había muchas historias, que no todos tenían por qué ser iguales, que María Lionza aparecía y desaparecía, que cada quien encontraría en su vida una historia diferente sobre ella.

-Esta es la mía -dijo señalando las alfombras-, la nuestra, la historia de esta tarde en que los tres hemos sido felices en el río.

Pero al tiempo, el hermano de los cabellos negros comenzó a sentir unos celos terribles. Le dijo a Warekia que se quedase siempre en su hamaca, que tejiese capas y gorros solo para él, que no le prestase atención a su hermano, que tuviese cuidado porque alguien con cabellos naranjas podía tener algún demonio viviéndole muy adentro.

Ella le rascó la cabeza como había visto se le hacía a los niños cuando hablaban por hablar. Siguió su vida y cada noche cambiaba de hamaca y jadeaba de un modo distinto al abrazar a cada uno de los hombres.

Pero el hermano de cabello negro se volvió cada vez más irritable. Se emborrachaba con guasinca; daba gritos; destruía las sillas de madera o pisoteaba el huerto.

Warekia y el hermano del cabello naranja intentaban calmarlo, pero él los contemplaba con furia, mascaba chimó sin parar y escupía sobre las piedras.

Así hasta que una tarde, muy borracho, el hermano del cabello negro contó el secreto de

Warekia en un bar de Cubiro: el modo en que ella tejía sacando hilos por su boca. Luego, sin dejar de beber guasinca, dijo que la muchacha era un demonio, uno de esos diablos que asaltaban a los viajeros en el camino a Carora y quemaban a la gente con su aliento.

Las personas de los pueblos se juntaron y corrieron a la casa. Algunos para conseguir el secreto de los tejidos de Warekia; otros para matarla; otros para ambas cosas.

Al ver lo que sucedía, el hermano del cabello naranja sacó un garrote tocuyano y se colocó en la entrada de la casa para alejar a los intrusos. Supo que era inútil. Las personas traían machetes, cuchillos, hachas, navajas. Warekia se colocó a su lado. Le acarició el brazo con esa ternura de las despedidas.

Luego alzó los ojos y miró hacia la montaña. Invocó a María Lionza; cerró los ojos; pudo presentirla como una mujer hermosa que se multiplicaba en tres cuerpos pálidos como la luna, una mujer que giraba sobre sí misma y bailaba.

El garrote tocuyano saltó de las manos del hermano de cabellos naranjas y volando llegó hasta donde se encontraban las personas. Warekia no se asombró al ver cómo el garrote comenzaba a golpearlos en la cabeza, en las costillas, en la espalda. Cada persona que el garrote golpeaba se convertía en murciélago y se marchaba agitando sus alas con torpeza.

Warekia entró a la casa. Acarició las dos hamacas, los tejidos, las mochilas, las alfombras, las capas.

Luego tomó la tapara y bebió un largo trago de suero.

El hermano de cabello naranja quedó en la puerta; contempló cómo las personas a las que no había golpeado el garrote conseguían alejarse con prisa hacia los árboles. Supo que intentarían rodearlos por todos lados, que intentarían incendiar la casa con ellos dentro. Le gritó a Warekia que debían escapar. Cuando entró a buscarla ya no pudo verla en ningún sitio; tan solo descubrió una araña que caminaba por la pared y salía por la ventana.

Al fondo escuchó los gritos de su hermano que incitaba a la gente para arrasar el lugar.

Tomó dos de las alfombras que había tejido Warekia. Salió por la parte trasera y se colocó un cuchillo entre los dientes.

Pensó que nunca se conocería la historia entera de María Lionza.

Pensó que extrañaría la piel de Warekia, sus palabras tejidas.

Corrió.

Otra vez en el tronco de un árbol vio la araña. Se detuvo. La contempló caminando por las rugosidades de los troncos: una araña delgada, tan delgada que sus patas parecían palillos de bambú.

El hermano del pelo naranja supo que si contaba a todos lo que sucedía, que si les señalaba al animal, que si revelaba el secreto lo dejarían seguir viviendo con ellos.

No. No. Susurró. Con dudas; con miedo.

No.

Le pareció que el no a veces era una bella palabra, una palabra que Warekia sabría tejer en una bella capa, en una tersa alfombra.

Apretó el cuchillo entre sus dientes. Siguió corriendo. Lejos de su aldea. Lejos.

Su hogar se hizo pequeño y quedó medio oculto por los árboles.

Al fondo, escuchó el sonido de los hachazos destruyendo la casa. Continuó corriendo y hacia

la derecha vio una llanura. Con su mano se arrancó un trozo de cabello y lo arrojó lejos de sí. El cabello se convirtió en candela; un fuego grande que impidió a sus perseguidores alcanzarlo.

Se sintió un poco más liviano. Volvió a correr. Sin parar; apretando muy fuerte las alfombras que había tejido Warekia, sintiendo que eran tersas, que eran suaves.

Al llegar al filo de la montaña las abrazó mucho rato.

(Madrid, 2016)



LAS PALABRAS

Judas lo supo.

Primero sintió el olor: un olor antiguo, espeso; un vapor donde se juntaba el aroma del barro con el hedor de las ropas percutidas, las casas solitarias, la lluvia empozada en las piedras, el maíz rancio.

Después escuchó al ángel. Lo escuchó caminar a sus espaldas y contempló como se sentaba a su lado. Silueta de piel cuarteada, amarillenta; alas húmedas que al extenderse temblaban como si fuesen un animal con fiebre.

Judas resopló; tenía rato jugando con unas semillas de semeruco y las lanzó al agua.

-Pensé que te había imaginado después de beberme dos totumas de cocuy.

-Te advertí que volvería.

-Es verdad -murmuró Judas, y se tocó la punta de la nariz pues sintió a lo lejos el olor de un incendio.

-Y aquí estoy -insistió el Ángel.

-¿Por qué yo?

-No deberías seguir atormentándote.

-¿Por qué yo?

-Nada hay más veloz que las palabras con que los otros nos nombran. No busques razones, y jamás intentes huir de las palabras que te han dado. Lo que escrito está...

El ángel se rascó las alas, escupió un salivazo lleno de chimó que dejó una marca negra sobre las rocas de la orilla.

-¿Y dónde está escrito? -preguntó Judas con rabia.

-Hay libros que se pierden. Dicen que los mejores libros son los que se extravían y que solo puedes leer en tu memoria.

-Pues no recuerdo que deba ser yo quien lo entregue.

-Eres tú. De los doce, eres tú. Alguien tiene que hacerlo. Y sabes que no podrás evitar cumplir tu misión.

-¿Es cierto que resucitará?

El ángel resopló y sus manos se hundieron en la tierra pastosa, oscura.

-No me preguntes cosas que ni yo mismo puedo entender. Solo debía darte unos mensajes. Ya lo hice.

-¿Y yo?

-En el fondo es un premio. No hay mayor acto de amor que hacer el mal para que surja el bien.

Tu dios te ha designado para una terrible tarea, pero es tu dios.

Judas se electrizó. Odiaba esas palabras pero al mismo tiempo se sentía atado por ellas.

El ángel se puso de pie. En sus alas colgaban restos de frutas podridas.

-Arregla tus asuntos. Despídete. Cuando el sol se marche serás invitado a una cena. Ya sabes lo que debes hacer desde ese minuto en adelante.

Pasó la tarde escondido en lo alto de un árbol. Debía ir a predicar a los caseríos pero no tuvo fuerzas. Que lo hiciesen sus compañeros; que pronunciasen ellos las más hermosas palabras, las palabras de más consuelo y alivio. La memoria de sus vidas sería una memoria transparente. Los buenos discípulos. Los fieles. Los que nunca traicionaron a su maestro.

Judas bajó del árbol. Caminó hasta las cuevas. De niño, solía jugar allí.

Le dolía el cuerpo entero. Buscó entre los matorrales y la hierba; después de un rato encontró una pelota. Goma dura, casi pétrea. Le gustó esa solidez. Así recordaba él sus primeros tiempos con su maestro Jesús. Algo que oscilaba entre la alegría del juego y la consistencia de descubrir en sí mismo la dureza de un alma jubilosa. Esos años de arepas y acemitas compartidas, parábolas, paseos por aldeas, rezos con sus compañeros; momentos sublimes que parecían resonar como el delicioso golpe de una pelota en las paredes de las casas.

Miró hacia las nubes. Tomó una larga bocanada de aire.

Rebotó la pelota contra una roca inmensa; le gustó el sonido. Tambor hondo. Como si la tierra se estremeciese desde lo más alto de la montaña hasta lo más hondo de sus cuevas.

Recordó que de pequeño se divertía con un juego llamado pared. En la parte trasera de las casas, cada niño lanzaba la pelota intentando que el rebote no pudiese ser atrapado por su contrincante.

El sudor le chorreaba por la espalda. Siguió lanzando la pelota. Su brazo parecía tomado por una sensación llameante que convertía cada movimiento en un gesto flexible y poderoso. «Así podría escapar», pensó; quizá si jugaba incansablemente lograría que su corazón estallase igual que un fruto maduro bajo la luz del verano.

Llegó la noche. Judas no experimentaba cansancio alguno. Al contrario, cada vez sentía con mayor certeza que su cuerpo era parte de la pelota, que se expandía en ella y se abalanzaba sobre el mundo. Por eso apenas prestó atención cuando en la entrada de una de las cuevas contempló a dos seres cuyos ojos ardían como brasas.

Tardó un rato en prestar atención a sus palabras.

Los miró. Tenían la piel verde; llena de escamas.

Judas continuó lanzando y atrapando la pelota.

Comprendió que los dos seres le reclamaban airados que se atreviese a jugar durante la noche. Fue así cómo pudo evocar las advertencias que en su infancia le realizaba su abuela de El Tocuyo. «Nunca juegues cuando se vaya al sol; molestarás a Bocha y a Vezvez, los espíritus malos de la oscuridad y las cuevas».

Judas sabía que los adoradores de María Lionza tenían un conjuro para alejar a esas apariciones siniestras, pero él nunca conoció esas palabras o quizá las había olvidado. Jesús les prohibió que tuviesen contacto con otros dioses; mucho menos con sus oraciones o rituales.

La pelota siguió golpeando su mano; supuso que si dejaba de rebotarla, Bocha y Vezvez se alejarían, pero la ira era más grande que el temor. Lanzaba cada vez con más fuerza, como si cada

golpe de la pelota fuese la posibilidad de hacer pedazos el mundo.

Fue en ese segundo cuando recuperó algo que también le contaba su abuela; si lograbas vencer a los malos espíritus en alguna habilidad, ellos quedaban obligados a concederte un deseo.

Judas lanzó con mucha fuerza la pelota y con acrobático gesto la atrapó con tres dedos mientras volaba en el aire. Cayó ante los pies de los dos seres oscuros y sonrió. Eran enanos, gruesos. En otro tiempo le habría aterrado tenerlos tan cerca, pero su vida había entrado en una desesperanza viscosa. Le gustó mirar el espanto cara a cara.

Contempló los ojos encendidos de aquellos seres del mundo subterráneo.

-No tengo miedo.

-Podríamos raptarte para siempre... quedarías condenado a vivir entre nosotros -dijo uno de ellos.

-Los reto a un juego de pelota. Si pierdo me quedaré allí para siempre; si gano deben cumplirme un deseo -murmuró Judas.

Bocha y Vezvez alzaron sus hombros. Hicieron un ruido ronco con su garganta. Judas tardó unos segundos en comprender que era una aceptación. Los vio darse la vuelta y avanzar hacia el fondo de la cueva. Tomó una bocanada de aire, empezó a seguirlos con pasos cortos. El camino era un declive cada vez más acentuado. Un olor sulfuroso salpicó su nariz. Sus ropas se hicieron pesadas, como si desde ellas gotease un aceite rancio que le quemaba la piel.

La luz se fue borrando. El camino descendía y descendía. En algunas partes era necesario entrar en estrechos agujeros y dejarse caer al vacío hasta hundirse en riachuelos de espesas aguas. Judas sintió que la oscuridad parpadeaba en sus ojos.

En algunas rocas que encontró a su paso, vio seres mutilados, cuerpos con las vísceras al aire y agujas clavadas en los ojos, la nariz y las piernas. Algunos abrían la boca con torpeza, como si les faltara el aire. Tardó un rato en comprender que intentaban gritar pero que ya habían perdido fuerzas para hacerlo.

Boche y Vezvez le hicieron una señal cuando llegaron a una encrucijada, le indicaron el camino de la derecha, un pasadizo donde reinaba un árbol del que no colgaban frutos sino calaveras brillantes.

Al fin, se detuvieron en un campo de arcilla.

Judas apretó la pelota entre sus manos. Los dos seres le señalaron la pared con la que jugarían. Una pared lisa, color hueso. Él se acercó. La tocó con lentitud. La acarició unos segundos. Se detuvo unos instantes en un punto hacia la derecha y siguió recorriéndola con los dedos. Se movió hacia el otro lado, fingió indiferencia y regresó a ese punto. Recordó el leve promontorio que tenían algunas mujeres sobre su sexo. Tomó una larga bocanada de aire y susurró.

-Ustedes dos contra mí. El primero que llegue a tres.

Se alejó un buen trecho y lanzó la pelota hacia la parte alta de la pared, Boche la atajó con un gesto veloz y la rebotó con suma suavidad. Judas se lanzó para alcanzarla pero cuando la tomó entre sus dedos ya había golpeado cuatro veces sobre el suelo.

Contrariado, apoyó con firmeza los pies sobre la tierra. Inspiró. Tomó una postura felina. Ahora arrojó la pelota hacia la parte baja de la pared y apenas salió disparada un ágil Vezvez la atrapó entre sus dedos nudosos, la golpeó con fuerza y logró elevarla hasta el fondo del campo mientras Judas daba un inútil salto para atraparla.

Tomó una larga bocanada de aire: un aire espeso, amargo, que le produjo arcadas. Entrecerró

los párpados, escupió en el suelo para librarse del asco que ardía en su garganta y con pulso firme lanzó la pelota sobre el punto irregular de la piedra que habían palpado sus manos. Al golpear ese trozo de la pared, la bola hizo un rebote impredecible y saltó hacia delante, saltó hacia atrás y después recorrió el campo entero como si fue un conejo que huye.

Judas corrió tras ella, la tomó con firmeza; frente al estupor de Boche y Vezvez arrojó la pelota otras dos veces seguidas sobre la misma irregularidad de la piedra.

Los seres del mundo subterráneo no pudieron atraparla; ni siquiera lograron moverse de su sitio. La pelota saltó como un rayo y se escurrió entre las piernas de ambos, igual que un riachuelo que se expande y se desvía de su rumbo.

Judas los miró. Sus pieles humeaban. Se notaban desencajados, así que cuando entre las piernas de ambos comenzaron a moverse gallos negros de brillante plumaje, Judas se mantuvo en silencio; comprendió que los dos personajes pretendían intimidarlo para no reconocer su derrota. Bocha tomó por el pescuezo a dos gallos y dio un giro con sus manos hasta quebrarles el cuello. Vezvez tomó a otro de los gallos y le arrancó la cabeza con un mordisco. Un ruido de cartílagos brotó entre sus muelas y escupió una masa rojiza que cayó entre los pies de Judas. Él no bajó el rostro para mirarla, dio un bostezo y la apartó con su sandalia.

-Tienen que concederme mi deseo -dijo tajante.

Bocha y Vezvez soltaron un eructo. Miraron con rencor la pelota que Judas apretaba entre sus dedos.

-Solo uno -respondieron al unísono.

Él elevó sus hombros. Se secó la frente con su brazo. Hablar le causaba ardores en la garganta. Estaba exhausto pero también aliviado.

-Debo traicionar a Jesús, mi maestro, para que sea capturado, para que le torturen y lo maten y así cumplir su misión entera.

-¿Y eso qué tiene que ver con tu deseo?

-Quiero escapar hoy mismo; quiero que mi dios no pueda verme, que no pueda retenerme a su lado, que no pueda obligarme a cumplir ese miserable papel.

Bocha alzó sus brazos regordetes y con la punta de su dedo pareció abrir un agujero en el aire.

-Sea tu deseo -dijo-. Sigue recto, sube, sal de la cueva y te encontrarás a dos perros que conversan entre ellos. Uno se llama Cipión y el otro Beganza. Cuando hagan silencio pregúntales el camino hacia los siete ríos; un punto de la montaña de Sorte donde puedes ver los siete ríos al mismo tiempo como si fuesen un solo río siendo siempre siete ríos o siete ríos siendo siempre uno.

-¿Y después?

-Encontrarás un caminito estrecho, y si no te detienes llegarás esta misma noche a El Tocuyo; allí podrás decidir si sigues hacia Cabudare o hacia Carora. Nadie podrá evitar que te marches; nadie sabrá que te has marchado.

Judas se dio la vuelta y comenzó a ascender para alejarse del mundo subterráneo y escapar. Llevaba una media sonrisa atravesando su cara. Ni siquiera la advertencia final de Vezvez pudo cambiar ese gesto.

-Ahora tu Dios no podrá retenerte, pero tan solo huyes de ti. De las palabras nadie escapa.

Apretó el paso. Sintió que el aire se iba limpiando. Comprendió que había olvidado la pelota en el mundo subterráneo. «Cuando esté en El Tocuyo me construiré otra pelota; me llenaré los

oídos con cera y jamás pronunciaré una frase. Seré un andrajoso feliz que juega con las paredes, que jamás escucha, que no habla».

Judas sonrió. Las últimas frases que importarían en su vida serían las de esos dos perros que ahora lo miraban con atención mientras él se acercaba a ellos con las manos encendidas por tanto jugar a la pelota.

Avanzó la noche entera.

Los pies le dolían tanto que parecían elevarse sobre el suelo.

En el camino tropezó con un anciano andrajoso que compartió con él un trozo de caña de azúcar.

Mientras masticaba, el viejo contó que antes de que María Lionza apareciese por las tierras de Sorte, gobernaban en ella unos dioses gemelos; uno muy listo, otro muy torpe, y que el primero de ellos creó la caña de azúcar para endulzar la vida, y cuando el segundo intentó imitarlo, en vez de caña le salieron serpientes. Luego le contó que hacia los lados de Quíbor estaba apareciendo esos días un espíritu bueno y juguetón llamado Maelo que regalaba rosas a los caminantes y les pedía que se las llevaran a una mujer de la que seguía enamorado.

Judas se despidió del anciano con educado y silencioso gesto. No deseaba detenerse en las palabras de nadie. No deseaba palabras.

Al amanecer llegó a El Tocuyo.

Aliviado, se sentó junto a un grupo de pastores y se acarició las piernas entumecidas, temblorosas.

Oyó murmullos. Quiso llenarse los oídos con lodo pero se detuvo en seco; mientras bebían su café en tazas de peltre, varias personas contaron que a Judas lo habían conseguido colgado de un árbol inmenso y que ahora mismo los cuervos se daban banquete con sus intestinos.

Él los escuchó ensimismado. Se rascó la barba y asintió.

Dijeron también que al profeta de Judas lo crucificarían en lo alto del cerro El Totumo. Su discípulo lo había vendido por treinta morocotas de plata que ahora iban cayendo de su ropa como si fuesen una lluvia sucia, turbia.

Con señas, Judas pidió café; bebió varios sorbos y devoró un trozo de acemita que le regaló una anciana.

La tierra tembló bajo sus pies; los dioses del inframundo estaban jugando a la pelota. El temblor se extendió a su cuerpo y pareció darle picotazos.

Se acarició el cuello. Parecía liso, limpio. Pero la piel de su garganta ardía, como si una herida la estuviese quemando.

A lo lejos, sintió el olor concentrado del ángel.

(Madrid, 2016)

SOL Y LUNA

...
*están intactos,
están al fondo con sus llamas esperando;
ningún soplo del tiempo los apaga.*

Eugenio Montejo

(Y los dioses se aburrían. Eso sucedió en el principio. Y estaban los dioses: la luna, el sol, el viento, la lluvia, el volcán, los rayos, la gran montaña, el mar, el río, pero los dioses se aburrían porque estaban sin estar pues no existían los lugares y todo era lo mismo y por eso nada era ni llegaba a ser. El viento sopló un sonido como el de una flauta y la lluvia empapó el sonido y el volcán lo iluminó por dentro, y la montaña le dio forma y surgió esta tierra donde estamos ahora, que era la misma tierra pero sin nombres porque no había quien le diera nombres; tierra que como todos sabemos tiene la forma de un inmenso grano de maíz que baila y que ninguna persona puede recorrer entero de tan grande que es. Y entre todos los dioses, a partir de ese sonido fueron construyendo las llanuras, los precipicios, los árboles, las quebradas, las playas, las mesetas, los tepuyes. Y así los dioses tuvieron un sitio donde estar al fin. Pero tampoco quedaron felices).

Dijeron que mis credenciales no se encontraban disponibles. Debía esperar hasta las diez y quince, cuando abriesen la oficina podía solicitar los documentos y registrarme. Afuera soplaba un viento huracanado. Sonreí; por algún absurdo motivo el aire olía a acemita. Quise fumar un par de veces, pero apenas daba unas caladas volvía a guarecerme. El invierno crujía sobre mi abrigo.

El lugar era un palacio de congresos que parecía encontrarse en una orilla de Zaragoza: edificaciones iluminadas, ligeras, amplios espacios y plazas con árboles pequeños.

Varios policías y perros nerviosos vigilaban el lugar. Los vi husmeando en las papeleras.

El día apenas empezaba pero yo estaba exhausto. La noche anterior el insomnio me dio un largo mordisco; al final de la madrugada tuve taquicardia y un poco de asma. Un jugoso bistec devorado a medianoche quizás era la explicación.

Me quedé en un mostrador, de pie. Miré el programa del congreso. Me perdería la inauguración. No lo lamenté demasiado. Saqué de mi maleta un libro de Margerite Duras: *Moderato cantábile*, una novela corta, escurridiza, casi gaseosa, elaborada en torno a una escena: el grito de una mujer que va a ser asesinada. Dos personajes construyen y reconstruyen ese

instante. Realizan variaciones sobre ese momento; lo amplían; lo condensan; lo incorporan a sus propias vidas. Me estaba encantando esa lectura.

Un hombre de traje gris y otro de traje verde se detuvieron frente a mí. El de gris: piel rocosa, cabellos entrecanos y ojos ratoniles, me mostró con rapidez una identificación en la que atisbé un sello oficial y la palabra policía. «Me da su dni, por favor», dijo con voz indiferente y presurosa.

(Porque la tierra estaba, y los dioses se movían dentro de ella, y el aire volvió soplar y lanzó otros sonidos y llegó la lluvia y el volcán y la montaña, y al juntarse entre ellos al fin fueron los tigres, los caballos, las dantas, las águilas, los peces, los gorriones, los turpiales, los venados, las ovejas, los cangrejos.

Y el sol los iluminaba a todos y la luna los arrullaba.

Pero la luna y el sol siempre se miraban de reojo, unos segundos apenas; poco, muy poco, y una mañana el sol dejó caer sobre la tierra un trozo de sí mismo, un trozo pequeñísimo, un punto amarillo que era un grano de maíz amarillo que la luna contempló esa noche cuando comprendió que era un mensaje amoroso que el sol le enviaba. Y por eso a su vez, la luna dejó caer un pequeñísimo trozo de sí misma, y era un grano de maíz blanco que quedó junto al otro grano. Y con el paso de los días, el sol daba calor y la luna frío, y cayó la lluvia y los dos granos germinaron y se volvieron un arbusto extraño que no era arbusto, porque una noche las ramas no fueron ramas sino brazos, y las raíces no fueron raíces sino piernas, y así surgió la primera mujer, una mujer desnuda, muy desnuda, cuya piel tenía el dulce olor del maíz).

«¿Qué hace usted aquí?», me preguntó el policía. «Vengo al congreso», respondí. «¿Y por qué lleva media hora leyendo sin moverse de este lugar y no entra al salón de actos?», dijo el hombre del traje verde.

Tomé aire, cerré el libro mientras colocaba un dedo para marcar la página exacta que estaba leyendo. «Me gusta Marguerite Duras. Y aguardo por mis acreditaciones». Miraron mi documento y llamaron por el móvil. Escuché cómo pronunciaban mi nombre y el número del dni. Algo les respondían y ellos repetían mis apellidos una y otra vez, como si al otro lado del teléfono los estuviese escuchando un señor que no lograba retener ninguna palabra.

Intenté parecer aburrido, pero en un ventanal de vidrio contemplé mi frente llena de arrugas, como papel cuarteado.

Seguí leyendo. Llegó un momento que mi propio nombre comenzó a parecerme extraño: una palabra suelta, un chillido.

(La mujer caminaba por la tierra y a los dioses les sorprendió su presencia pero les gustó porque ella comenzó a darles nombres a los árboles, a los ríos, a los animales, a las noches y a los días. Así que el sol le regaló una mañana siete granos de maíz amarillo y la luna en la madrugada le regaló siete granos de maíz blanco y la mujer los comió y bebió agua de los ríos, y su vientre se fue hinchando, hinchando cada vez más, y una tarde, justo ese momento en que no es día ni es noche, en que el cielo es lila y el sol no se ha ido del todo y la luna comienza a llegar pero todavía no llega, la mujer parió cuatro mujeres y tres hombres muy cerca de ese lugar que ahora llaman Barquisimeto.

Y el sol les lanzó una pequeña llamarada que anidó en un árbol llamado Curarí y así

conocieron el fuego que florecía en el árbol y se juntaron alrededor de él todas las noches y conocieron la risa, pues la mujer tenía muchas palabras y les contaba cada noche que la tierra era el lugar donde los dioses jugaban).

Los policías continuaban repitiendo mi nombre por teléfono, luego daban unos pasos hacia un lado, luego hacia el otro. Yo continué leyendo. Silencioso. Hosco. Imaginé que les había resultado demasiado étnico con mi cabello liso, mi larga coleta y mis ojos rasgados.

Me apoyé en la pared. Sentí un dolor cortante en los pies.

Al fondo, me pareció ver a una mujer pequeña y delgada como una i, y a su lado, a una mujer grande y gorda como una o. Fue apenas un segundo; como si ambas fueran una emanación; un reflejo de los vidrios. Alcé el rostro para intentar mirarlas de nuevo.

En eso vi entrar al gestor. Su figura inmensa, su largo cabello rizado y su voz de barítono. Me incomodé. No deseaba que me viese rodeado de policías, acurrucado en una esquina como sospechoso por leer una novela en la entrada de un congreso sobre cultura y nuevas tecnologías. Resultaba humillante. Hace dos años, el gestor, gerente de una fundación cultural importante en Europa, discutió a gritos conmigo en un bar en Madrid por un partido de fútbol; nos mentamos las abuelas, las madres, nos ofrecimos puñetazos hasta que los amigos comunes nos exigieron calma; desde esa oportunidad tenemos el buen criterio de esquivarnos si tropezamos en alguna reunión.

Oculté mi rostro con la novela, pero los policías seguían diciendo mi nombre en voz alta.

(Y los hombres y las mujeres se fueron dispersando por la tierra, pero cada tanto se reunían alrededor del fuego y la primera mujer seguía contándoles historias.

Los dioses los miraban con simpatía, así que nada les faltaba para alimentarse y protegerse del frío de la noche y del calor del día.

Pero una tarde se escuchó un largo grito. Luego otro. Dos gritos. Por separado. Luego a la vez. Luego otra vez por separados. El grito de una mujer; el grito de un hombre, pero los dioses comprobaron que la mujer y el hombre que retozaban entre los maizales parecían felices.

«Ese grito es como juntar todas las palabras y hacer una sola palabra que las congrega a todas», dijo el viento. «Ese grito es la palabra de la que salen todas las palabras».

Y al amanecer, la luna y el sol se miraron unos segundos en esa breve coincidencia de cada día. Sus luces parpadearon, pero nada dijeron).

El Gestor mostró sus credenciales para entrar al salón de actos. Me oculté detrás de los hombres que me interrogaban. No deseaba que el Gestor me salvase, que llamase a amigos influyentes para reclamar por aquel acoso.

Al fin, los policías desistieron de repetir mis datos por teléfono y los anotaron en un papel arrugado que el del traje gris sacó de su billetera. Me regresaron mi DNI y dos personas del equipo organizador se acercaron a ellos con documentos en la mano y les recriminaron que me estuviesen importunando sin consultar el listado de participantes.

Los policías se marcharon sin responder una palabra.

Entré al salón de actos. Era inmenso. Gigantesco. Perfecto para mí. Me coloqué en una de las últimas filas. Perdido. El escenario era un pequeño cuadrado donde varias figuras sonreían como si les hubiesen almidonado el rostro. Pronto supe de qué se trataba. Entró el Príncipe rodeado de

personas con corbatas que se empujaban con disimulo por colocarse a su lado. Hubo aplausos.

Las vi de nuevo; de pie; hacia la derecha del escenario: una muy baja y muy delgada; la otra grande y gorda. Pensé en levantarme para acercarme a ellas y comprobar que era solo una casualidad, pero se iniciaron los discursos. Hubo fotos. Más discursos. Más fotos.

No volví a ver a las dos señoras.

Crucé el puente y el viento era tan feroz que el cigarrillo voló de mis manos y saltó hacia el asfalto. Lo vi dejar un rastro rojizo, como si fuese una luciérnaga agonizando entre el ruido de los coches y el rechinar de las ruedas.

Debajo de mí, el Ebro se deslizaba como una soga de plata. Apreté el paso.

En mi cuaderno llevaba las copiosas notas que tomé en cada conferencia, incluyendo las repetidas palabras del Gestor, que eructó topicazos en tres lenguas vivas y al menos una muerta. Me costó comprenderlo, pero al final de su intervención aplaudí con más entusiasmo del que yo hubiese esperado.

Apenas podía caminar. Los zapatos trituraban mis pies. Mi espalda lanzaba un crujido añejo, un dolor líquido que goteaba por mis vértebras. Imaginé mi paso tembloroso. Cuando llegué al otro lado del puente giré el cuerpo. En la otra orilla las dos señoras habían aparecido de nuevo y me contemplaban con serenidad. Ya no tuve dudas. Eran ellas. Mis tías. El viento agitaba sus pañuelos de colores apagados. Alcé la mano para saludarlas y ellas hicieron lo mismo.

Hablaron. El viento se tragó sus palabras pero yo las comprendí con nitidez.

A duras penas llegué al hotel. Supe que no bajaría a cenar. Me quité los zapatos y caí sobre la cama.

(Una noche la mujer fue más feliz que nunca contando sus historias. Se detuvo mucho rato en una de ellas.

El sol y la luna crearon a la primera mujer y luego a los hombres y mujeres, porque al saber que era imposible su abrazo, dijo entre susurros, juntaron en la tierra lo que ellos no podían darse.

Hubo risas al escuchar la historia. Risas cómplices. Risas nerviosas. Risas.

A los hombres y mujeres les agradó la historia. Les gustaban todas las historias. Pero el viento hizo volar esas palabras y los dioses rieron al escucharla; en las palabras de la mujer se sentían más reales, más divertidos, más profundos. Todos rieron, excepto la luna y el sol que miraron silenciosos hacia la tierra y observaron a las mujeres y los hombres. «Qué feos son», pensaron, «qué mezquinos, qué torpes, qué frágiles. La más pequeña de las hormigas vale más que todos ellos».

Y desde ese día el sol alumbró con fiereza; y la luna desapareció cada noche. Así, durante el día el calor fue inaguantable; y en las noches las sombras crecieron, fueron más espesas. Un día tras otro. Y otro y otro. Y las mujeres y los hombres vivían exhaustos y llenos de miedo, pensando por primera vez en árboles que devoraban personas al fondo del bosque, en cocodrilos que cazaban mujeres y hombres porque envidiaban la tersura de sus pieles. Y era como si el mundo fuese perdiendo los nombres con que las personas lo habían nombrado. Y una noche en que vieron apagarse el Curarí porque el sol le ordenó que cesase su fuego, todo fueron infinitas e indoblegables sombras y la primera mujer murmuró: «tenemos que marcharnos. Mañana tenemos que marcharnos. Nuestra vida aquí se ha terminado, pero anoche soñé que en algún lugar nos

estará esperando una diosa llamada María Lionza, una diosa parecida a nosotros que dormirá en una ceiba y logrará calmar a la luna y al sol y a los otros dioses para que nos permitan vivir en paz».

Y al día siguiente las mujeres y los hombres abandonaron aquella primera tierra, y se dispersaron por lo que ahora se llama Guarico, Siquisique, Duaca, Carora, Barquisimeto, El Tocuyo, Quíbor, Chivacoa.

Los dioses permanecieron callados, con la ira, con el sufrimiento de quien no sabe si está expulsando a alguien o está siendo abandonado.

Al final el viento susurró «extrañaremos sus gritos».

El sol y la luna se miraron, una vez más, en silencio).

Busqué la máquina del hielo y llené un envase de metal hasta el tope. Pensé en un vaso de ron, en su color madera, en su olor penetrante, áspero, dulce. Imaginé el ron impregnando los hielos: ese sonido crujiente, ese quejido sutil dentro del vaso.

Hace años me estaría regalando esa pequeña fiesta.

Fui a la bañera. La llené de hielo y coloqué los talones. El dolor me taladraba desde esa zona hasta alcanzar las rodillas.

Pensé en mis tías. Murieron con pocos días de diferencia; muy lejos de aquí; al otro lado del océano; pero ya no recuerdo si fue hace once años, hace doce años.

Las vi hablarme esta tarde en el puente sobre el río. «Nunca escribiste lo que te contábamos cuando eras niño». Cerré los ojos. El hielo comenzaba a surtir efecto.

Respiré. Tiempo atrás no habría permanecido silencioso frente a los policías; tampoco habría tomado notas de las tonterías que escuché en las mesas redondas y mucho menos habría aplaudido al Gestor. Pisé el hielo con fuerza, intentando que el frío durmiese el dolor de los pies.

Abrí la boca. Lancé un grito; un grito largo, ronco. Quise comprobar si en ese grito anidaban todas las palabras.

No lo logré.

Me pareció que era solo un grito. Otro de tantos.

(Madrid, 2014)

EL POZO Y LOS AZULEJOS

Y los perros por los lados de Chivacoa; y mi frente como un tizón, y las moscas que sobrevuelan mi frente, y yo sin moverme, y yo que las miro, las observo, y al fondo el miedo; el miedo por ellos, los de largos collares y conchas de mar en los bolsillos.

«Porque tú la conoces, tú sabes donde vive».

Ellos, los de largos collares, señalándome.

«Lo hacemos por tu bien, para salvarte de ese demonio. Tú la conoces».

Ellos y sus espíritus persiguiéndome por todo el valle, y en sus manos, en sus marusas, en sus cuevas: los cuchillos punzantes como hielos, las cabezas sangrantes de los chivos, los corderos abiertos en canal, los cuellos rotos de sus gallinas, los sapos vivos antes de ser lanzados al aceite hirviendo.

Llegaron en la tarde. Los escuché. Escuché sus pasos en el sendero. Una serpiente, otra serpiente, pasos de serpiente. Cuando tres veces dijeron mi nombre: Amábilis, Amábilis, Amábilis, sentí en el fondo de sus voces que no me buscaban para que les hiciese uno de esos espectáculos de sombras con los que divierto a la gente de los caseríos.

«Sal, sal, queremos conversar contigo. Tú la conoces».

Comprendí que hablaban de María Lionza. Los rumores corren rápido. Salté por la ventana y corrí cerro abajo, golpeando mi rostro contra las ramas de los cafetales, tropezando con piedras, raíces, charcos.

Corrí veloz. A mis piernas regresó el vigor olvidado de tiempos anteriores. Fui flexible, fuerte, ágil. «Mi Reina María Lionza me está ayudando a escapar», susurré. Pensé que los había dejado atrás. Dos veces me detuve a descansar hasta que de nuevo oí sus perros. Aparecían por un lado, aparecían por el otro, como si los lugares no existiesen, como si todos los lugares fuesen un solo lugar donde ellos me iban acorralando.

Besé mi cordón de colores donde colgaba una figura tallada en piedra: María Lionza sobre la Danta. Lo besé tres veces. Volví a correr. Cambié de dirección una y otra vez, como si estuviese recorriendo un laberinto, para que el viento enloqueciese a los perros con mi olor; un olor que iba, venía, volvía, se esfumaba.

Al esconderme entre las cañas supe que tenía fiebre. Tres moscas volaron a mi alrededor. Me dejé caer sobre la tierra. Quería ser tierra.

Volví a escuchar a los perros.

Muchas lunas atrás viví un encuentro.

Regresaba de varios caseríos. Al caer la noche, sobre las paredes blancas de una pared había realizado mi espectáculo. Con velas y antorchas que iluminaban mis manos, convertí mis dedos en dragones, báquiros, monos, pájaros, hadas, árboles. Conté historias y cerré con ese momento cuando María Lionza vencía a esa serpiente que desde su laguna tenía sometidos a todos los pueblos cercanos.

Recibí aplausos; también arepas y cachapas y acemitas y carne de chivo y piedras azules como pájaros. También recibí unas cuantas monedas de cobre. Satisfecho, decidí regresar a mi pueblo, pero antes, una mujer llamada Karnei me llevó a su hamaca. Dijo que la había hecho feliz con mis sombras.

Sentí sus uñas rasgando mi espalda.

No puedo decir si sus gritos eran más fuertes que los míos.

Al regresar al camino saqué el chimó de mi camisa. Era un modo de celebrar esa dulce tarde. Comencé a masticarlo. Un poco. Otro poco. Me gustaba mucho su sabor duro en la boca; su picor, como si fuesen bachacos rojos; y me gustaba el camino que mi saliva oscura iba dejando en el camino. Yo iba feliz, cantando aquel golpe tocuyano que me enseñaron de niño mis hermanas: *sé que andas diciendo que no me queréis, sé que andas diciendo que no me queréis, yo me estoy muriendo, qué le voy a hacer...*

Pero masqué demasiado chimó. Quedé mareado y con la cabeza volando entre las nubes. Perdí mi ruta. Dormí al raso; muy cerca de Sarare. Y desde un árbol se bajó un ogro con las orejas peludas. Me despertó con una patada en las costillas. Abrí los ojos y al verlo di un paso atrás pero él me dijo que no tuviese miedo. Le gustaba el espectáculo que hacía con mis manos, las sombras con las que yo llenaba las paredes y en las que los monos se transformaban en pájaros y los pájaros en lluvia y la lluvia en estrellas y las estrellas en fuego.

Sonreí agradecido. La cabeza me palpitaba; apenas podía mantenerme en pie.

El ogro pidió que hiciese un espectáculo para él en ese momento.

Le dije que me encontraba mareado; ni hablar, no, no, no, quizá otro día.

El ogro miró hacia el cielo. En sus orejas peludas anidaban pulgas y cucarachas. El estómago se me apretó como si fuese un puño golpeando mis costillas. Intenté ponerme de pie. El ogro me miró. Desde sus ropas sacó una fruta de semeruco. Dijo que aunque me había negado a actuar para él, le seguían gustando mis espectáculos. Por eso, como señal de gratitud me regalaba ese fruto, un fruto especial, muy especial, pues al llegar el amanecer debía alzarlo entre mis dedos y diciendo: Shoum burumbá jernanz jernanz vodolom vodolom salui salui sorrás seankai shoum burumbá, vería como de él surgiría un hada pequeña que era capaz de tejer hilos de oro.

-Pero hazlo solo cuando estés en tu pueblo con tu gente. Así todos ustedes serán muy ricos.

Todavía mareado pero feliz retomé mi camino. La madrugada comenzó a aclarar. Debía darme prisa para llegar a mi pueblo y junto a mis hermanas hacer el conjuro con la fruta del semeruco. Apreté el paso. A lo lejos vi las casas de mi caserío, y al fondo se veía Villanueva y más allá se veía Guarico.

Pensé en el regalo del ogro. Sospeché de su generosidad.

Decidí intentarlo yo solo. Si todo salía bien, escondería bajo una roca los hilos de oro que tejería el hada y los buscaría luego con mis hermanas.

Shoum burumbá jernanz jernanz vodolom vodolom salui salui sorrás seankai shoum burumbá,

dije alzando la fruta de semeruco. La tierra tembló. Vi crecer la frutica y hacerse grande como un mango, después como una patilla, luego grande como la auyama más grande que hubiese podido crecer en mi huerto.

Pero en vez de convertirse en hada, el semeruco se transformó en un alacrán. Un alacrán inmenso que me dio dos pinchazos en la mano.

Caí sobre la tierra y hundí las uñas sobre el lodo. Vi una fila de hormigas, vi una fila de garrapatas, vi una fila de pulgas. Caminaban. Caminaban. En el aire vi pasando un azulejo y le hablé: decíle a mis hermanas que me fui, decíle a María Lionza que allá voy.

El mundo se fue volviendo chiquito, cada vez más chiquito, hasta que fue solo un punto.

Un punto.

La historia ustedes la conocerán. Se supo desde Siquisique hasta La Vigía; desde Barquisimeto hasta Carora. No creo que alguien no se haya enterado.

Mis hermanas lloraron, lloraron mucho. Yo era el menor de todos. Ellas me habían criado, me habían cuidado desde pequeño. Y ahora yo era ese cuerpo envuelto en sábanas, era un bulto colocado al fondo de una cueva, cubierto de piedras. Me habían untado perfumes y me habían colocado una mazorca de maíz en la mano derecha para que me acompañase en mi viaje.

Desde el tronco de una ceiba cayó una inmensa cascada, la cascada se volvió una llama de fuego blanco, y desde el centro de las candelas apareció María Lionza.

Habló en susurros. Había escuchado que el hombre que contaba historias con las sombras ya no estaba. Había escuchado la voz del azulejo que le envió mi despedida.

Mis hermanas lloraron frente a María Lionza. Ella las consoló acariciando sus cabellos. Después caminó hasta la cueva. Murmuró que alguna vez había visto algunos de mis espectáculos, oculta entre la gente, y que se había emocionado porque en esas historias encontró el esplendor.

-Sabemos decir el mal de muchas maneras, para el mal sobran las palabras. Pero apenas sabemos nombrar lo bueno, y el hermano de ustedes lo nombraba sin nombrarlo, solo con esas sombras bellas que murmuraban historias.

Mis hermanas vieron transformarse el rostro de María Lionza. Tardaron un rato en comprender que la Reina también dijo a llorar. No podían creerlo. Después la vieron apoyar sus manos en la entrada de la cueva. Por tres veces murmuró mi nombre. Nunca dejaron de caer sus lágrimas por sus mejillas. Parecía más delgada, más pequeña.

La cuarta vez que susurró mi nombre, mi cuerpo vibró como si lo golpease un relámpago.

Volví.

No puedo decir dónde estuve los tres días que estuve muerto. Lo ignoro.

Volví.

Me puse de pie. Comprendí lo que había sucedido y al ver a María Lionza incliné mi rostro. Con dudas, extendí mi mano. Toqué las lágrimas de María Lionza. Me temblaba el cuerpo entero y me gustaba ese temblor. Era yo. Otra vez. Como si las sombras se hubiesen apartado de mí y estuviesen concediéndome una tregua.

Perpleja, frágil, María Lionza me acarició el rostro y regresó a la llamarada blanca que rodeaba la ceiba. La vi perderse dentro de ella; quizá para volar hacia su pozo, ese lugar en la remota montaña donde la sobrevolaban siete azulejos.

Mis hermanas prepararon arepas, las estuve esmigajando mucho rato en el suero. Comí con

ferocidad y gula. Mastiqué mucho rato. Nunca sentí que una comida me llenase de tanta plenitud.

Luego pasé muchos días en la hamaca.

Contemplaba el cielo. Sentía que el sol dejaba escapar de tanto en tanto una voz amarilla y cansada. Miraba arder las estrellas en la noche y contemplaba cómo a cierta hora rodeaban la luna y giraban alrededor de ellas como si fuesen un remolino.

No deseaba moverme. El movimiento me parecía un signo molesto, una imposición que me impedía sentir la brisa en mis brazos o el sabor del café cuando mojaba dentro de él un trozo de acemita. Deseaba vivir en la lentitud de los gestos suaves. Llegué a descubrir que el silencio de la noche tiene al menos trece maneras de ser silencio. Aprendí a reconocer el sonido de los ríos cuando dentro de él viajan los espíritus. Contemplé el trabajo de los bachacos negros que llevan granos de arena a sus cuevas para edificar una pirámide que crece hacia el centro de la tierra y que se derrumba cuando está punto de concluirse. Reconocí el vuelo de los cardenales que atraviesan el cielo como llamaradas cuando va a nacer un niño que podrá curar con sus manos.

Estaba bien.

Así me sentía a gusto.

Meciéndome.

Pero debí levantarme.

Me harté de que la gente se acercase a conocer el prodigio de mi retorno, que me hicieran preguntas, que movieran mi hamaca para pedir detalles de mi regreso. Era casi imposible sumergirme en mis ensoñaciones porque cada poco tiempo alguien aparecía y se sentaba a mi lado a disparar preguntas y solicitar detalles.

Tomé mi marusa. Me marché a los pueblos a seguir haciendo espectáculos de sombras. Sentía los murmullos a mi paso, los dedos callosos y tímidos que me señalaban. Yo apuraba el paso. Fingía sonreír. No deseaba sentirme observado. No deseaba conversar, ni dar explicaciones, ni seguir inventándome que había visto un túnel oscuro donde olía a cocuy y a orquídeas, mientras al fondo brillaban siete pozos donde la gente era feliz y se bañaba entre risas.

Mis hermanas pensaban que ser el hombre que volvió desde la muerte había dejado marcas dentro de mí; que yo no deseaba ese peso, esa incierta señal. Pero el motivo de mi perturbación era otro.

Nadie vuelve a ser el mismo después de ver llorar a una diosa.

Poco a poco retomé mis actuaciones en los pueblos. Al principio con torpeza; lento, repetitivo, sin encanto alguno. Pero con el paso de los soles y las lunas decidí que podía hacer de mi fragilidad otro motivo para mis historias. Eso me alivió. Mis sombras se llenaron de mundos en los que personas y dioses reían y lloraban, sujetos a la incertidumbre, al descubrimiento de milagros que les daban una felicidad efímera que debían beber y vivir hasta el fondo. La gente aplaudía, pero con menos énfasis que antes, así que yo cerraba mi espectáculo con el momento en que María Lionza vencía a la serpiente con piel de cocodrilo. Así lograba recuperar en ellos el entusiasmo y podía regresar a casa con algunas monedas en mis manos.

En uno de esos viajes, un campesino que llevaba a tostar café a una finca vecina, me dijo que desde el norte estaban llegando unos señores milagrosos que rezaban a dioses desconocidos en este lugar. Compartimos un poco de agua, unos trozos de acemita; le dije que me parecía bien; estas montañas eran muy grandes.

Regresé a casa a toda prisa; evité el camino donde una vez tropecé con el ogro que me regaló una fruta de semeruco. Avancé por una ladera y al fondo, más allá de los cafetales, vi a una docena de personas que entraban al río.

Los miré. En medio de una roca, un hombre y una mujer pasaban unas gallinas marrones por el cuerpo de un anciano. Me quedé oculto. Nunca había visto un ritual de curación parecido. Los escuché cantar en una lengua incomprensible y vi cómo le arrancaban la cabeza a las gallinas y las arrojaban lejos. Las dos personas exprimieron el cuello de los animales y llenaron el agua con sangre.

Me arrastré sigiloso. Intenté retornar a mi camino. Salté varias rocas musgosas y encontré una vez más el río. Aguas plateadas, sonoras. Vi el cuerpo de las dos gallinas que flotaban. Tomé la figura de arcilla que colgaba de mis cintas, le di un beso. Me di la vuelta para no mirar.

Allí sentí caer una piedra. Después otra. Miré hacia los árboles. No había nadie. O sí. Unas figuras negras como humo flotaban entre las copas de los árboles y me arrojaban piedras mientras reían.

Corrí.

Dos o tres piedras me golpearon en la espalda.

Al llegar a casa me eché en la hamaca y fingí dormir.

Primero fueron rumores. Luego yo mismo escuché el quejido de corderos degollados en medio de la montaña; vi cabezas de chivo flotando en las aguas que bajaban de los pozos de la montaña.

Al tiempo la gente dejó de hablar. Evitaban cruzar las quebradas cuando pasaba alguno de esos animales troceados. Poco más. Un día se dijo que una familia muy pobre había comido una de esas gallinas y había muerto. No era verdad. Caminé junto a su casa de bahareque y los vi alrededor de una fogata. Vivos. Con los ojos enterrados en la cara y la piel amarilla, pero vivos, lo suficiente para mirar durante horas las llamas de su fogata sin pronunciar palabra.

Pensé alguna vez comentarlo con alguien; recordar que María Lionza había pedido siempre que sin crueldad alguna matásemos animales solo para comerlos y nunca en la zona de la propia montaña; sabíamos que en ese lugar los animales siempre deberían sentirse a salvo; por eso allí era posible dormir y despertar rodeado de ardillas o conejos que no se inmutaban ante la proximidad de una persona.

Quise compartir ese recuerdo pero tuve miedo; recordaba las sombras de humo lanzándome piedras.

Seguí recorriendo los pueblos; haciendo mis actuaciones; pasando al final un sombrero de cogollo para que la gente depositase allí monedas o comida.

A veces recordaba a Karmei, la mujer que me dio felicidad la última tarde antes de que el ogro me colocase aquella trampa en las manos. La recordaba con deseo, con ternura, pero lo cierto es que me sentía sin fuerzas para volver a verla. Desde que conocí el llanto de los dioses, para mí el mundo era un cristal que estallaba en pedazos si te apoyabas con fuerza.

Un día al terminar mi trabajo volví a casa. Evité el camino donde habitaba el ogro y también el camino de los cafetales donde había visto el ritual de las gallinas. Por eso debí dar una larga vuelta que me dejó exhausto. En una encrucijada me detuve a descansar. Allí me rodearon. No los reconocí. No había en ellos nada especial. Tan solo en ocasiones metían las manos en sus bolsillos y yo sentía un sonido de conchas marinas.

Altos, huesudos, me preguntaron si yo era el hombre que había vuelto de la muerte. Quedé sorprendido. Desde hace un tiempo nadie más había vuelto a mencionar ese momento. Dije que sí y me dispuse a seguir, pero ellos me agarraron por el brazo. Me pidieron que les dijera en qué lugar exacto de la montaña se reunía María Lionza con sus veinte cortes espirituales y sus once hermanos. Dije la verdad. No lo sabía. Nunca había caminado hasta allí. Era una zona hermosa pero despoblada donde yo no podía trabajar.

Cuando me marché, atisé en las copas de los árboles aquellas sombras color humo. Aguardé por las pedradas. Caminé con lentitud. A cada paso esperaba el golpe pero nada sucedió. Avancé y avancé. Al abrir la puerta de mi casa escuché las risas. Allá. Lejos. En los árboles.

No giré el rostro para mirar.

En la fiebre allí, entre las cañas, olor y ladridos de perros, y mi frente como un tizón, tres moscas sobre mi frente y la fiebre, allí en el fondo, las moscas que sobrevuelan mi frente y yo sin moverme, que las miro, las observo, y al fondo el miedo, con ellos, por ellos, los de largos collares y conchas de mar en los bolsillos.

Así quiero ser tierra.

Porque volvieron. Ellos. Ellos me rondan y sus perros me buscan.

La noche anterior escuché que cada vez habitaban más sitios de las montañas, que destruían los altares de María Lionza y colocaban una cabeza de chivo como señal de conquista. Por eso cuando escuché sus pasos en el sendero comprendí que huir era mi única posibilidad.

Ahora los cañaverales, sonido, aire, los perros que giran y giran, cada vez más próximos. Y la fiebre y las moscas. Tres. Una y otra y otra. Las moscas. Fiebre y miedo. Porque los oigo, a ellos, a sus perros, a sus espíritus de humo. Oigo las piedras, las risas sobre los cañaverales. Carcajadas.

Miro detrás de mí. Recuerdo a Karmei, la amiga amorosa que una vez me recibió en su hamaca y me devoró como una bella pantera. Allí, hacia el este del valle, se encuentra su casa. Creo recordar que ella amaba mis juegos de sombras y lo celebramos desnudos, sonrientes, rompiendo la tarde con nuestros gritos mientras ella me impregnaba el cuerpo con aceite de coco.

Me arrastro. Repto. Avanzo de rodillas. Cuando presiento que los perros han quedado atrás corro hacia ese lugar. Paredes con el color de los limones que la rodean.

Me extravió un par de veces, pero al final consigo dar con ella. Toco la puerta de atrás. Una vez. Dos veces. Karmei abre y al verme da un pequeño salto. Me hala por el brazo para que entre. Se cubre el rostro. Está asustada. Me dice que ya no solo están destruyendo los altares, sino que se llevan de su casa a quienes tienen imágenes de María Lionza o Guaicaipuro o el Negro Felipe. Los están juntando en una plaza donde golpean y acuchillan a los que se niegan a sacrificar una gallina para embadurnarse la piel con sangre.

Apoyo mi cabeza en una pared y cierro los ojos. Permanezco así mucho rato. Cuando los abro, la mujer me lleva a la ventana. Saca una navaja; corta mis cabellos hasta que me deja completamente calvo. Consigue allí ropas andrajosas y me viste con ellas. Después recoge lodo del suelo y me embadurna la cara. Al final toma una piedra y sin decirme nada golpea mi boca. Caigo aturdido por el dolor. Dos dientes han salido volando y mis labios se inflan.

Karmei me pone de pie. Dice que quizá así no me reconozcan. Luego me arranca la cinta con la figura de María Lionza y la entierra.

Oigo un sonido: un rápido beso. Luego la mujer susurra: «la diosa volverá, un día llegará la señal de una estrella y volverá y limpiará la tierra; pero ahora debes escapar; ahora solo tú puedes salvarte».

Karmeí coloca unas arepas en una marusa y me empuja fuera de su casa.

Camino. Camino y fiebre. Las tres moscas regresan. Veo el camino que lleva hacia el mar. Muchos y muchos días de ruta. A lo mejor también están allí. Tomo la dirección contraria. Una vez escuché decir que más allá de Sarare, después de un volcán de humo, se acaban las montañas y existe una tierra llana, una tierra inmensa, inabarcable.

Fiebre. Camino.

Sin darme cuenta, paso junto al árbol donde vive el ogro. Lo veo descender por sus ramas y observarme con fijeza. No me ha reconocido, pero me llama a gritos para pedirme que converse un rato con él. Finjo estar sordo. Aprieto el paso.

No pasa mucho tiempo hasta que escucho de nuevo los perros. Me desvío, pero tres figuras altas y delgadas salen a mi encuentro. Usan machetes y conducen una fila de hombres y mujeres a los que llevan prisioneros. Siento la punta de un machete en mi cuello. Oigo murmullos. Descubro que, atadas de manos y pies, mis hermanas avanzan con ese grupo.

El sudor recorre mi espalda.

Un hombre juega con su machete colocándolo en mi nariz.

«Tú eres uno de ellos. Dinos dónde está».

Finjo no comprender sus palabras. Bajo el rostro para no cruzar miradas con mis hermanas o con ninguno de los otros prisioneros.

«No la conozco».

«Tú eres uno de ellos».

«No la conozco».

«Tú eres uno de ellos».

Pienso en las lágrimas de María Lionza, en su gesto compungido al encontrarme en el fondo de aquella cueva. Tardo un rato en volver a hablar, pero mi voz surge con nitidez.

«No la conozco».

Recuerdo una de las historias que solía contar en los pueblos, la de aquel hombre de El Eneal que huyó siempre de su destino sin poder lograrlo; el pobre estaba condenado a negar a su dios tres veces antes de que cantase un gallo. Y en efecto, acosado por sus enemigos, mi personaje negó tres veces a uno de los dioses que habitan por estas tierras.

Recuerdo el momento final de mi relato, ese instante cuando con mis manos yo creaba la sombra de un gallo en la pared y con fuerza imitaba su canto.

Ahora la tarde continúa en silencio. Solo se escucha el ruido del viento entre los cañaverales.

Los hombres me miran con burla. Después de darme un golpe en la nuca me dejan marchar.

Los escucho reír a carcajadas y empujar a sus prisioneros hasta una zanja de la que brota un olor áspero, como de telas percutidas. No se oye un quejido, una mínima palabra de resistencia o vacilación.

Me alejo.

Sé que una historia debe tener su cierre preciso.

Mi garganta lanza con fiereza el canto de un gallo.

Soy una de mis sombras.
Soy sombra.

(Salamanca, 2016)



MUJER DESNUDA CUENTA LA HISTORIA DE YARACUY Y YARABÍ

me hablas de la isla y en la isla el lago
el lago que me nombras miras
el lago castaño y negro
una mitad y otra mitad
espejos sin azogue espejo de cielos y nubes
me hablas
tu lengua asoma brillante fuerte
tu lengua dientes labios
viento en mi piel viento entre cañaverales
me hablas de la isla que aparece y desaparece
la ven en Guarico
la ven en El Tocuyo o en Duaca
la ven en Barquisimeto o en Sorte
la ven no la ven
como un vapor la isla el ojo de la isla
que mira el cielo repite el cielo
donde una nube tiene la forma de la isla y la forma de tu lengua y tus labios y dientes
porque en la isla me dices
se refugiaron
Yaracuy y Yarabí
cuando exhaustos
se sentaron junto a una piedra y pidieron a María Lionza un nuevo milagro
una oportunidad una tregua
pues Yaracuy y Yarabí fueron el primer hombre y la primera mujer
que vieron morir a alguien
que vieron un cuerpo dejar de ser cuerpo
convertirse en cáscara
silencio
piedra amarilla

Enkidie piedra
Enkidie

Yaracuy era hijo de las personas que expulsadas del paraíso
se fueron a vivir a la ribera derecha del río Turbio
Yarabí era hija de las personas que expulsadas del paraíso
se fueron a vivir a la ribera izquierda del río Turbio

se conocieron dices
una tarde de nubes rojas violetas naranjas
porque a Yaracuy le gustaba nadar en las aguas del río
dar brazadas
sentirse agua
sentirse fuerza que hiere el agua
y esa tarde debió detenerse y flotar
un olor lo dejó embriagado
paralizado casi
como cuando una flecha con curare alcanza un venado

eso me dices
isla lago
y no era un olor
era Yarabí desnuda al otro lado del río
Yarabí desnuda fragante
dulce y cítrica
como los cambures manzanos cuando están maduros
y piden delicados mordiscos

Yaracuy la miró
Quiso acercarse a ella
Pero al intentarlo dices
los remolinos en la mitad del río lo hundieron
lo lanzaron a la orilla
derrotado blando envuelto en campanillas azules

Yarabí contempló el cuerpo del hombre
brillos metálicos
y sintió una centella entre los muslos
También intentó cruzar a nado el río
Y en la mitad le pareció que serpientes blancas la atrapaban por las manos y los brazos

que le halaban la melena y la mordían
Asustada
regresó a la orilla fangosa

Y soles y lunas se fueron sucediendo
Muchos soles muchas
lunas
Y Yaracuy y Yarabí se miraban y miraban
El sol pulías las aguas
El río parecía la fiera espalda de un tigre

Yarabí invocó a María Lionza
La diosa que a veces dejaba escuchar su voz de lluvia
en lo alto de la montaña
y que bailaba sobre brasas sin quemarse
Preparó para ella un altar
En el que colocó dos tapanas rebosantes de leche
Y cambures manzanos titiaros topochoos guineos
guayabas semerucos
parchitas guanábanas
mangos tamarindos
y rezó durante siete noches en las que un relámpago
iluminó el cielo y la corriente furiosa del río

eso dices
desnuda
dices
desnuda en isla y lago
dices y la nombras
Yarabí Yarabí Yarabí
como repitiendo la voz que al amanecer despertó a la muchacha

así ella caminó hasta el río y vio a María Lionza flotando en medio de las aguas
hasta que María Lionza se fue convirtiendo en arena y roca
hasta que se hizo humo y en el punto donde ella estuvo surgió una isla
redonda a veces
larga otras
como tus muslos
pienso
y dices isla y lago

Y Yaracuy y Yarabí nadaron hasta alcanzar la isla
que fue blanda y arena
bajo sus pies
Y sus cuerpos
Animales
desnudos palabras en trozos jadeos
y pasaron muchas lunas y soles
hasta que fueron capaces de cambiar palabras
sin rasguñarse mordisco
dentellada lengua colmillo adentro
sudor uñas piel que escuece
refulge y arde

dices dices
lago isla
Yaracuy y Yarabí
Que se quedaron a vivir en la isla
en una choza de cañas y ramas vigorosas
pero a veces pasaban hacia una ribera hacia la otra
y Yaracuy llevó a Yarabí para que conociese a Enkidie
su gran amigo su compañero de juegos cuando niños
y pasearon los tres bajo el sol feroz y la lluvia
y comieron grasosos peces que asaron en una fogata
y bebieron guasinca
y borrachos bailaron alrededor del fuego
y hasta el amanecer cantaron felices la más feliz
de sus canciones
a meri quiri tamba
awó sawosa awó salube
o melembe luamba lu e
o melembe luamba lu e
cuando desde ese lejano río inmenso que llaman mar
desde el camino más camino lejano y lejos
apareció una sombra

una mujer dijeron ellos
un hombre dijo ella

y la sombra delgada como la más delgada caña de los valles
dio y dio vueltas alrededor de los tres
que aturdidos por el cansancio y la guasinca

se quedaron apoyados en un árbol seco
y no pudieron evitar que la sombra
calavera huesos esqueleto dientes
hincara sus uñas en Enkidie
y le dejase marcados en el pecho
agujeros color noche

así fue
dices

así

y esa mañana
Enkidie perdió las fuerzas
se dejó caer en una hamaca
cerró los ojos
y Yaracuy y Yarabí mecieron la hamaca
y le dieron jugos de frutas en la boca
hasta que Enkidie dejó de respirar
y su cuerpo todo parecía una piedra amarilla

Yaracuy y Yarabí bañaron a Enkidie en las aguas del río
le dieron cachetadas
abrieron su boca y trataron de que comiese arepas
le colocaron tizones en los pies
lloraron dieron gritos llamándolo

Yarabí se fue a la orilla del río
Nadó hasta la isla
Hizo un altar con frutas e invocó a María Lionza
Estuvo mucho rato hasta que ella le dijo lo que sucedía
Eso se llama muerte
muerte es ya no estar muerte es adiós
Pero un día volveré
Y estaré entre ustedes
Dijo María Lionza
Y Enkidie estará en la montaña conmigo
como un espíritu bueno
un vapor de agua
una luz en el follaje
una candelita en la noche

y cuando Yaracuy escuchó lo que le dijo Yarabí
abrazó a su amigo Enkidie
y lo envolvió en la hamaca y lo lanzó al río
para que lo llevase lejos

y Yarabí vio cómo Yaracuy pasaba las noches sin dormir
y lloraba
y pasaba las noches en el centro de la isla
para no mirar el río
y ella lo abrazó una noche
y él le dijo
seremos piedra
algún día seremos piedra amarilla
tú yo ellos todos los que están lo que vendrán todos tú yo
y temblaba

temblaba
dices
desnuda dices
temblaba Yaracuy
porque no quiero ser
vapor de agua luz en el follaje candelita en la noche
quiero ser Yaracuy
este cuerpo que nada en el río que devora los peces que te monta Yarabí
que te hace grito

y ella lo abrazó
se encaramó sobre él logró desmayarlo
de tanto exprimir su cuerpo
agitarlo terremoto en isla
los dos tierra temblor
tus ojos son negros Yaracuy
tus ojos son castaños Yarabí
hasta temblar

pero Yaracuy en susurros dormido
que te monta Yarabí que cruza
el río
en isla
y dices isla en lago

lago en isla
dices

hasta que Yaracuy despertó una mañana contándole lo que había escuchado
a la gente de la ribera

en las montañas tras las montañas
vivía un barbudo
que jugaba con rayos que escupía bolas de ardiente lava que movía los vientos
las aguas el fuego
que era generoso
con quien le ofreciese la cabeza ensangrentada de un chivo
en la roca alta donde se clavaba la luz del mediodía

Yaracuy le dijo que debían ir a buscarlo
ofrecerles ese sacrificio y pedirle
vida eterna
No ser nunca
piedra amarilla que arrastra el río

Al dormir esa noche Yarabí vio cómo en el centro de la isla
una mata de cují comenzaba a arder luego se volvía viento
huracanado luego una bola de tierra oscura y luego
un pozo de agua aroma de vino
Y María Lionza era voz
y le susurraba no tienes que seguirlo no escuches
a nadie que te diga que estás obligada a seguir sus pasos
no
el dios a quien pretende rogar
por vida eterna
es un espíritu burlón de la montaña
uno de tantos dices
otro de tantos

esa mañana Yarabí
advirtió a Yaracuy que no lo acompañaría
él se levantó airado se marchó
ella lo vio alejarse y su espalda
le pareció hermosa
quiso acariciarla
pero también sintió tristeza por ese cuerpo ese gesto

como si descubriese dices
que a veces también llamamos amor dices a la ternura del fracaso
a la compasión por una derrota

así dices que Yarabí
se puso de pie y con lentos pasos siguió las huellas temblorosas que Yracuy
fue dejando en la tierra y el fango

Yarabí lo supo
Encontró un perro que aullaba
Terror miedo
aullaba aullando en el aullido
y ella le quitó al perro las legañas de sus ojos y las puso en sus ojos
Yarabí
Y pudo ver lo que el perro veía
Espíritus oscuros monstruos sin cabeza
espantos con una sola pierna y el pie apuntando hacia atrás
espantos que reían a carcajadas mientras ellos se acercaban al lugar donde
moraba el ser de largas barbas
Y Yarabí se lo dijo a Yracuy
Le advirtió lo que veía pero él no la escuchó siguió adelante
Yracuy

Pasó una luna y un sol y otra luna
Y otra y otro
Y cuando llegaron a la montaña más allá de las montañas
Yracuy persiguió un chivo que olisqueaba unas hierbas
Y con un cuchillo de piedra
Le arrancó la cabeza

Todavía palpitaban los ojos aterrados del animal
Cuando Yracuy colocó la cabeza sobre la roca más alta de la cima

Yarabí cerró los ojos
No
El olor no
de la sangre no
El olor
No
En mí

Desde una cueva apareció una figura envuelta en pieles
que con ronca voz preguntó a Yarabí y Yaracuy
por el deseo que allí los llevaba
Yaracuy lo gritó al viento
Jamás caer derrotados frente a esa figura de huesos sepias
Calavera colmillo que
clavaba las uñas en la piel y dejaba marcas
como si gotas de la noche te quemasen
Jamás encontrar
A la figura que venció a Enkidie
Ser eternos como ahora seguir siendo,
Y el dios miró hacia las nubes
les dijo que era difícil lo que pedían
pero que podían concederlo si pasaban una prueba
contar cuántas estrellas atravesaban el cielo desde Guarico hasta Siquisique
volando viajando como antorchas como cocuyos
cuántas estrellas viajaban cada vez que el sol se acostaba a dormir
una vez dos tres cuatro cinco seis siete veces

Yaracuy aceptó el reto pese a que Yarabí le advirtió que era imposible
no lograrían tener los ojos abiertos todo ese tiempo
sucumbirían
al sueño en el sueño dormidos los dos dormidos

La primera noche soportaron bien
Se tomaron de la mano
Se acariciaron el rostro mientras contaban
Estrellas estrellas estrellas
que saltaban
desde Guarico hasta caer en Siquisique
Como pájaros de oro en la noche noches noche esa noche

Cuando apareció el sol
Yaracuy llevaba la cuenta en un tronco al que le hacía rayas
con una piedrita verde como un loro
Y le advirtió a Yarabí que no podrían dormirse
Tampoco en el día
porque a lo mejor no despertaban a tiempo
de contar las estrellas cuando saliese la luna
Y aguantaron
Así dos tres cuatro veces

Y la cabeza de ambos temblaba como una pelota contra una pared de barro
Y los ojos les ardían como tizones
Contando contando estrellas
Hasta que Yarabí no pudo aguantarse
Y lo dijo
Dices
Lo dijo ella
Esto es inútil Yaracuy esto no servirá de nada es una broma es una burla
Pero con gesto iracundo
Él le advirtió que vencería en esa prueba
Él era capaz no dormir contar contar contar
Estrellas todas las estrellas
Dices
Para que tú y yo Yarabí
Para que siempre tú y yo
Jamás piedra amarilla silencio de Enkidie
Le dijo tomando su mano entre sus manos
Para que nosotros

Yarabí se guareció entre dos inmensas ceibas
Colocó allí el resto de la comida que llevaba en la marusa
Arepas salmorejo queso de cabra
una tapara con suero cecina
Y dos fragantes acemitas
Las cubrió con hojas de plátano
Se sentó junto a ellas hizo un pequeño fuego que alimentaba con ramas secas
Y rezó y durmió y rezó a María Lionza
Porque sentía que María Lionza era una voz que vivía en ella
Voz que celebraba el amor los cuerpos
de Yaracuy y Yarabí
agua dulce en la boca sedienta

Y despertó
Escuchó cómo el espíritu burlón murmuraba a otros espíritus burlones
Que Yaracuy haría trampas que fingiría no dormirse nunca
Que diría al azar una cantidad de estrellas
para conseguir su premio
pero que cada vez que se durmiese
Él le colocaría una mazorca de maíz sobre la cabeza
Y así sucedió
Exhausto Yaracuy se durmió seis veces

Y Yarabí intentó acercarse
y quitar las mazorcas de su cabeza
pero una manada de lobos se colocó frente a ella
y mostró dientes colmillos aullidos saliva lengua dientes colmillos
ávidos de sangre
dices
y ella debió volver a guarecerse entre las raíces de las ceibas
y cuando Yaracuy despertó dijo
doscientos veinticinco estrellas
las conté las conté las conté todas
pero el espíritu burlón que fingía ser un dios le dijo
te dormiste seis veces mira tu cabello tienes seis mazorcas
que te fui colocando cada vez que te dormías
y ahora deberás perder algo por intentar engañarme
y señaló a Yarabí
ella ella la quiero a ella
ella debe quedarse
Yaracuy quedó aturdido
los ojos le ardían
pero Yarabí lo tomó por la mano salieron corriendo
Los pies de los dos se hundieron en el fango rasparon la arena
golpearon rocas troncos raíces cañas agave apamates encinas curarís semerucos
huesos de chivo
y sus dedos se llenaron de sangre
y los lobos aullaban y los perseguían
y cada vez iban más cerca de ellos
dices dices
desnuda dices y el aullido
la manada diez lobos cien lobos mil lobos
y cruzaron a nado el río y llegaron a su isla
redonda y arena y dorada y maíz tostado
pero el espíritu burlón se colocó en la orilla
y arrancó de la tierra árboles y árboles
y los volvió troncos gruesos y los lobos se montaron encima
y cruzaron la corriente
un lobo diez lobos cien lobos mil lobos
y aquella silueta calavera colmillo con sus uñas llenas de noche
dispuestas a quemar el pecho de Yarabí y de Yaracuy
en ojos y ojos gélidos ojos gélidos ojos quemantes ojos
y los aullidos rodeando la isla

entonces Yarabí y Yaracuy corrieron hasta una piedra
exhaustos sin aliento sintiendo el olor
la pelambre erizada los lobos colmillos
aullidos y lobos
dices
en la isla
y Yarabí miró hacia la montaña y rogó a María Lionza
otro milagro otro más otro
y María Lionza se apiadó de Yaracuy y Yarabí
sus miradas aterradas sus pieles pálidas como apios
y supo que no podría evitar que los lobos llegasen hasta ellos
que aquella figura hundiese sus uñas en los dos
sus uñas
noche y pieles de piedra
porque un dios es tan débil y tan fuerte como quien lo siente dentro
es solo una voz de cocuyo un susurro como de cascada
y María Lionza lanzó una nube sobre Yarabí y sobre Yaracuy
una nube caliente como sol de mediodía
para que sigan juntos les dijo
para que sigan dices
dijo
en isla
desnuda dices
y justo antes de que los primeros lobos saltasen a sus cuellos
Yarabí se volvió agua Yaracuy se volvió agua
Agua en el agua
Agua que bajó por los declives de la isla
dices
Agua entre piedras rocas raíces hasta el centro de la isla
Agua
Agua que se convirtió en un lago
La mitad castaño la mitad negro
Un lago frente al cual aullaron los lobos derrotados
Un lago como tierra y madrugada
un lago que viaja siempre con la isla que nunca se está quieta
La isla que se mueve
con el lago en medio
me dices desnuda
El lago cuyas aguas giran vibran se mezclan unos segundos en un remolino
Yarabí Yaracuy
Los que vencieron a la silueta con uñas que tatúa noche en la piel

Los que la derrotaron aunque nunca más puedan ser cuerpos

Las aguas que giran
cada vez que una mujer desnuda
dices
cuenta otra vez esa historia
Y la repite para que una vez más
por segundos
Yarabí y Yaracuy sean un encuentro de agua que gira

Y me tomas por la mano y me atraes
Y por la ventana veo la isla y el lago
Y escucho el remolino
hasta que ya no dices
Hasta que ya
giramos giramos giramos
agua de lago isla
los dos agua en el agua

(Madrid, 2016)

LOS OJOS Y EL ÁNGEL

*...que na pulpa d'una naranxa duermen, dándose les manes, la lluna y el sol. Ye asina de simple.
L'home, con Dios dientro, espurre la mano pa tocar otru cuerpo y toca a Dios...*

Xuan Bello

«Grisés amarillos y a veces verdes. Amarillos verdes, y a veces grises. Porque los ojos de la niña cambiaban; lo veías siempre, detectabas como su tono iba virando sin que pudieses conocer el motivo. Verdes. Grisés, y a veces amarillos; los ojos de tu niña».

Así. Inicio de voz desdoblada, de voz que se contempla, porque así me llega la apertura del cuento: primeras líneas trazadas en el cuaderno que me regalaron dos lectores en una pizzería de Altamira; ese cuaderno donde escribiré esta historia, deslizándome tras el ritmo de la frase con la que el padre evoca la mirada de su hija al dormir: «pues solo podías pensar en esa mutante belleza cuando reposaba, cuando esa luz de minerales no te abrasaba como una enigmática ternura, como un remolino».

Describiré la imagen primera de la niña, su cuerpo rollizo, como un gusano asomando entre las sábanas donde la envuelve esa comadrona que murmura: «Lo siento, no sobrevivió».

Y así me detendré un rato en la lasitud del padre que mira por la ventana y al contemplar las montañas piensa en una cobija de lana que alguien sacude con manos nerviosas.

Hablaré de la palidez de la madre, de su rostro harinoso, de esa mano desmayada sobre la cama. Insinuaré el modo en que el hombre y la mujer se miran justo en el inicio del rencor, justo en ese lugar donde un dolor compartido abre la inminencia de un abismo. Y después de un par de descripciones sobre la pobreza de aquella estancia, resaltaré la decisión con que el padre se acerca al cuerpo de la niña, la besa en la frente y le lava las mejillas con el agua del río Tocuyo, las mismas aguas con que llena las tinajas de la casa familiar; agua clara, sabor dulce como de especias y melado de caña.

«Porque al frotar esa piel con el agua del río, el aire vibró con un resplandor de oro viejo y lluvia; y sentiste que te faltaba el aire. Llegó a ti un centellazo, el filo de una navaja de plata. ¿Muerta del todo?, dijiste, va sié. Diste un paso hacia atrás al comprender que la niña había abierto los ojos; comprendiste que siempre te acompañaría ese vértigo, ese chispazo de la belleza. La niña vive, gritaste para que todos te oyeran».

Al llegar a ese momento dejaré un espacio blanco en la página.

«Aceptaste la incertidumbre. Nunca sabías por qué esos ojos mutaban su color. Nunca supiste de dónde surgieron esos ojos. Contemplabas la mirada de tus otros hijos: uniformidad parda, color común de tierra.

Algún espíritu extraviado, alguna fuerza elemental había pasado por tu casa, había soplado sobre esa noche cuando la mujer y tú se juntaron en la envejecida cama, o quizá, en alguno de tus viajes un visitante tuvo la complicidad de la madre de tus hijos, y atravesó una ventana y dejó su semilla y continuó de largo.

Pensaste que esta opción debería despertarte ira, feroces sospechas, pero la niña en tus brazos te hacía refulgente, sereno. Nunca preguntaste. Reconociste la felicidad: espacios blancos, silencios, palabras a medias.

La niña estaba; la niña te producía una plenitud que te hacía vivir la hondura de cada instante. Desde ella, la memoria era una pálida y lejana carga; el futuro, un remoto cansancio. Veías a la niña correteando por el patio y tu sonrisa y la de tu mujer eran una idéntica celebración. Era innecesario cruzar palabras. Se trataba tan solo de mirar con gratitud. La niña jugaba con las piedras, con las hierbas del camino, les hablaba con voces diversas y los convertía en personajes de una historia que comprendías a medias, una historia en la que había un lago iluminado por relámpagos, un monstruo gigante que brotaba de las aguas y escapaba».

Allí quizá introduzca otra pausa, una breve descripción de la normalidad de la vida de la niña, de la existencia de su familia entera, apretados en esa casa en la que quizá describa la presencia de trozos de caña y sacos de café. Una especie de relajamiento que permitirá que en los siguientes párrafos yo tense la anécdota.

El padre que sale al campo a recoger verduras, se despide de sus hijos, les acaricia el cabello y siente la aspereza y la distancia de cada uno, excepto la niña que inclina su rostro para mirar y que en esa mirada logra singularizar su adiós.

Será ese el momento para que yo introduzca las tres señales.

«Porque las contaste. Sucedieron a partir de esa mañana.

»Cerca del mediodía, cuando regresaste a casa para buscar unas arepas y un poco de suero, viste a la niña en la laguna diciendo un discurso impropio para sus pocos años. Sus palabras parecían sonido de viento entre bambúes: una especie de música callada que un grupo de peces escuchaban detenidos en la orilla. Lo habré imaginado, pensaste. Pero al regresar a los cafetales, la niña, pequeñísima, te acompañó un rato, y al regresar a casa, contemplaste como con absoluta naturalidad, cruzó el río caminando sobre las aguas, sin hundirse, dejando apenas un pequeño rastro de ondas y burbujas.

»Esa noche al volver, inquieto, pensativo, sucedió la definitiva confirmación. Encontraste a varios niños de la aldea dando gritos, montados en una caja de madera, mientras tres arañas inmensas, peludas, de un color espeso, se aproximaron a ellos moviendo sus patas. En ese instante viste a la niña que se colocó entre las arañas y los muchachos pequeños. Distinguiste claramente cómo ella realizó una señal con el dedo y apuntó hacia el bosque. Luego viste a los insectos desaparecer en la maleza; obedientes».

Aquí de nuevo, acariciaré las hojas del cuaderno con la yema de mi dedo y dejaré un nuevo espacio antes de continuar la escritura. Suspiraré. Recordaré que la textura de ese papel y los espacios me producen suspiros, como si la plenitud física de la escritura residiese precisamente en su ausencia, en ese trozo de página donde no se coloca ni una letra.

Pensaré que me estoy distraendo, abriré una jugosa naranja y la comeré con lentitud.

Pensaré que quizá he debido hablar antes de Nereove, el cacique local, que al otro lado de las montañas controla todo lo que vive y respira y se mueve y se deja de mover. Releeré lo escrito por si encuentro algún lugar indicado para colar una pequeña referencia a su nombre o a sus actos. Luego decidiré que un cuento organizado hasta en sus más mínimos detalles termina por dar la impresión mecánica de lo que no posee palpitations propias. El cuento puede, el cuento debe balbucear; perderse y encontrarse.

Así, después de beber un vaso de agua, continuaré escribiendo:

«Caminaste hasta la casa del anciano. Un anciano de cabellos grises y amarillentos que dormía cerca de las cuevas. Viste a tres hombres con filosos machetes. Bajaste la mirada, solo por sus miradas supiste que eran los hombres de Nereove. Controlaban por entero las tierras al otro lado de las montañas, pero poco a poco iban tomando posiciones en esta parte, y cada tanto pasaban por las casas y pedían regalos para su señor: sacos de café, caña, botellas de cocuy.

»Saludaste con prisa y continuaste caminando.

»Intuías algo especial en la niña, pero ella tan pronto ofrecía señales perturbadoras, como también se tropezaba con una mesa y lloraba desconsolada, igual que cualquier niño pequeño.

»El anciano te recibió con un trago de guasinca y una tacita con suero.

»Escuchó tu historia y se frotó la barbilla. Sacó de su marusa un libro arrugado. Pudiste leer el título: *Antología de los libros del maíz*.

»El viejo estuvo mirando y mirando páginas. Pasaba su dedo calloso por las líneas y después de un rato te dijo: «los ojos, sí, los ojos. La Reina de las aguas, y las tierras, y los frutos... estate atento; los guerreros de ojos rojos beben sangre y le temen al regreso de la Reina. Estate atento. La belleza extrema es como una moneda, tiene otro lado que oculta el horror».

»Regresaste a tu casa. En el camino viste arder un cañaveral. En susurros, alguien te dijo que los hombres de Nereove habían incendiado el cultivo de una familia que no quiso darles obsequios para su señor.

»Al llegar a casa acariciaste a tus hijos y a tu mujer.

»Después sacaste varios sacos de café. Los pusiste a un lado del camino, para que los hombres de Nereove los encontrasen.

»Te pareció que la niña te contemplaba desde la ventana».

Pasaré de nuevo mi mano sobre el papel. Hay un momento invisible de la escritura, una textura que el lector jamás puede conocer y que siempre se encuentra presente. Un algo material, concreto. Cierta olor de la tinta, la dulce blancura de las letras en una pantalla blanca, el sonido de las yemas sobre el teclado o del bolígrafo sobre el papel. Un placer completamente físico.

Veré que se aproxima el cierre. Una vez más, sin que venga a cuento, pensaré en mi propio padre: ese agujero de los años y la vida; ese abandono. Me levantaré a caminar por el estudio; escucharé un par de piezas de «La Pequeña Mavare». Beberé con rapidez un mosto y decidiré que nada de desvíos. El padre propio es siempre un agujero sin fondo, una referencia inútil que no tiene conexión con mi historia.

Tomaré aire.

La niña despierta llorando una noche. Fuera de la casa, los árboles se estremecen y se escucha el sonido de muchas puertas que se cierran y se abren.

«Despertaste y descubriste que la niña se aferraba al abrazo de tu mujer.

Saliste al patio.

El aire era tibio. Viste avanzar al hombre.

Tardaste un rato en distinguir sus alas, húmedas, cubiertas por trozos de frutas descompuestas. Te temblaron las rodillas, pero él te hizo una señal de silencio.

«No solo tú visitas al anciano para consultar los antiguos libros», te dijo. «Otros también pueden hacerlo», susurró.

Al otro lado de las montañas, oíste alaridos, gritos, chillidos. Sabías que a estas horas, Nereove y sus hombres invocaban a sus dioses; a esta hora sacrificaban animales a los que todavía vivos abrían con machetes para beber su sangre y llenarse la piel con sus vísceras y músculos.

Tapaste los oídos de la niña. Pero ella te quitó las manos y siguió durmiendo».

Y no miraré el reloj. Solo miraré los gestos del hombre al contemplar el amanecer que salta sobre las ventanas.

Su amanecer. El mío. La mirada con la que contempla el techo cubierto de ramas y paja seca. El modo en que se pone de pie, limpia su rostro con un trozo de tela suave y maloliente. El olor de la tinta entre mis dedos.

«Y fuiste a los cafetales con pasos cortos. Querías permanecer cerca de la casa. Trabajaste con desgano. Te ardían las manos de tanto quitar maleza. Bebiste un sorbo de agua de tu vasija. El agua tenía un raro sabor salado. La escupiste sobre la tierra.

Al regresar a tu casa no te sorprendió que allí aguardase el ángel.

«Escapá esta misma noche, con las primeras sombras», te dijo. «Sacá de aquí a la niña. Esta madrugada Nereove hará asesinar a todos los niños. Ya conoce que entre ellos está el que acabará con su poder. El anciano soportó las torturas y ahora cuelga de un árbol, pero nunca reveló la señal de los ojos. Aprovechá esa ventaja y escapá ya mismo».

Corriste hasta tu casa. A gritos le indicaste a tu mujer que tomara un poco de ropa, que guardara comida en un saco, que cargara a dos de los niños mientras tú te echabas encima a los otros tres.

La niña colgó de tu pecho.

Salieron a prisa pero en completo silencio. Tropezaste con las piedras y en pocos minutos supiste que te habías destrozado los pies, que tus dedos parecerían morcillas, que un rastro de sangre indicaba tus pasos como una línea brillante y roja.

«No te parés», le dijiste a tu mujer, «la tierra absorberá mis marcas antes de que amanezca».

Escuchaste los primeros gritos. La llanura y las montañas multiplicaron los sonidos y el resplandor de las primeras llamaradas te alcanzó con nitidez. Un par de veces estuviste a punto de darle la niña a tu mujer y decirle que regresarías a la aldea, que intentarías ayudar a escapar a los otros pequeños.

Al final, tus pies continuaron avanzando sin descanso.

Tu piel se erizó al intuir el terror de los niños al ser arrancados de los brazos de sus padres. Imaginaste con nitidez la aldea tomada por los hombres de Nereove, las antorchas iluminando cada rincón, la pequeña plaza, la fuente de donde bebían los animales, la piedra sobre la que estarían decapitando una a una esas criaturas que hasta hace unas horas estaban jugando con tu hija.

¿Yo también los estoy matando? pensaste, pero ninguna palabra salió de tu boca.

«Cuando entraste a los cafetales, ya el cielo entero vibraba con los alaridos».

Tomaré un descanso antes de escribir las últimas frases. Pensaré en las flores del café: blancas, difusas, como un imposible temblor de nieve. Pensaré en el alivio de estar en este lado de la página, donde no debo tomar decisiones como las del hombre que huye. Beberé un whisky. Leeré unos salmos y un ensayo de Calvino. Volveré a mi cuaderno.

La niña se tapa los oídos. El cielo es naranja y el aire huele a humo y hierba seca.

«Al traspasar los árboles le indicaste a tu mujer la ruta más segura. Ahora estaban a salvo si no dejaban de caminar hasta llegar a Barquisimeto y seguían hasta Chivacoa.

Ella no preguntó qué harías. Tomó a la niña en brazos y a los otros pequeños les dijo que caminasen a su lado. Los viste hacerse mínimas siluetas, sombras azules, como manchas de aceite que la luz iba esparciendo sobre el sendero.

Diste la vuelta.

Avanzaste un buen rato. Al llegar al final de un bosque escuchaste cómo la aldea se erizaba con el pánico de algún niño. Luego silencio.

Apoyaste tu cabeza sobre un árbol. Suspiraste al recordar los ojos de tu hija: ¿grises, amarillos, verdes?

Golpeaste el árbol con tu frente. Te pareció que una campana se rompía dentro de ti. Volviste a atacar el árbol con tu cabeza. Tomaste impulso y con mayor fiereza sentiste las heridas que la madera dejaba en tu piel. Golpeaste, golpeaste, golpeaste. Algo crujió dentro de tu frente.

Ya no podías escuchar la aldea.

Al fin, pensaste que tu hija ya estaría en Barquisimeto.

Volviste a estrellar tu frente contra el árbol. Te pareció que te hundías en el agua de un lago, un lago muy hondo, muy hondo, en silencio.

(Madrid - Caracas, 2016)



YA VIENEN LOS MAGOS

Oh, señor, qué maravilla, no sé cuál es aquella estrella.

Una nueva estrella que planea entre las nubes.

Luz inesperada que asoma esta noche. Allí, saltando en la parte más alta de las montañas. Un punto que se eleva siete veces como un pájaro de plata y me deja boquiabierto.

Por eso al amanecer leo el poso del café y lo confirmo.

Adiú, la señal ha llegado y yo sin esperarla.

Ajena a la estridencia, al fragor; solo un detalle minúsculo. Algo que solo los ojos de los magos pueden traducir. Algo en mis ojos. En los míos. Y en los de Balyaizín y Malshor.

¿Por qué ellos no me han llamado? susurro. Fumo un tabaco, leo la ceniza y con mi dedo trazo un círculo en el barro.

Es la señal, es la señal, el reino de la diosa de agua está a punto de volver, grito contemplando el temblor de unos árboles que suenan como inasibles campanas.

La siguiente mañana cruzó las aldeas. Casas de colores vivos que a medida que descendía por las lomas se transformaban en construcciones de bahareque; paredes aplastadas que parecían crecer hacia abajo, hundirse en la tierra grumosa.

La Maga giró a la izquierda. Bajó por el camino viejo hasta recorrer las calles apretadas de Guarico; atravesó la quebrada de Las Limas y llegó a un valle donde el sol convertía las piedras en espejos.

El sol lamió su nuca.

Encontró a Balyaizín dormido en una casa con paredes de caña y barro. El hombre olía a cocuy, a leche de cabras. Junto a su hamaca, reposaban sus mazos de cartas, sus tazones para leer la borra del café y una docena de tabacos resacos.

Ella veló su sueño. Bebió el agua tibia y aceitosa que Balyaizín guardaba en una tinaja.

Pensó que los días eran huecos, sordos. Sospechaba que hace muchos años sus dioses se habían marchado lejos, sin despedirse, sin dejar huellas. Por eso le ilusionaba la señal que había descubierto en el cielo.

Bajo sus pies, la tierra tembló. Balyaizín abrió los ojos, asustado. Ella le hizo una señal de calma.

-Deben ser Bocha y Vezvez que están jugando pelota en el mundo subterráneo.

La tierra dejó de temblar. Desde el suelo brotó una pequeña nube de polvo.

Balyaizín se restregó el rostro con el agua de la tinaja y bebió con desesperación hasta que cayó sentado. Los ojos parecían saltar dentro de su rostro. Detrás de sus labios asomó una hilera de dientes amarillentos.

-Mujer, ¿para qué viniste? -susurró con voz agrietada.

-La estrella. Hay una nueva estrella.

Balyaizín suspiró. Miró hacia el techo de su casa, como si allí pudiese descubrir el cielo.

-No recuerdo la noche de anoche. No recuerdo muchas noches. Igual será cualquier cosa. Será un espíritu maligno que desea llenarnos de confusión.

-Reconozco una estrella.

-Los ojos empiezan a fallarnos.

-Tienes que acompañarme.

-Síé cará. Lo siento, Gasprella, pero las fuerzas me abandonaron. Ya ni siquiera creo ser mago. La gente dejó de venir a preguntarme por sus vidas; no lograba adivinar nada; es como si el mundo entero se hubiese borrado. Puedo fumarme diez tabacos seguidos y en la ceniza solo leeré ceniza. Desde que hace mucho nos conquistaron esos señores que hacen trabajos de brujería mala con caracoles y sapos fritos en aceite ya yo no tengo luces.

-Es por el cocuy -respondió ella-. Tienes la mente embotada de tanto tomar aguardiente.

Balyaizín bebió más agua; se golpeó el rostro con las palmas de sus manos hasta que las mejillas quedaron rojas como tizones. Alzó los hombros. Tomó de un saco varios trozos de carne salada, dos arepas, algunas aceitunas y un queso redondo cubierto por una costra que arrancó con las uñas.

-Subo contigo a la montaña y te acompaño esta noche. Si no quedo convencido, mañana al amanecer regreso.

-Pero tendríamos que buscar a Malshor.

-Gasprella, no voy a caminar tan lejos por nada. Malshor vive cerca de Siquisique.

La Maga se empapó el cabello con agua y se cubrió la cabeza con un sombrero. Supo que no conseguiría ninguna respuesta mejor a esa resignada desidia con que Balyaizín empezó a seguirla.

Trató de avanzar con pasos cortos para que él no se desanimase.

Y ese punto y esa luz, tiempo detenido al borde, madrugada y piedra gélida sobre la que espero y espero mientras Balyaizín da cabezadas, suelta frases sin sentido, abre la boca devorado por los bostezos. Y la maldad del cielo y de la ausencia.

Primero nubes.

Y el cielo mismo en el cielo.

Nada.

Nada.

Las mismas estrellas de siempre. La noche que repite a la noche.

Yo que me resigno a pensar que al fondo de mis ojos habita una estrella falsa, una mancha de hielo que irá comiéndome por dentro hasta dejarme seca como la piel de una cigarra.

Solo que al fin sucede un susurro en el aire, un crujido, y allí de nuevo la veo reaparecer, fulgurante, incisiva, y al fin mi mano golpea a Balyaizín, mueve sus hombros, lo sacude; y él mira, sonrío unos segundos hasta que el hastío y el cansancio recuperan su rostro y caen sobre su cara como si fuesen una montaña de arena.

La estrella arde sobre nosotros.
Un poco blanca, un poco azul, un poco naranja.
Balyaizín la contempla volar como un pájaro.
Balyaizín tose.
Luego parece no mirar la estrella.
Tose: una vez, dos veces, tres veces.

-No digo que la estrella no exista, digo que no es suficiente -murmuró.

Escupió el hueso de las aceitunas sobre las raíces de una ceiba y dio buena cuenta de la carne. Se limpió la boca con la tela de su ropa y dejó en la manga una mancha grasosa.

La Maga se llevó las manos a las sienes. Ahora estaba más convencida que nunca; era una estrella desconocida; una estrella que lanzaba chispas y se movía de un modo inaudito. Pero la fuerza de su lucidez era similar a la apatía de Balyaizín.

Ella le pidió que esperase algunas noches antes de regresar a su casa, pero él negó con la cabeza. Parecía sediento, hosco. Se puso de pie. Ella lo acompañó por el camino de vuelta. Apenas hablaron. Solo se oía el rumor de los pies pisando la tierra pastosa y húmeda. Junto al río encontraron a un grupo de hombres sigilosos que les hicieron señas para que estuviesen callados. Ellos obedecieron. Inmóviles, detrás de unos árboles, contemplaron cómo los hombres espiaban unas tortugas gigantes que se movían con pesadez cerca de la orilla. A una señal, los hombres saltaron sobre las tortugas y las cargaron tierra adentro. La Maga imaginó que las querían para hacer inmensos calderos de sopa. Desde la estrella desconocida bajó un destello sutil, pálido como yeso y las tortugas se convirtieron en vacas.

Asustados, los hombres dieron un grito y escaparon.

La noche volvió a quedar silenciosa hasta que las vacas mugieron sin descanso y regresaron a las aguas hasta hundirse dentro de ellas.

Balyaizín miró a la Maga. En sus pupilas ocurrió el nacimiento de un pequeño resplandor, como el que sucede cuando se frota dos piedras.

-Tienes razón. Es el tiempo que aguardábamos. Debemos buscar a Malshor. No creo que tengamos muchas horas.

El calor los aplastó. La piel de ambos se volvió arcilla: textura rojiza y agrietada que aliviaban con baños de barro húmedo durante las noches. Tardaron tres días en llegar a un caserío cercano a Siquisique.

El sol se clavaba sobre ellos: inclemente; lleno de grumos. Un sol como un último fuego entre cujíes y cardonales.

Balyaizín insistió en que viajaran de noche, ayudados por antorchas, pero la Maga le explicó que durante las madrugadas una presencia maligna solía asaltar a los caminantes y los golpeaba con un palo.

-Es un ser altísimo, una calavera envuelta en ropas viejas que antes de atacar va rodeando a las personas con un silbido aterrador, después los golpea hasta desmayarlos y les muerde el ombligo y los chupa hasta que los deja como un cuero viejo, les rompe los huesos y los guarda en su saco.

-Una vez oí esa historia cerca de Curarigua -dijo Balyaizín con un estremecimiento que le hizo

temblar los hombros-. Fue un muchacho que en una borrachera asesinó a su padre y quedó condenado a vagar para siempre por los caminos.

-Pues ahora que lo dices... a mí me contaron por Barbacoas que era un hombre que había entregado en sacrificio a su hija a unos leones para que la devorasen -acotó la Maga.

Avanzaron en silencio mucho rato, sin detenerse en las aldeas, sin prestar atención a los perros vagabundos que les ladraban en algunas encrucijadas.

Mascaron chimó al final de la tarde y eso les dio fuerza.

Les sangraban los pies cuando vieron a Malshor en lo alto de una loma. Él salió a recibirlos con una sonrisa perpleja. Los abrazó. Después de un rato fumó un tabaco para disipar las malas energías y cuando el sol se colgó de una nube como un carbón encendido, les sirvió un plato de suero y un par de arepas.

Balyaizín y Gasprella esmigajaron la arepa en el suero con mucha lentitud. Cuando terminaron de comer le contaron a Malshor el sentido de su viaje.

Él los miró a ambos y alzó los hombros.

-Ya otras veces creí atisbar importantes señales, pero al final nada sucedió -les dijo-. Iré con ustedes; pero irá un hombre sin fe, un hombre decepcionado de tanta espera. Salgamos de inmediato. Lo peor del fracaso son los tiempos previos al fracaso.

Salieron a caminar esa misma noche.

Apenas llevaban un trecho andado cuando escucharon unos silbidos aterradores. La Maga se paralizó y miró detrás de ella. Con un grito advirtió a Malshor y Balyaizín: una figura gigante y huesuda los perseguía con grandes zancadas.

Balyaizín les hizo una seña para que siguieran adelante. De su camisa sacó un ají chirere y lo apretó entre su mano hasta que el líquido le quemó la piel. Caminó hacia el espectro y antes de que pudiese reaccionar saltó hasta la calavera y le dio un manotazo. El ají chirere incendió el aire: un olor agudo que cortaba el aliento.

El espectro dio unos pasos hacia atrás. Intentó silbar y empuñar su garrote. Balyaizín volvió a abalanzarse sobre él; y frotó cada hueso con el líquido que chorreaba de sus manos.

Lo vieron huir, dando alaridos como un lobo herido.

Luego en un arroyo, Malshor lavó la piel del otro mago, y le colocó unos trozos de caña dulce. No comentaron nada, pero a los tres todavía les temblaban las rodillas al recordar esa figura silbante que pretendió destruirlos.

Avanzaron en silencio. Rezaron oraciones antiguas, olvidadas, oraciones que una vez estuvieron en un libro dorado y con olor a madera que ninguno había visto. Las susurraron sin fe, con la esperanza de que sus propias voces les espantaran el miedo.

Al fin, en la madrugada vieron el resplandor de la estrella. Parecía una luciérnaga ebria temblando entre nubes.

Malshor y Balyaizín se llevaron las manos al rostro, se acariciaron las mejillas, las barbas recrecidas, las sienas.

La Maga fingió no darse cuenta de los gestos lerdos de aquellos dos hombres que miraban la estrella como quien mira la lámpara de un pastor aburrido que pasea en la noche.

La estrella es mi fuerza, soy la fuerza de la estrella. Es mi terquedad la que conduce la estrella, por eso ambos me siguen, por eso siento sus pasos tras de mí, porque la luz no alcanza a

envolverlos, a explicarlos, a revivirlos de un todo.

La estrella en mí.

Ahora.

Soy el tiempo de la estrella.

Su palabra.

Si desfallezco, la estrella desfallecerá en ellos.

Pero una persona es demasiado minúscula para ser el refulgir de una estrella.

No puedo seguir.

No puedo. No.

Se detuvieron al amanecer y Malshor curó los pies de la Maga con hojas de llantén y sábila. Ella fingió una sonrisa. No se imaginaba otra jornada parecida a esta. Pidió dormir un rato. Balyaizín le advirtió que si dormía quizá no despertase con fuerzas para continuar.

En ese momento vieron al hombre. Un hombre pequeño con una melena muy larga.

Pasó junto a ellos sin detenerse. Contemplaron su cabellera: colgaban en ella granos de maíz y de café que iban cayendo en la tierra cada vez que el viento soplabla. Trataron de hablarle, pero les respondió en una lengua incomprensible. Fue cuando descubrieron que en su espalda cargaba una ardilla. La ardilla los miró y dijo con voz clara:

-Él solo quiere confirmarles que el tiempo ha llegado. Dense prisa o será muy tarde.

La Maga abrió los ojos.

El hombre retomó su camino. A su paso, comenzaban a germinar las semillas que iba dejando sobre la tierra.

Malshor dio un rugido eufórico y arrancó una de las mazorcas que acababa de nacer en apenas unos instantes. La guardó dentro de sus ropas.

-Hoy es el día cuando la tierra escribe las mismas palabras que escribe el cielo -gritó.

Tomó a la Maga, la montó sobre sus hombros y le dijo que no podían detenerse. Debían llegar de inmediato al punto exacto que señalaba la estrella. Justo la parte más alta de la montaña.

Avanzaron sin cesar durante el día, pero ya exhaustos debieron reposar en una aldea.

La Maga se dio cuenta de que había recuperado las fuerzas y los pies le dejaron de sangrar. Caminó entre las casas.

Le pareció que en ella sucedía un reencuentro, un nexo con una vida anterior, sudorosa, flexible, vibrante. Le pareció que sus piernas se llenaban de dulces hormigas.

En una casa vio a un pastor de ojos oscuros y piel curtida. Se miraron unos instantes. Ella sintió que cientos de agujas se clavaban en su cuerpo. El pastor entró en la casa. Ella lo siguió.

No durmió esa noche. Se subió sobre el hombre, buscó su ritmo. Contempló en la pared un resplandor: su piel.

Los gritos de ambos se escucharon muy lejos, hasta ese lugar donde los ríos perdían su sabor dulce.

Al día siguiente fue ella quien cargó a Balyaizín un buen trecho.

Tenía renovadas fuerzas y los pies ya le habían cicatrizado. Sentía que sus músculos eran de una madera poderosa.

Las primeras horas pensó en el pastor. Su despedida recia, en la pared de la casa, con las manos apoyadas en el bahareque, pero al rato, la imagen se fue disipando. La estrella aparecía cada vez más cerca de la tierra y eso indicaba que el momento se aproximaba.

Ascendieron por la montaña, dejaron atrás los frailejones y la niebla; atravesaron pequeños riachuelos y avanzaron sobre piedras cubiertas de musgo. Malshor logró conseguir naranjas para los tres y las devoraron sin dejar de caminar ni un instante.

Fue ese el momento cuando vieron un lagarto que colocado sobre una piedra apuntó con su hocico hacia el cielo. Balyaizín abrió los ojos alarmado. Junto a la nueva estrella, aparecía otra estrella, una estrella que daba una luz que parecía una concha de mandarina incendiada en una fogata. En unos instantes, la estrella pareció dormirse y desapareció. Quedó un agujero y por allí se derramó el agua entera del cielo.

Así comenzó la lluvia. Una lluvia suave que se fue transformando en aguacero feroz, rugiente. Ninguno de los tres quiso comentar nada, pero llegó un instante en que la fuerza del agua comenzó a hundirlos en un río de lodo, piedras, trozos de árboles. Era obvio que en poco tiempo quedarían sepultados y la corriente los ahogaría.

Malshor sacó una soga de su marusa. Le hizo un rezo silencioso con los ojos cerrados, y ató su cuerpo y el de los otros dos magos. En pocos instantes los tres pudieron nadar sobre las aguas turbulentas como si fuesen peces.

-Aprisa, aprisa -les gritó-. Cuando llegue la noche, la soga desaparecerá en cuanto la toque un rayo de luna.

Lograron salvar la feroz acometida del agua y de la lluvia; y alcanzaron una pequeña cueva justo antes de que se iniciara la oscuridad. Al sentarse en la tierra, la soga comenzó a burbujear, luego pareció transformarse en un torpe y ciego gusano, y al final se convirtió en un hilo de humo que se perdió en la noche.

Hicieron un pequeño fuego y se calentaron las manos.

Balyaizín habló:

-Hay algo que no entiendo. Pensé que a medida que nos acercásemos sentiría en el aire el olor de una mujer, el olor inminente de un niño. Un olor de leche y miel y sangre y agua.

-¿Qué quieres decir? -preguntó la Maga.

-Es extraño; el olor que siento es el olor de un reptil. Es un olor de miedo, de gente aterida, de gente que tiembla.

Y tiene razón.

Oh señor, qué maravilla, no sé cuál es aquella estrella, repito y repito y repito como conjuro para disipar las dudas, los abismos, la sospecha de que algún detalle se nos ha escapado.

La estrella en mí. La estrella en Balyaizín y Malshor, que me piensan dormida, que desconocen que escucho con nitidez cómo en las sombras los dos se abrazan y gimen al compartir la aspereza, la decrepitud de sus cuerpos.

Y a lo lejos se huele el miedo. Pero también se huele la estrella.

Fulgor.

En ella, en nosotros.

Aguardaron a la medianoche y al mirar que la estrella se clavaba sobre la punta más alta del

árbol más alto de la montaña salieron de la cueva y avanzaron con prisa.

Llegaron a un pozo. Un pozo de aguas amarillas, grises y verdes.

Entre los árboles encontraron un montón de personas asustadas que en silencio miraban hacia una roca que sobresalía del pozo.

-Es un error. Es un error. Nos equivocamos -dijo Malshor con rostro desolado-. Nadie está naciendo aquí.

Sobre la roca: una mujer blanca, una mujer desnuda, una mujer con caderas poderosas, pechos soberbios y redondos.

Y sobre la mujer: una inmensa culebra avanzaba sigilosa, fría.

-Vámonos -dijo Balyaizín, y giró el rostro, intentando huir de la imagen terrible de un sacrificio.

Ya casi podían escucharse el grito de miedo, el crujido de los huesos, el ahogo, los manotazos de la mujer antes de que la culebra se hundiese con ella en el agua.

-No. Esperen -dijo la Maga y atenazó a sus dos compañeros por el brazo-. Silencio. Debemos permanecer aquí.

Los dos hombres dudaron, pero ella estrechó sus manos. Manos callosas, viejas, manos cruzadas por venas, sabañones y peladuras.

La Maga sentía el sudor cayendo por su frente y empapando su ropa.

La noche fue creciendo. Una a una, las estrellas del cielo rechistaron como las velas cuando el viento las apaga. Dejaron un rastro humeante que se disipó en segundos y desaparecieron del todo.

La estrella desconocida duró un poco más. Lo justo para que ellos pudiesen observar cómo la culebra avanzaba entre los pechos de la mujer, cómo se aprestaba para morder su cuello y luego triturarla con su fuerza, hasta que pudieron contemplar cómo sorprendentemente la mujer tomaba sus pechos con firmeza y apretaba entre ellos la cabeza de la culebra.

El rostro de la mujer enrojeció; le temblaban las manos por el esfuerzo agónico de contener a la culebra que dejaba escapar un sonido chirriante, furioso. Era una lucha inclemente y a un mismo tiempo hierática. Parecían figuras de barro cocido detenidas para siempre.

Los brazos de la mujer parecían desfallecer. Un temblor los fue tomando. La tierra entera pareció agrietarse. Al fin, se escuchó un crujido, un sonido definitivo y torrencial. La desconocida estrella chisporroteó unos segundos y desapareció. Junto a los magos se escuchó el murmullo desolado de las personas que espiaban la escena.

La noche fue noche dentro de la propia noche.

-Quizá si escapamos ahora tenemos alguna oportunidad... tal vez al otro lado de las montañas... -dijo Balyaizín.

-¿No ves lo que ha sucedido? -dijo la Maga.

-Es imposible mirar nada -murmuró Malshor.

-Porque miras con los ojos -respondió ella.

La Maga le pidió a Malshor la mazorca de maíz que había guardado entre sus ropas.

-Debemos ir los tres -insistió.

Avanzaron con mucha lentitud por la orilla del lago, y cuando pensaron que se encontraban próximos a la piedra, se movieron al frente con pasos cortos y entraron el agua.

La Maga no soltó la mano de los dos hombres. Los arrastró para que no se quedasen retrasados.

En la noche se abrió una fisura.

La mujer desnuda se acercó a ellos. A pesar de la absoluta oscuridad pudieron sentir el resplandor de su piel. Segundos después escucharon cómo tomaba la mazorca entre sus manos y la apretaba con fuerza. El maíz refulgió unos segundos.

La culebra con la cabeza destrozada reposaba junto al lago.

La mujer sacó algunos granos de la mazorca y los arrojó al cielo. Uno a uno se fueron quedando colgados del aire y se convirtieron en estrellas. La oscuridad se disipó con lentitud. La mujer tomó el resto de los granos, los introdujo en su boca y los masticó un buen rato. Sus dientes y sus mandíbulas sonaban como el ruido de los cerros cuando tiemblan.

Desde su boca, la mujer sacó una bola de maíz y saliva. La modeló con sus manos hasta convertirla en un disco, y lo lanzó hacia el otro lado de las montañas. Allí quedó sostenido sobre la punta de un árbol y se convirtió en un sol limpio y fogoso.

El mundo quedó iluminado de nuevo y las personas escondidas en los árboles se asomaron con gestos lentos, perplejos.

Los tres magos se inclinaron frente a la mujer. Imaginaban que se esperaba de ellos algunas palabras, algún rito o celebración, pero supieron que sus cuerpos aporreados y envejecidos solo eran capaces de permanecer reclinados y exhaustos.

-Mi cansancio es mi única ofrenda -musitó La Maga y casi se quedó dormida al apoyar su cabeza sobre la tierra fresca.

La Maga se quedó entredormida un buen rato.

No tuvo sueños. Solo cerró los ojos y escuchó el sonido de su cuerpo vencido buscando acomodo sobre el suelo fangoso.

El agua de la laguna titiló igual que una lámina de oro.

La Maga, Balyaizín y Malshor, se sentaron entre las raíces de un árbol.

La mujer desnuda se fue alejando, camino a Sorte, esa montaña azul que se levantaba frente a ellos.

Los tres empezaron el camino de regreso. El aire era limpio, brillante como un espejo.

Balyaizín bebió un trago largo de suero de la tapara que llevaba en sus manos. Las gentes de aquel poblado, eufóricos por haber visto nacer una diosa, les regalaron un buen lote de alimentos que ahora los tres llevaban en unas marusas.

-Y ahora se marcharán de esta tierra los malos brujos que quemaban vivos a los sapos y hacían trabajos con los huesos de la gente...

-Se irán. El reino ha vuelto -respondió la Maga.

-Pero ¿de qué color eran los ojos de la mujer?

-Cambiaban de color.

-¿Y volveremos a ver la estrella? -susurró Malshor-. Les confieso que ya la extraño.

-Pienso que no -dijo Balyaizín y se limpió la mancha blanca que el suero dejó en las comisuras de sus labios-. La estrella tuvo su tiempo y su sentido, que era avisarnos para llevar la ofrenda.

-¿Y nosotros? -insistió Malshor.

La Maga sintió un escalofrío en su espalda.

¿Soy el tiempo de la estrella? ¿Fui en la estrella? ¿Soy su omisión, su orificio, su ausencia? ¿O ya no seré porque el principio fue mi final? ¿Es la estrella lo que fui y lo que somos? ¿O la estrella y la mazorca fueron el adiós que seremos y fuimos? ¿Inicio? ¿Cierre? Oh, señor, qué maravilla, no sé cuál es aquella estrella.

La Maga cerró los ojos. Pensó en la diosa de agua. Le pidió un deseo tan tenue tan tenue que ni ella mismo logró escucharlo.

A los lejos vio los cafetales que ascendían por las laderas de la montaña: un blanco resplandor de flores. En algún caserío, se escuchaba el rasgar de un guitarra.

Pensó en el pastor, en sus manos recias, en su olor a tierra y espuma.

Aceleró el paso. Le dijo a Balyaizín y Malshor que los aguardaba en la próxima aldea, que tenía prisa por llegar. Ellos le hicieron un gesto de despedida con la mano.

La Maga sintió que la tierra bajo sus pies bailaba en un ritmo tembloroso, jadeante. Pensó en el cuerpo del pastor. Y ella. Y otra vez. Al menos una vez más. Los dos. Hasta apagarse.

(Madrid - Cartagena de Indias, 2019)



PEQUEÑO GLOSARIO PERSONAL QUE EL LECTOR PUEDE EVITARSE

Acemita

Pan de forma ovalada y color bronceado típico de El Tocuyo. En su preparación se agrega papelón, nuez moscada, canela, queso blanco, anís. Me da la impresión, por su sabor, que debe tener un remoto origen árabe.

Mojar acemita en café produce una activación cerebral inmediata en la que es posible atisbar hasta siete mundos paralelos.

Sospecho que Jorge Luis Borges al hablar en sus ensayos de tiempos y realidades alternas había comido acemitas tocuyanas con café con leche. Eso y las sagas islandesas pueden explicar la totalidad de su obra.

Arepas

Pan de maíz muy popular en Venezuela y Colombia. En la actualidad su consumo se ha extendido a zonas de España como Canarias y Galicia.

Las arepas asadas suelen tener una forma de luna llena que siempre me ha parecido un modo de celebrar en las mañanas la pervivencia de la noche dentro de nosotros.

Las arepas fritas recuerdan un pequeño sol; cuando se consumen en la cena las pienso como la manera de que lo solar nos siga acompañando durante el sueño.

Barquisimeto

Según cuenta la leyenda, el nombre de esta ciudad quiere decir «Tierra de ríos color ceniza». Se trata de una urbe con más de un millón de habitantes, para sorpresa de los funcionarios europeos que al tomar mis datos de nacimiento me piden que no mencione la aldea donde llegué al mundo.

Julio Cortázar pensó siempre que se trataba de un nombre mítico o apócrifo, pues escuchaba en la onda corta los programas de una emisora que llevaba ese nombre y le parecía imposible que cualquier población del mundo se llamase de esa manera.

Fue el escritor Salvador Garmendia quien juró haber nacido en esa ciudad y le verificó su existencia. Desconozco los efectos que tal revelación tuvo en Cortázar, quien de todas maneras jugó siempre con los límites entre lo real y lo abruptamente soñado, por lo que tal vez, imaginando un cuento de escaleras y dragones, pensó que Barquisimeto era la palabra misteriosa que una vez pronunció dentro de sus sueños un profeta del desierto con largas barbas.

La ciudad abriga en su nombre las cinco vocales del idioma español; eso puede explicar la perplejidad de Cortázar: se trata de un nombre que en su juguetona sencillez contiene una idea de totalidad, de lenguaje conciso y a la vez fundamental para cada palabra.

Recuerdo que en 1994, al vislumbrar la ciudad desde el avión, el escritor Sergio Pitol me comentó que Barquisimeto daba la impresión de estar colocada en un punto donde finaliza un mundo y se inicia otro.

En Barquisimeto también nació Rafael Cadenas, uno de los más grandes poetas de la lengua española actual. Ese honor quizá es un modo de compensación poética, porque la ciudad cuenta con un entrañable equipo de béisbol que suele jugar grandes temporadas y acabar de subcampeón, lo que nos hace a los larenses personas ganadas para la ensoñación y la dignidad del fracaso.

Chimó

Pasta de tabaco masticable que luego se escupe.

En mi infancia siempre tuve curiosidad por esa barrita negra que mis mayores me pedían comprarse en la bodega, pero jamás me atreví a probarla; escuché que su consumo excesivo provocaba mareos, desmayos y experiencias parecidas a las que describe en su poesía Juan Eduardo Cirlot.

Ahora que la infancia está lejos queda pendiente conocerlo. Nunca es tarde para una experiencia iniciática.

Cocuy

Bebida espirituosa típica del estado Lara, cuyo origen se remonta a los tiempos prehispánicos. Tiene una alta graduación alcohólica y se obtiene a partir de la planta Agave Cocui. En mi infancia, era una bebida muy humilde que se disfrutaba en las zonas rurales; también se empleaba en los rituales del espiritismo marialioncero y por otro lado, era consumida en Barquisimeto por personas de muy pocos recursos a quienes se les llamaba «canapialitos».

Hoy en día el cocuy comienza a recibir una consideración más amplia y diversas empresas elaboran productos de alta calidad con miras a la exportación.

Admito que el cocuy cerró algunas de mis fiestas adolescentes. Suelo llegar demasiado tarde a los sitios, pero a veces, suelo llegar demasiado temprano.

Espiritismo marialioncero

Religiosidad venezolana que tiene como deidad máxima a María Lionza, y cuyo discurso mágico, mítico y religioso se sostiene esencialmente en la transmisión oral.

Lo conocí y practiqué desde muy pequeño, pues se trataba de una religión extendida en Barquisimeto y en las poblaciones cercanas. Claro que siempre se me advirtió que debía ocultar todo lo que escuchaba y miraba en esas ceremonias.

Ahora comprendo que se trataba de una religiosidad asociada al mundo rural y a las clases más populares, por lo que fue rápidamente demonizada por el cristianismo que la injurió y la redujo a ejercicio de brujería maligna, encabezada por el díscolo espíritu de una mujer que no estaba vinculada a ningún hombre.

Si bien incorpora oraciones, gestos y recursos propios del catolicismo (religión por la que siente un profundo respeto, pues los marialionceros también suelen ser católicos), los rituales de

esta religiosidad se realizan mayoritariamente al aire libre, rodeados de naturaleza, con la presencia de ríos y cascadas, y con un respeto absoluto a la vida de los animales del entorno.

La iconografía marialioncera incorpora signos propios del espiritismo de Allan Kardec, con símbolos judíos, cristianos, rosacruces, que son empleados en diversas ceremonias y se pueden grabar con talco o pólvora sobre la tierra.

Sus altares son encabezados por María Lionza, a quien también se le suele llamar la Reina, la Madrecita, y en menor medida: Yara, diosa de agua, diosa de las cosechas o María de la Onza del Prado de Talavera de Nívar.

En esos altares, por encima de ella no existe figura alguna, y en un nivel ligeramente más bajo suelen colocarse las figuras del Negro Felipe y del Cacique Guaicaipuro. Esta tríada conformaría lo que se llama «Las tres potencias», y debajo de ellas se despliegan los espíritus de las veinte cortes que acompañan a la Reina. Imágenes como el médico José Gregorio Hernández; los don Juanes (del amor, de los caminos, etcétera); Simón Bolívar; Tiuna, Tamanaco, la Negra Matea, Francisca Duarte, Erik el rojo, Lino Valles.

Los rituales centrales de esta religiosidad consisten en la posesión chamánica del cuerpo de un médium (llamado materia), gracias a la ayuda de un colaborador (llamado banco). El espíritu toma el cuerpo del médium y ofrece mensajes y realiza curaciones espirituales casi siempre vinculadas al agua de los ríos, y también a las acciones mágicas del tabaco y el cocuy.

Los primeros estudios sobre esta religiosidad se deben al ensayista Gilberto Antolínez. Un testimonio espléndido del espiritismo marialioncero lo encuentran en el trabajo de la fotógrafa española Cristina García Rodero. Del mismo modo, pueden consultar el documental de John Petrizelli: *María Lionza, aliento de Orquídeas*.

Golpe tocuyano

Género musical. Se interpreta con maracas, tamboras, y diversos instrumentos de cuerdas típicos de Venezuela. Suele ser cantado por dos o tres voces que se van intercambiando a lo largo de la melodía.

El golpe tocuyano más famoso se titula: *Ah, mundo Barquisimeto*. Fue interpretado por Adilia Castillo en una película mexicana con el gran Javier Solís haciendo la segunda voz.

Guaicaipuro

A partir de la obra de Oviedo y Baños se habla de este Cacique como uno de los líderes de la resistencia indígena contra la conquista. En esos textos se menciona que después de vencer en múltiples batallas a sus enemigos, fue capturado y muerto en combate al escapar de la choza incendiada en la que había sido acorralado. Su aniquilamiento se sitúa alrededor de 1558.

Guasinca

Es el nombre que se le da al cocuy dentro de los rituales espiritistas marialionceros. Se le utiliza para los baños de limpieza de los feligreses; para empapar el cuerpo de los médiums cuando comienzan a entrar en trance, y para obsequiar a los espíritus que están enviando mensajes a las personas que asisten a los rituales.

Lara

Estado (provincia) del Centro Occidente venezolano. Debe su nombre al General Jacinto Lara.

Aparte de la musicalidad un poco desmayada al final de la frase con que allí se habla el español, (tomados quizá por una lucidez sobre el cansancio del vivir muy anterior a lo que pueda decirnos ahora el filósofo Byung Chul Hang), un rasgo propio del larense es la utilización del voseo marcándolo tan solo en los verbos pero no en el pronombre.

Por otra parte, el estado Lara tiene una importante variedad paisajística, pues allí concluye la cordillera de los Andes, motivo por el que tiene zonas de páramo y a la vez cuenta con zonas de clima semidesértico.

Los lugares citados en este libro: Guarico, Cubiro, Cabudare, Siquisique, Quíbor, Sanare, Carora, Barquisimeto, son poblaciones y ciudades de ese estado. En mi infancia eran nombres comunes y cercanos; hoy en día, después de tantos años fuera, se han convertido en palabras refulgentes y mágicas que me gusta pronunciar en las noches de insomnio como si fuesen talismanes que harán retornar el sueño.

María Lionza

Diosa principal del espiritismo venezolano. Se la representa como una mujer de gran sensualidad, con apariencia física que combina rasgos caucásicos, indígenas y africanos. Su representación más popular es la escultura de Alejandro Colina realizada en la década de los años cincuenta en la que aparece montada sobre una Danta a la vez que alza con sus brazos un hueso pélvico.

También existen muchas representaciones populares de su rostro, y destaca en ellas la similitud de María Lionza con Eugenia de Montijo, la aristócrata española. Afirma la leyenda que en la época en que la diosa no contaba con representaciones iconográficas, algunas personas descubrieron en la casa de un «marialioncero» un retrato de la emperatriz consorte de Francia y dedujeron que era la imagen de la diosa de agua.

Cabe destacar que se supone que en María Lionza se congrega la fusión de diosas amazónicas prehispánicas con la adoración mariana.

El mito sobre su conversión en diosa y reina de las aguas, los animales y las cosechas tiene al menos treinta variantes (circunstancia con la que he jugado en estos cuentos) pero contienen siempre como elemento central el momento en que María Lionza vence a un ser monstruoso en una laguna y asciende a la montaña convertida en un ser sagrado.

Bajo su mando, se encuentran veinte cortes espirituales que le deben respeto y obediencia. Las más populares son la corte india, la corte chamarrera, la corte africana, la corte vikinga, la corte militar, y la corte médica, entre otras. Se trata de grupos de espíritus luminosos que la ayudan en sus tareas de sanación y consuelo.

En años recientes se han tratado de incorporar nuevas cortes que representan las realidades sociales y políticas más conflictivas del país, pero muchos espiritistas se niegan a aceptar dentro del culto a espíritus que en vida causaron daño a otras personas, como son los delincuentes comunes o los políticos del régimen que azota a Venezuela desde 1998.

La montaña sagrada dentro de la que vive María Lionza es la montaña de Sorte y la fiesta principal de esta religiosidad sucede el 12 de octubre cuando se celebra «El Baile en candela», un ritual en que las personas danzan sobre brasas y fogatas encendidas.

Naguará

Expresión típica usada por los larenses que denota sorpresa.

Negro Felipe

Uno de los espíritus más próximos a María Lionza. No existen evidencias históricas que respalden su existencia, pero las leyendas hablan de un antiguo esclavo huido de Puerto Rico que formó parte de la gesta independentista venezolana. Las «materias» que reciben el espíritu del Negro Felipe suelen hablar de una particular manera que evoca la expresión de los cimarrones de la época.

Sorte

Montaña sagrada en la que vive María Lionza. Está situada en el estado Yaracuy, limítrofe con el estado Lara. Es un bosque húmedo y tropical, por el que fluyen el río Yaracuy, el río Chorro y el Charay. Es de una perturbadora belleza, y allí se congregan los fieles a la diosa para rendirle culto.

Desconozco el origen de su toponimia, pero me gusta pensar que proviene de la palabra catalana suerte (*Sort*). Algo que es muy improbable, pero que en la imaginación de un escritor es perfectamente plausible y hasta necesario.

Suero

Alimento muy popular en el estado Lara. Se elabora con leche y sal, hasta que el líquido se corta y se cuaja y adquiere un sabor agrio. Suele acompañarse con arepas pero también se le agrega a las caraotas (alubias negras).

Pensé siempre que era un invento único en la tierra que singularizaba la gastronomía larense de aquí a la eternidad, hasta que en un restaurante hindú probé un plato similar con un nombre complicado de pronunciar y algunas cebollitas.

Tamunangue

También conocido como sones de negro, se trata de un baile y de una música dividida en ocho partes que se ejecuta principalmente el 13 de junio en honor a san Antonio de Padua. Para sus sones se utilizan garrotes de madera que forman parte de la coreografía de esta poderosa danza.

Cuando lo escucho siento una percusión africana, mezclada con un aire que me recuerda a las sevillanas y sus bailes aéreos y flotantes.

Se trata de un baile delicioso, complejo. Para preservar el amor propio, abstenerse de intentarlo si no se ha hecho desde pequeño.

Los años en que debí aprender a bailarlo los malgasté leyendo sin entender a gente como Lacan o Pierre Macherey o Kristeva.

Tapara (o totuma)

Vasija vegetal que se elabora a partir del árbol del totumo. Se usa para contener líquidos, sólidos, y en Lara se emplea para preparar el suero.

Va sié

Expresión utilizada en Lara para expresar incredulidad. En ocasiones para hacerla más enfática, la frase se amplía y se dice: «Va sié cará», o «sié cará».

